

CAPÍTULO 6. ALLENDE PRESIDENTE. (1970 – 1973).

LA IZQUIERDA EN EL GOBIERNO Y EN LA BASE SOCIAL (261); LA APLICACIÓN DEL PROGRAMA DESPUÉS DEL TRIUNFO EN LAS MUNICIPALES (275); LOS INTENTOS DE DIÁLOGO CON LA DC (285); 1972: LA INSURRECCIÓN DE LA BURGUESÍA DISPUTA LA CALLE A LA IZQUIERDA (296); EL “PODER POPULAR” Y EL ÉXITO DE LA UP EN LAS ELECCIONES PARLAMENTARIAS (307); LA OFENSIVA GOLPISTA FINAL: LA IZQUIERDA A LA DEFENSIVA (318); EL MARTES 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973 (332).

LA IZQUIERDA EN EL GOBIERNO Y EN LA BASE SOCIAL

El 3 de noviembre, en un clima de polarización, Allende asume la presidencia ante el Congreso reunido en pleno. Los intentos sediciosos de evitar su asunción, la difusión de una atmósfera de incertidumbre financiera provocada por declaraciones de funcionarios del gobierno saliente, las contradicciones internas que ya muestra la UP, el estado de movilización de partidarios y adversarios y la sistemática campaña de la derecha tendiente a restar legitimidad al nuevo poder, redundan en un ambiente de intranquilidad social y política. El efecto es atenuado por las dificultades para que la oposición derechista y la demócrata cristiana encuentren un terreno de entendimiento.

En este cuadro, Allende inicia su gobierno dispuesto a aplicar el programa, si bien no cuenta con la mayoría parlamentaria. El clima social y los nuevos aires de la política indican que ya nada será igual en el país. Osvaldo Puccio G., su secretario privado por muchos años, recordará en sus memorias el cambio en los hábitos institucionales que el nuevo presidente parece anunciar con su estilo:

“Tomado el juramento de los nuevos ministros, se cerró la sesión del Congreso Pleno y el Presidente Allende salió con su ministerio a la calle. Ahí se marcó el primer cambio que introdujo el nuevo Gobierno. El Presidente Frei había llegado en carrozas. Las carrozas eran símbolo del Presidente: del siglo XIX, adornadas, tiradas por caballos, muy hermosas. Allende despachó las carrozas desde el Congreso Nacional al museo. Por primera vez un Presidente de Chile salió a pie del Congreso Pleno hasta la Catedral, donde se hacía el Tedeum de gracias que es tradicional”.

Con la instalación del “gobierno popular”, la izquierda inicia el período más intenso, agitado y productivo de toda su historia. Cientos de miles de obreros, profesionales, mujeres, jóvenes, campesinos, militantes, simpatizantes, dirigentes de partidos y organizaciones sociales, desarrollan una actividad política vital y cotidiana que marcará a fondo la memoria de protagonistas, adversarios y espectadores. Visiones Ideológicas un poco más o un poco menos “razonables”, informes, estudios, evaluaciones, propuestas, acuerdos, desacuerdos, solidaridades, agresiones, marchas, cantos, diarios, revistas, obras de arte, en múltiples expresiones, se plasman en días que para los izquierdistas tienen la intensidad de meses y en meses densos como años. En esos años “todo es política”, no por un desvarío de la razón totalitaria sino por experiencia cotidiana.

Aún con la distancia que da el tiempo transcurrido es casi imposible una síntesis eficaz de lo que el período significa para los hombres y mujeres que conformaron la izquierda entonces. Las esperanzas son inconmensurables, especialmente en los grupos de menor experiencia política y en aquellos que viven en las peores condiciones. Al fin y al cabo, han sido decisivos en la victoria, como escribe el filósofo Luis Oyarzún sobre el triunfo de Allende:

“Los ganadores de esta batalla electoral no son propiamente los políticos, ni Allende, ni los comunistas ni los hombres de partido [...] Han triunfado los jóvenes y los sin casa [...] Lo que pugnaba por emerger, siempre con triunfos o derrotas a medias, ha abierto hoy la brecha”.

Independientemente del prisma ideológico y de la interpretación histórica, los chilenos viven días de una intensidad cuyo recuerdo no ha podido ser borrado. Darío un activista sindical y poblacional que del PC se ha pasado al MIR, registra para la historia escrita por J. Del Pozo esa intensidad de compromiso y de vida política que caracterizó los tiempos de la UP:

“Yo entregaba 14 o 15 horas de trabajo a nivel político. Me casé, tenía un salario del partido que me alcanzaba para los cigarrillos y la locomoción, partía con reuniones desde las 9 de la mañana hasta las 4 de la tarde, porque yo me ocupaba de 2 o 3 sindicatos, y después tenía que hacer otros frentes. Llegaba a la casa a las 2 o 3 de la mañana, y al día siguiente lo mismo. En mi vida el partido ocupaba el primero, el segundo y el tercer lugar ... Casi no viví en mi casa esos tres años. Mi esposa y yo vivíamos cerca de mi suegra y ella por lo menos la alimentaba. Yo me aparecía una vez al mes, o cada dos semanas. Esa era mi relación familiar. Mi hijo prácticamente no tuvo padre hasta los seis años, porque yo estaba convencido de mis ideales y de compromiso con la revolución”

Esa intensidad de vida tiene lugar en un país que se polariza, donde otra población, tan numerosa como la de izquierda, rechaza con energía los cambios que ve venir. Más allá de lo que aquello significa, ya sea revolución, justicia o democracia, el recuerdo popular de esos años es el de una inmensa pasión colectiva. El intelectual español Manuel Castells, que vive el tiempo de la UP como marxista revolucionario, dice en una sus obras:

“Toda nuestra vida proseguiremos, desde donde podamos y en lo que podamos, el trabajo y el contacto con las masas chilenas de los que este libro es reflejo. Y apretaremos los puños. Para transformar la rabia y el dolor en fuerza para golpear. Con el puño cerrado”

El 5 de noviembre Allende, ante cien mil personas reunidas en el Estadio Nacional, reitera una convicción básica para su proyecto: Chile puede avanzar al socialismo por la “vía institucional”. En los partidos de izquierda, sin embargo, hay sectores que divisan ya las limitaciones del intento y postulan que “*se ha ganado el gobierno pero no el poder*” o, como dirán años más tarde, “*la cuestión del poder permanece irresuelta*”. Para Allende la óptica es otra:

“Chile reúne las condiciones fundamentales que, utilizadas con prudencia y flexibilidad, permitirán edificar la sociedad nueva, basada en la nueva economía. (...) Chile, en su singularidad, cuenta con las instituciones sociales y políticas necesarias para materializar la transición del atraso y de la dependencia al desarrollo y a la autonomía por la vía socialista. La UP es, constitutivamente, el exponente de esta realidad”.

La llegada de Allende a la presidencia provoca atención mundial: es la primera vez que un candidato declaradamente marxista y revolucionario alcanza el poder presidencial por la vía electoral. En algún momento los clásicos del marxismo habían visualizado esta posibilidad, pero era una hipótesis puramente teórica. Como el propio Allende diría meses más tarde en su

mensaje al Congreso del 21 de Mayo de 1971 (fragmentos en pág. ...), la de Chile es una experiencia que inaugura, por primera vez en la historia, un “segundo modelo de transición al socialismo”, cuya característica esencial es que no requiere de la “dictadura del proletariado” para su construcción. El anuncio provocará un impacto considerable en la izquierda, particularmente en aquellos países de Europa Occidental en que la izquierda, socialista, socialdemócrata o comunista, busca desde hace años concepciones teóricas similares a las que parece representar la UP en Chile. Orlando Millas recuerda veinte años más tarde el significado del mensaje de Allende y la posición de los comunistas:

“El Mensaje Presidencial al Congreso Pleno del 21 de mayo de 1971 tuvo carácter definitorio [...] Lo notable es que, a pesar de nuestro apego a los soviéticos y de los reparos suyos [de Allende] a ello, enfocamos con una gran identificación los asuntos concretos, vivos y efectivos del cumplimiento de las tareas que en el Chile de los años 70 nos habíamos propuesto. Podíamos diferir al invocar definiciones universales, pero coincidíamos en lo que estábamos haciendo.”

**SALVADOR ALLENDE GOSSENS:
doctor, compañero, presidente**

Salvador Allende pertenece a una estirpe de luchadores. Su bisabuelo, Ramón Allende Garcés, y los hermanos de éste José María y Gregorio, participaron en las luchas por la independencia. Los dos primeros pertenecieron a los llamados Húsares de la Muerte, junto a Manuel Rodríguez. Ramón Allende Padín, su abuelo, hijo de Gregorio, fue destacada figura del PR, ocho años diputado y cuatro senador. Conocido como el “Rojo”, por su anticlericalismo, fue excomulgado por la Iglesia Católica y alcanzó el grado 33, el más alto, en las logias masónicas. Su padre Salvador Allende Castro, abogado radical, se casó con doña Laura Gossens Uribe. El hijo Salvador, nace el 26 de Junio de 1908 en Valparaíso. Sus hermanas son Inés y Laura, esta última destacada dirigente socialista y diputada. No obstante el catolicismo de su madre, la tradición de la familia es laica, tolerante, ajena a la religión.

La época es de gran conmoción social. El movimiento obrero está en sus inicios pero ya inquieta a la oligarquía. De niño Allende vive con su familia en Tacna (en aquel entonces chilena) y Santiago, hasta que en 1920 el grupo familiar se establece nuevamente en Valparaíso. Allí cursa la enseñanza media, en el Liceo Eduardo de la Barra, y accede a sus primeras lecturas marxistas. Él mismo recuerda:

“Cuando muchacho, en la época en que andaba entre los 14 y 15 años, me acercaba al taller de un artesano zapatero anarquista llamado Juan Demarchi, para oírle su conversación y para cambiar impresiones con él. (...) Me enseñó a jugar ajedrez, me hablaba de cosas de la vida y me prestaba libros”

En 1925 Allende realiza, como voluntario, el Servicio Militar en el Regimiento Coraceros de Viña del Mar y egresa como oficial de reserva del ejército. En 1926, a los 18 años, ingresa a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile y se convierte a poco andar en dirigente estudiantil. Al año siguiente es electo presidente del Centro de Alumnos de Medicina y participa en un grupo que estudia textos socialistas. Se integra al Grupo Avance, de destacada influencia en los movimientos estudiantiles y en los acontecimientos políticos de la época. En 1929 se inicia en las logias masónicas, continuando así una tradición de familia. En 1930 Allende es electo vicepresidente de la FECH por el Grupo Avance y participa en los movimientos contra la dictadura de Ibáñez. En 1931 asume como miembro del Consejo Universitario en representación de los estudiantes. En 1932 es expulsado de la universidad por su actividad política y luego reincorporado. Termina sus estudios de medicina y se traslada a Valparaíso.

En junio de 1932, luego de la derrota de la República Socialista se lanza una persecución contra los dirigentes de izquierda y Allende es encarcelado. En 1933, ya se han constituido sus convicciones de izquierda de matriz marxista. Cuarenta años más tarde dirá:

“Soy marxista y lo soy desde mi juventud. Toda mi vida política se ha caracterizado por la consecuencia con mis principios. Pero ser marxista significa actuar de acuerdo a la realidad de mi país, en conformidad a su idiosincrasia y a sus necesidades”.

Allende participa en 1933 en la fundación del PS en Valparaíso. En el tiempo siguiente es dirigente gremial de los médicos al mismo tiempo que desarrolla su perfil político. En 1935 es relegado a Caldera, desde allí vuelve a Valparaíso para presidir el Frente Popular. En 1937 es elegido diputado por Valparaíso y Aconcagua, iniciando veintiséis años de acción parlamentaria. Al año siguiente será generalísimo en la región de la candidatura de Aguirre Cerda.

Allende fue siempre militante de partido. En 1938 es nominado subsecretario general del PS y comienza a perfilarse como uno de los jóvenes dirigentes más influyentes y de mayor proyección. En 1939, en la inolvidable noche del terremoto de Chillán, conoce a quien será luego su esposa, la profesora Hortensia Bussi. Un año más tarde contraen matrimonio. Tendrán tres hijas: Beatriz (“Tatí”), Isabel y Carmen Paz. En septiembre de 1939 Allende renuncia a su cargo de diputado para asumir como Ministro de Salubridad, Previsión y Asistencia Social del gobierno del Frente Popular y publica su obra “La realidad médico social de Chile”.

En 1943 Allende es ya un líder partidario. En pugna con el carismático Marmaduke Grove, es elegido secretario general del PS y, en 1945, senador por las provincias del sur del país. A esas alturas su partido enfrenta un proceso de divisiones que culmina en 1947 con la fractura entre “socialistas de Chile” y “socialistas populares”. Allende se adscribe a este último sector, liderado por el joven dirigente Raúl Ampuero, con quien mantendrá una relación política conflictiva.

En 1949 es designado presidente del Colegio Médico, el gremio más importante del país, cargo que ejerce hasta 1963. En 1951, cuando el Partido Socialista Popular proclama a Carlos Ibáñez candidato presidencial, Allende discrepa y se retira del partido. Más

tarde se integra el Partido Socialista de Chile, el sector más moderado del tronco partidario, y en 1952 enfrenta su primera postulación presidencial. Es apoyado por el Frente del Pueblo, una alianza entre socialistas de Chile y comunistas, que se encuentran en la ilegalidad, más otros sectores de izquierda. Obtiene sólo un 5 % de los sufragios. Al año siguiente renueva su escaño senatorial, esta vez en representación de las provincias de Tarapacá y Antofagasta .

En 1957 el Frente de Acción Popular (FRAP) proclama a Allende candidato presidencial. Su lema es: "Ahora le toca al pueblo". Luego de una campaña prolongada y de perfil popular que culmina en 1958 y en la que Allende se desplaza por todo Chile, menos de 35.000 votos lo separan de la primera mayoría obtenida por Jorge Alessandri.

En 1959 Allende viaja a La Habana, poco después de la victoria de la revolución. Allí conoce a los principales dirigentes cubanos, con quienes establece una sólida amistad. En 1961 obtiene un escaño senatorial por su natal Valparaíso, luego de una exigente campaña, probablemente la más difícil de todas sus luchas parlamentarias. En efecto, tras haber sido derrotado por segunda vez en una contienda presidencial, Salvador Allende postula en una zona tradicionalmente difícil para las fuerzas de izquierda, pero resulta victorioso.

Nuevamente compite por la Presidencia de la República en 1964. Esta vez es derrotado por Eduardo Frei Montalva. La potencialidad de la candidatura Allende ha sido tal que los EEUU y la derecha han apoyado activamente la candidatura Frei. Allende alcanza el porcentaje más alto de sus cuatro intentos presidenciales, aproximadamente un 40 % de los sufragios.

Entre 1966 y 1969 Allende es Presidente del Senado, participa en la Conferencia Tricontinental de La Habana y es designado presidente de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). En 1967, al morir el Che Guevara en Bolivia, cuatro guerrilleros se refugian en territorio chileno. Allende personalmente los acompaña fuera del país para que puedan regresar a La Habana, en un gesto que suscita fuerte polémica. En 1969 renueva su mandato parlamentario, ahora como senador por Chiloé, Aysén y Magallanes.

Su designación como candidato presidencial en 1970 es más difícil que en oportunidades anteriores. Los nuevos sectores revolucionarios de la izquierda y muchos en su propio partido desconfían que las instituciones democráticas asimilen un cambio revolucionario generado por la vía electoral y pacífica. Después de una intensa campaña, el 4 de septiembre de ese año, Salvador Allende obtiene la primera mayoría (más de 36 %), apoyado por la "Unidad Popular".

Ha realizado una campaña con limitados recursos, basada en la organización de comités en todos los barrios de Chile, en todo el país. Allende transmite confianza y decisión al movimiento popular. Su oratoria llega a un público ávido de escucharlo. Allende es uno de los políticos más destacados de la historia de Chile en su comunicación con los sectores populares. Éstos reconocen en él un genuino representante. A Allende lo acompaña su tradicional buen humor y su actividad proselitista trasunta vitalidad. Sabe reírse de sí mismo. Cuenta Gladys Marín que durante una de las campañas en que es derrotado dice que cuando muera su epitafio diría:

"Aquí yace Salvador Allende, futuro presidente de Chile"

Luego de un acuerdo con la DC, la Unidad Popular logra que el Congreso ratifique la mayoría relativa obtenida en las urnas. Salvador Allende es elegido Presidente de la República y asume, en medio de la expectación nacional e internacional, el 4 de Noviembre de 1970. Allende y la UP gobiernan tormentosos tres años en que la decisión de aplicar cambios radicales enfrenta una cerrada oposición de la derecha, del gobierno norteamericano y de la mayoría del PDC. La UP , por su parte, sobrelleva diferencias internas que mellan su potencialidad. Allende da muestra de su experiencia política y es líder de un proceso difícil de conducir. Asume esa tarea sobre la base de dos criterios básicos: preservar su programa de cambios y mantener los principios democráticos.

El clima de agitación provocado por la derecha, con respaldo foráneo básicamente de EEUU, crea las condiciones para el golpe de Estado que el 11 de Septiembre de 1973 pone fin al gobierno constitucional. Luego de horas de combate contra fuerzas inmensamente superiores, el presidente Allende se quita la vida en el Palacio de La Moneda. Sus discursos radiales durante el combate conmoveron y conmueven aún hoy a la opinión mundial.

Adversarios e incluso partidarios critican a Allende por sus gustos "lujosos", su atracción por los placeres de la vida, su admiración por la mujeres y, en el plano político, por su apego a las formalidades parlamentarias y al diálogo. El hecho es que vivió siempre en una casa pareada en una calle de clase media y nunca tuvo amor por el dinero ni fortuna personal.

La memoria de Allende crece con el tiempo y es objeto de reconocimiento en el mundo entero. En todo el orbe, calles, plazas, museos, escuelas, consultorios médicos, fundaciones y publicaciones, llevan su nombre y mantienen vivo su legado de justicia social y democracia. En Chile, se erige un busto de Allende en el interior de La Moneda durante el gobierno del presidente Frei Ruiz Tagle. Durante el mandato del presidente Lagos un monumento, aprobado por ley con votos favorables de todos los sectores políticos, se inaugura en la Plaza de la Constitución.

El poeta y ensayista Armando Uribe destaca implícitamente la consecuencia de Allende, al dejar establecido cómo es siempre atacado por enemigos poderosos:

"El Mercurio, a través de sus artículos y en algunos períodos presidenciales, como por ejemplo el de Frei Montalva, en la persona de Agustín Edwards, ha sido consejero del Poder Público y los Poderes del Estado. Todos los Presidentes del siglo han recibidp sus consejos y benevolentes críticas, salvo Salvador Allende, hacia el cual El Mercurio fue malevolente y siempre negativo".

Un amigo cercano de Salvador Allende, Víctor Pey, ha señalado: "Allende, en varias ocasiones, aludiendo al dramático fin de Balmaceda, había expresado que él no tenía "pasta de héroe ni de mártir". Y, sin embargo, la tuvo, no obstante el inmenso amor que siempre sintió por la vida y su capacidad para gozarla". Luis Corvalán, por su parte, ha dicho: "La lealtad fue el rasgo más característico de Salvador Allende. Ella arrancaba de su gran sensibilidad con los sufrimientos y necesidades de la gente, del aprecio que tenía por los trabajadores de la ciudad y del campo".

Eugenio González, el ideólogo y fundador del socialismo chileno, solía decir que Allende tenía "un profundo sentido de la historia".

El primer gabinete de Allende es un reflejo de las fuerzas integrantes de la alianza. Algunos de sus miembros serán protagonistas de primera línea de los acontecimientos de los tumultuosos mil cuarenta y un días que transcurrirán hasta el 11 de Septiembre de 1973. Los socialistas tienen una fuerte presencia en el área política a través de personeros de alta representatividad partidaria: José Tohá en el Ministerio del Interior, Clodomiro Almeyda en el de Relaciones Exteriores, Jaime Suárez en la Secretaría General de Gobierno, todos militantes desde su época universitaria. En el área económica es notoria la presencia de economistas formados en la tradición “desarrollista” proyectada desde la Comisión Económica para América Latina de Naciones Unidas (CEPAL), varios de ellos colaboradores de Allende en sus campañas presidenciales desde 1958 y responsables de los planes propuestos por su candidatura. Los encabeza Pedro Vuskovic, ex militante de las Juventudes Comunistas, ahora independiente, que dos años más tarde ingresará al PS. Vuskovic asume el Ministerio de Economía y comparte las responsabilidades del área con el dirigente comunista Américo Zorrilla, nuevo Ministro de Hacienda. Gonzalo Martner, independiente de izquierda, asume la Dirección de la Oficina de Planificación (ODEPLAN), con rango de Ministro, mientras Max Nolf, también independiente, se hace cargo de la dirección máxima de la Corporación del Cobre (CODELCO). El agrónomo, teórico y dirigente del Mapu Jacques Chonchol, impulsor del proceso de reforma agraria impulsado por el gobierno de Frei, asume el Ministerio de Agricultura y el abogado radical Orlando Cantuarias Zepeda el de Minería, áreas claves ambas para el cumplimiento del programa del nuevo gobierno. En el plano internacional tienen especial connotación los nombramientos de Orlando Letelier, socialista de experiencia en organismos internacionales y conocedor de la política norteamericana, en la embajada en Washington, del poeta Pablo Neruda en París y del diplomático profesional Ramón Huidobro en Buenos Aires.

Allende innova en los criterios para designar a los ministros: tres de ellos tienen pasado obrero y han ejercido como dirigentes de organizaciones sindicales o políticas representativas de la clase obrera: Zorrilla, en Hacienda, su camarada comunista José Oyarce, en Trabajo, y el socialista Carlos Cortés en Vivienda. No hay mujeres en el gabinete, pero Allende promete la creación del Ministerio de la Familia y designa para esa futura función a la dirigente del Mapu Carmen Gloria Aguayo. Sin embargo, el sistema de “cuoteo”, por el cual Allende y la UP asignan cuotas de representación a cada uno de los partidos, tanto en el gabinete como en la cúpula de la administración pública, producirá conflictos e ineficiencias que dañarán al gobierno.

En las FFAA, Allende confirma como comandante en jefe del Ejército al general Carlos Prats y nombra a los generales César Ruíz y José Sepúlveda Galindo en la Fuerza Aérea y Carabineros, respectivamente, como máximas autoridades. En la Marina designa al almirante Raúl Montero. Ministro de Defensa es el radical Alejandro Ríos Valdivia.

Las fuerzas políticas de oposición enfrentan el primer período del nuevo gobierno de modo diferenciado. La DC, que había logrado las “garantías constitucionales” y hecho posible el triunfo de Allende en el Congreso Pleno, perfila una estrategia opositora independiente de la derecha. Los partidos derechistas están marcados por las acusaciones que los vinculan con el asesinato del general Schneider y con las maniobras destinadas a impedir la asunción de Allende. Algunos piensan entonces que la UP pudiera invitar a la DC a gobernar en conjunto, aprovechando el predominio en ella de un espíritu crítico pero abierto a la colaboración. En 1972, Luis Corvalán reflexionará sobre el punto para sostener que no había voluntad política ni en la UP ni en la DC para tal acuerdo:

“Si se hubiera planteado tal cosa en la UP no habría habido acuerdo y pienso que la DC tampoco se orientaba en esa dirección. Ellos reconocieron el resultado de las urnas, tuvieron una buena actitud en esa situación, pero lo hicieron independientemente de cualquier interés por ir al Gobierno. Es decir, la posibilidad a que Ud. se refiere no fue planteada por nadie”.

La UP tiene la iniciativa y, en aquellos primeros meses, hasta las elecciones municipales de abril de 1971, la usa con decisión. La línea gruesa de gobierno, expresada en el programa, es compartida por todos los partidos de la alianza, más allá de sus diferencias ideológicas y de los matices existentes, que serán significativos en importantes futuras coyunturas. El movimiento de masas está en ascenso y surgen nuevos y sólidos liderazgos sociales. En el movimiento estudiantil la UP asegura nuevamente la presidencia de la FECH reeligiendo para ese cargo al comunista Alejandro Rojas. La UP también avanza en el sindicalismo, en el movimiento poblacional y en los barrios y vecindarios. Efectivamente, el movimiento poblacional, las tomas y los campamentos alcanzarán su máximo desarrollo durante el período de la UP. En los últimos años de Frei y primeros de Allende se estima que un 10 % de la población de Santiago ha accedido a su terreno en virtud de una toma. Al promediar 1973 se calcula en 500.000 las personas que viven en campamentos. Allí surge una organización propia y se genera un espacio de activismo político. El MIR es particularmente activo en estos territorios. Poco antes de la ascensión de Allende un conjunto de chilenos sin casa ha fundado el campamento “Nueva La Habana”, un caso emblemático de ocupación de terrenos organizada por el movimiento poblacional, que servirá de ejemplo para operaciones similares. Su máximo dirigente es el mirista Alejandro Villalobos Díaz, conocido como “El Mickey”, quien morirá en 1975 ejecutado por la policía secreta pinochetista al ser detenido en el allanamiento a una casa de seguridad del MIR. En 1972 “El Mickey”, aunque desconfiado de la autoridad, recordará que la constitución del nuevo campamento es parte de la movilización social favorecida por el gobierno:

“Allende ganó por escaso margen. La oposición todavía controlaba el Congreso y el país estaba en el limbo, así que nos dedicamos a nuestros problemas inmediatos: lograr electricidad, agua, servicios y calles para que los pobladores pudieran ocupar el espacio que se les había prometido. El nuevo gobierno se comprometió a construir 100.000 casas en 14 meses, participación de los trabajadores en la economía, medio litro de leche para cada niño todos los días y la eliminación del Grupo Móvil de Carabineros”.

Las posiciones políticas básicas de los partidos de la UP y del MIR terminan de configurarse, en lo medular, en aquellos días y no tendrán variaciones fundamentales. Efectivamente, el PS postula una ocupación plena y rápida del poder del Estado que posicione mejor a las fuerzas de izquierda ante un enfrentamiento que la dirección del PS estima inevitable, dada la política intervencionista norteamericana y la actitud conspirativa de la derecha y de sectores militares. Esta postura inspira los acuerdos del XXIII Congreso partidario realizado en La Serena en enero de 1971, en el que Carlos Altamirano (nota biográfica en página ...) es electo secretario general con el apoyo de los sectores más radicales y aquellos dirigentes más próximos al presidente Allende, aliados contra la “socialdemocracia” que encabeza el secretario general saliente Aniceto Rodríguez. Allende hace llegar su saludo como Presidente de la República y expresa:

“Así quiero al Partido, un Partido duro, acerado, flexible, combatiente, con centralismo democrático y auténtica conciencia revolucionaria”.

La “Organa”, la fracción “militar” del PS, constituye, a estas alturas, un grupo claramente identificable dentro del partido como una organización cuyos jefes son Rolando Calderón y Exequiel Ponce. Esta organización, luego del congreso, ha cooptado al pequeño grupo

llamado “elenos”, cuya figura es Beatriz Allende, Tati, la hija del presidente. El grupo fusionado, que desde entonces se denominará los “elenos”, se distinguirá por su adhesión a las políticas impulsadas por Allende, llegará a tener presencia significativa en la dirección del partido y del gobierno a la vez que un rol en la asesoría “político militar” del presidente Allende y en su custodia personal. Mónica González manifiesta su sorpresa por este rol político tan institucional de los ex “guerrilleros” del PS:

“Lo llamaban así por su vínculo directo con el “Ejército de Liberación Nacional” (ELN), creado por el “Che” Guevara para iniciar la guerra de guerrillas en Bolivia. Uno de los jefes de los “elenos” fue Rolando Calderón, el máximo dirigente sindical del PS en la CUT. En 1967, cuando el “Ché” Guevara se instaló en Bolivia, el grupo orgánico de Calderón, Paredes (Eduardo) y Arnoldo Camú, entre otros, hizo efectivo su nexa con la guerrilla. A la fracción clandestina se unió el grupo de Huerta (Félix). En esa línea de acción jugó un rol clave la hija de Salvador Allende, Beatriz, a la que todos llamaban “Tati” [...] No deja de ser asombroso cómo los partidarios de la guerrilla del “Ché” se transformaron en los actores políticos más allendistas bajo la premisa de que el PS debía tener una postura acorde con su enorme responsabilidad histórica. Allí se alinearon el “Coco” Paredes, “Tati” Allende, Félix Huerta, Ricardo “Máximo” Pincheira, Claudio Jimeno, Carlos Lorca, Víctor Zerega, Ezequiel Ponce y Rolando Calderón”.

El XXIII congreso socialista entiende que el triunfo de la UP crea condiciones favorables para “una efectiva conquista del poder” que inicie la “construcción del socialismo”. Más allá, estima que la burguesía, “clase sostenedora del orden vigente” tenderá a agruparse “alrededor de la DC y secundariamente alrededor del Partido Nacional y la Democracia Radical”. En otros términos, hay que prever una oposición irreductible entre la UP y la DC. En definitiva, el período que viene es “esencialmente transitorio” y el PS debe prepararse para ser la “vanguardia revolucionaria” del proceso y “crear aceleradamente condiciones para cambiar, durante el ejercicio, el carácter capitalista del sistema vigente para transformarlo en un régimen socialista”. El tono definitivamente “izquierdista” del pleno se trasunta en la siguiente afirmación de Carlos Altamirano:

“en el pasado nuestra política no expresó adecuadamente los planteamientos ideológicos y programáticos que se fijaron en los congresos de Linares y Chillán: denunciarnos el sindicalismo economicista y terminamos practicándolo; condenamos el electoralismo, pero en más de una ocasión hemos abusado de él; planteamos la necesidad de una lucha ideológica franca y decidida, pero muchas veces la ocultamos en la política del pasillo y de la transacción [...] Sólo un partido estructurado férreamente, con una dirección colegiada y disciplinada, vitalizada por su juventud y en contacto directo con sus bases obreras y campesinas podrá constituir, junto a los partidos hermanos, la vanguardia chilena en la marcha hacia el socialismo”

Es visible ya, en esa primera etapa, que a diferencia del PS el PC sostiene una línea gradualista, orientada a acumular fuerzas y, en particular, a mantener una relación positiva, no beligerante, con la DC. Aunque sin renunciar a una visión teórica marxista-leninista en que el concepto de “dictadura del proletariado” continua vigente como objetivo de largo plazo. El Pleno del Comité Central, por ejemplo, realizado en noviembre de 1970, afirma: “esperamos que la DC no pierda la brújula y dé apoyo a la nacionalización del cobre y a otras medidas que necesitan sanción legislativa y que coinciden con postulados programáticos de ese partido”. Luis Corvalán señalará más adelante, al cumplirse dos años de gobierno:

“Nosotros pensamos que el enfrentamiento armado no es inevitable, aunque sí probable. Y creemos que hay que hacer todo lo posible, todo lo que podamos hacer, por evitarlo ... Tenemos que esforzarnos por consolidar y ampliar las posiciones del actual Gobierno”

La discusión ideológica sobre las formas y ritmos de aplicación del programa y, más allá, el carácter del proceso revolucionario, es ardua. El PR y el Mapu están más cerca de las posiciones del PC, plenamente ratificadas en un Pleno del Comité Central comunista y, por tanto, tienden a coincidir con la visión de Allende que coloca gran énfasis en una conducción política sensible, sin prejuicios ideológicos ni impacencias. En el saludo al XXIII Congreso del PS, Rodrigo Ambrosio advertirá, con un énfasis que percibe el peligro de una frustración, que *“sólo las masas pueden salvarnos, aunque sea a empeñones, del burocratismo, del legalismo, del reformismo, de la conciliación y la corrupción”*. La idea parece ser que las diferencias ideológicas, que en ese momento apasionan a la izquierda, no se resuelven sólo a través de elaboraciones más o menos sofisticadas de la teoría revolucionaria sino en la interacción con las mayorías en la base de la sociedad. Sólo la movilización de masas, en el lenguaje de Ambrosio, es capaz de

“recoger la democracia burguesa y simultáneamente profundizarla, ensancharla, llevarla más allá de sus límites y alterar definitivamente sus contenidos de clase”

El MIR, por su parte, desde fuera de la UP, sostiene una postura de reconocimiento al significado del triunfo de Allende pero brega por dar impulso a cambios revolucionarios. En los primeros meses del gobierno sus acciones comienzan a ser notorias, especialmente en el agro. Las relaciones entre el PC y el MIR se deterioran gravemente cuando en Concepción un estudiante mirista muere en un enfrentamiento con jóvenes comunistas. El duro episodio termina luego de tensas reuniones entre los dirigentes miristas Miguel Enríquez, Luciano Cruz y Bautista von Schowen y los comunistas Jorge Insunza y Luis Guastavino. Sin embargo, las relaciones comunista-miristas seguirán un curso de creciente discrepancia durante todo el período de la UP, luego de la superación del doloroso incidente con una declaración pública de M. Enríquez:

“Entendemos que la serie de acontecimientos que llevaron a la muerte al compañero Ríos no representa la línea política del PC ni de la UP”.

Entre el 4 de Noviembre y el fin del año el gobierno adopta las primeras medidas destinadas al cumplimiento de su programa. En materia internacional reestablece relaciones diplomáticas con Cuba, suspendidas en 1964 por una resolución vigente de la OEA, y acuerda con la República Democrática de Corea establecer una oficina comercial en Santiago. Las relaciones con EEUU, ya deterioradas por la certeza sobre actos de intervención norteamericana contra la candidatura Allende, siguen complicándose. Será éste, el de las relaciones internacionales de Chile en el mundo bipolar de la “guerra fría”, uno de los ejes de tensión con Estados Unidos durante el gobierno de Allende.

En el área económica el Ministro Zorrilla plantea ante el Congreso las primeras acciones diseñadas por el nuevo gobierno y define su objetivo:

“reemplazar la actual estructura económica, poniendo fin al poder del capital monopolico, tanto chileno como extranjero, y también al latifundio, de modo de comenzar la construcción del socialismo”.

Anuncia Zorrilla la intención del gobierno de integrar un Área de Propiedad Social (APS) a través de la nacionalización de los 26 bancos privados existentes, el total de la llamada “gran minería” del cobre y las principales industrias textiles y de cemento. También señala que se avanzará en la expropiación de tierras y en el control estatal del comercio exterior.

El gobierno se hace cargo a fines de noviembre de dos empresas extranjeras que no cumplen con normas laborales básicas, la empresa de calefactores NIBSA y la de alimentos para animales Alimentos Purina de Chile, S.A. Pocos días después toma el control de Bellavista Tomé, la más grande industria textil del país, y, mediante la adquisición de acciones restablece el control público de la Compañía de Acero del Pacífico (CAP) dando inicio así a la constitución del APS, cuestión que será otro recurrente eje de tensión durante el tiempo siguiente.

Las empresas que debían integrar esa área eran originalmente 91, de acuerdo a un estudio encabezado por el economista del Mapu Oscar Guillermo Garretón, pero su número y nómina aumentará como producto de una dura lucha social y política que se libra incluso al interior de la izquierda. El gobierno constituye el APS siguiendo un esquema diferenciado de intervención: la negociación directa con los propietarios (unos 60 casos); la nacionalización por vía de la ley, aplicada en la gran minería del cobre, también en el salitre, carbón y hierro; la expropiación, según un mecanismo heredado de la República Socialista de 1932 (el famoso decreto ley 520) que permitía “intervenir” y luego “requisar” una empresa que viola la ley sobre el abastecimiento de la población. Este mecanismo de “intervención” dará lugar, a veces, a acciones políticas deliberadas de los trabajadores con el fin de provocar la falencia de la empresa en cuestión y provocará un agudo conflicto con la oposición.

Al avanzar en la conformación del APS, el gobierno establece un acuerdo con la CUT para garantizar la participación de los trabajadores en la administración de las empresas del área. El recordado convenio CUT-gobierno establece un Comité Ejecutivo integrado por ambas partes que funciona a nivel de ODEPLAN y acuerda las “normas básicas de participación”. Éstas regirán un sofisticado sistema de organización y estructuración de la dirección de las empresas “socializadas” a que se integran representantes de los trabajadores de las unidades productivas. En la línea de los “consejos de fábrica”, conocidos en otras experiencias, se conforman entonces “consejos de administración de las empresas”, “comités de producción” de cada unidad productiva, “comités coordinadores de trabajadores” por empresa y “asambleas de trabajadores”. Una de las normas más discutidas establece incompatibilidad entre la calidad de dirigente sindical y representante de los trabajadores en los organismos de participación. Sus autores ven en ella la posibilidad de superar el “burocratismo” y “formalismo” de la dirigencia sindical clásica, sus detractores, básicamente dirigentes del PC, objetan el paralelismo de representación obrera a que da lugar, atentatorio, dicen, de la unidad de clase. No obstante sus dificultades el proceso de participación en el APS genera un momento que quedará inscrito en la memoria obrera. A propósito de esta materia, la CUT celebra un convenio con la Universidad de Chile que, a través del sociólogo Pedro Guglielmetti y el dirigente Nicolás López, organizará un amplio esfuerzo de formación técnica política de los cuadros obreros destinados a las instancia participativas. Al celebrarse el VI Congreso de la CUT, el informe presentado por Luis Figueroa remarca los dos aspectos centrales de la política de la central en materia de participación, que son la preservación de la “unidad sindical” y la naturaleza “revolucionaria” de la tarea:

“La participación de todos los trabajadores de cada empresa, exige la estrecha unidad y coordinación entre ellos, y para esto es condición importante la unificación del movimiento sindical en cada empresa. Cuanto mayor es el número de sindicatos en una industria, más se complica la puesta en marcha de la participación [...] La participación es una gigantesca arma revolucionaria en manos de la clase trabajadora. Si los trabajadores comprenden esto, si se empeñan en esta tarea con toda la capacidad creadora y de organización de la clase, no habrá imperialismo ni monopolios capaces de dar vuelta esta tortilla”

Ya desde comienzos de 1971, la CUT mantiene un estrecho contacto con el gobierno. Es incorporada a diversos organismos donde se fijan políticas sociales y económicas, como la CORFO, el Consejo Económico Social y las entidades previsionales. Se firma un Acta de Acuerdo CUT-gobierno que regula la participación de los trabajadores en estas entidades, establece normas sobre remuneraciones y asignaciones familiares, pensiones y jubilaciones, inamovilidad en el empleo y aplicación del Código del Trabajo. Organizaciones sectoriales de trabajadores, como la Federación Nacional Textil (FENATEX) y la Federación del Metal organizan, en convenios con las universidades y la CUT, amplios programas de formación destinados a desarrollar la participación en la gestión de las empresas socializadas. Allende mismo mantiene una actividad constante de relaciones directas con los sindicatos a nivel nacional y de base.

Entre las medidas sociales más significativas adoptadas los primeros meses de gobierno, se decreta la congelación de los arriendos para 1971 y se lanza un programa para proveer gratuitamente de medio litro de leche al día a todos los niños. El gobierno anuncia también la disolución del llamado “Grupo Móvil”, destacamento represivo especializado en disolver las manifestaciones públicas, y deja sin efecto las acciones por sedición, vigentes ante los tribunales, contra integrantes de agrupaciones de izquierda, la mayoría del MIR. La clausura temporal del semanario PEC, de extrema derecha, inicia lo que será una serie de tensiones entre el gobierno y los medios de prensa controlados por la oposición.

Al iniciarse 1971 el gobierno toma posesión de los yacimientos carboníferos de Lota-Schwager. El Ministro Chonchol, por su parte, anuncia que se expropiarán, de acuerdo a las disposiciones legales, todas las haciendas superiores a 80 hectáreas de riego básico. El gobierno llama a evitar tomas indiscriminadas de tierras, señalando que las expropiaciones planeadas estarán completas al finalizar 1971. No obstante, el MIR da impulso a estas acciones a través del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR), en el que destaca el liderazgo de Víctor Toro. En los meses siguientes se profundizará esta contraposición, llevando a un distanciamiento mayor entre el MIR y el gobierno. En efecto, en mayo el gobierno autorizará la primera acción policial contra una ocupación ilegal de tierras y en septiembre, por primera vez, resolverá emprender acciones legales contra quienes las propician.

En realidad está en curso, sobre todo en el sur, una profundización del proceso de reforma agraria que, desde el punto de vista de los campesinos, además del acceso a la tierra implica un fortalecimiento de su organización vía la constitución de sindicatos y de “consejos comunales campesinos”. Este proceso adquiere particular importancia entre los mapuches, que obtendrán en 1972 una nueva “ley indígena” y la creación de la Asociación Nacional Mapuche. La entidad es liderada desde sus inicios por Melillán Painemal, militante comunista que será desde entonces uno de los principales líderes e intelectuales de su pueblo. José Bengoa testimonia con su experiencia directa las peripecias de las luchas mapuches de entonces, agitadas por jóvenes revolucionarios que quieren asignarles contenidos y símbolos que les resultan completamente ajenos:

“Los grupos izquierdistas que no pertenecían a la Unidad Popular, vieron en los mapuches una masa de maniobra para sus propósitos confesos de hacer la revolución de inmediato. Los “chinos”, esto es, los militantes del denominado PCR, Partido Comunista Revolucionario, se trasladaron en masa al sur a decirles que “Mao Tse Tung era mapuche”. Formaron el Movimiento revolucionario Ñetuain Mapu, esto es, “recuperaremos las tierras”, que provocó una serie de enfrentamientos con el resultado de varios muertos en la zona de Nueva Imperial [...] un grupo de agricultores portando armas

desencadenó un baleo despiadado en que perdió la vida Francisco Cheuquelán Melín [...] Dos hermanos habían sido muertos a tiros, disparados al parecer por latifundistas, inquilinos y trabajadores agrícolas “chilenos” armados [...] Los jóvenes maoístas pusieron los pies en polvorosa. Lo mismo hicieron los que andaban poniendo banderas rojas y negras en las tomas y dándoles nombres cubanos o vietnamitas a conflictos que desde hacía cuatrocientos y tantos años transcurren en Chile. No presumo de nada, pero debo decir que no comulgué en esos días de primeras comuniones con estas ruedas de carreta.”

Las luchas mapuches de los años de la UP son percibidas por ésta como luchas de campesinos pobres por la reforma agraria y en nombre de una política campesina única tiende a considerar “reaccionaria” toda estrategia que diferencie la cultura y comunidad mapuches y distinga la especificidad de sus conflictos de integración nacional. Históricamente, sostiene José Bengoa, la izquierda chilena fue en este tema “campesinista”, es decir, por asimilar a los mapuches como “campesinos”, “*la cuestión étnica propiamente tal, esto es, el carácter de “pueblo diferente”, no fue considerada por socialistas y comunistas”*. El discurso diferente más significativo, esos años, es del investigador comunista Alejandro Lipschutz, quien a partir de la premisa de que el socialismo debe liberar a los pueblos oprimidos y no sólo a las clases en esa condición sostiene la necesidad de una integración no asimiladora de la “*nación autónoma mapuche*” a la nación chilena. Lipschutz se adelanta así veinte años al debate que, en Chile y el mundo, confrontará al enfoque “comunitarista” de la integración social, preservador de las identidades culturales minoritarias, con la universalidad de la cultura pretendida por el “liberalismo” de la globalización :

“se hace imperiosa la creación de una representación legal autónoma de la tribu o nación de los mapuches en el contexto de una gran nación chilena, parecida a la de la organización suiza, cuyas cuatro lenguas diferentes y 24 cantones ensamblan perfectamente bien [...] No hay que olvidar que la nueva ley trata problemas relacionados con la propiedad de los mapuches; entonces tiene que haber un cuerpo legal de los mapuches que los represente. Esta autoridad tribal no alejaría a los indígenas de la mayoría nacional chilena, sino que consolidaría un caso de doble patriotismo.”

También en aquellos primeros meses de 1971 el equipo económico comienza a comprar acciones bancarias con miras a la estatización. Varios bancos son incorporados a la administración estatal y más tarde varias entidades bancarias extranjeras optan por vender sus activos al Estado. Al promediar el año un 60% del sistema bancario ha sido estatizado.

En febrero de 1971 el gobierno anuncia la compra de la Editorial Zig Zag, empresa gráfica que sirve de base a la creación de una gran editora estatal: Quimantú. La nueva editorial inicia masivas ediciones de libros y revistas. La oposición reacciona agitando el tema de la libertad de prensa como un derecho supuestamente amenazado. Pero el impacto cultural de la obra de Quimantú es imborrable, de una magnitud sin parangón en la historia del país. Una colección llamada “Minilibros” lanza ediciones de literatura universal o chilena de 80.000 a 120.000 ejemplares semanales, otra del mismo género, quincenal, bajo el nombre de “Quimantú para todos” tiene tirajes de 30.000 a 50.000 ejemplares, las colecciones “Camino Abierto” y “Clásicos del Pensamiento Social”, de ensayos e investigaciones, lanzan 7.000 a 20.000, y una para niños, “Cuncuna”, 20.000 a 40.000 ejemplares, entre otros ejemplos. Más tarde la empresa pública “Chile Films” se convertirá, por su parte, en un importante centro de producción fílmica, con mecanismos de distribución vinculados a organizaciones populares. Destacan entre los cineastas que producen en “Chile Films”, Raúl Ruíz y Miguel Littin y el documentalista Patricio Guzmán. La aspiración a una cultura y un saber, igualitarios, que comprenda a todos los sectores populares parece muy arraigada en la izquierda. Así lo testimonia Miguel, obrero comunista de Mademsa en la historia de Del Pozo:

“El gran anhelo era en primer lugar que el gobierno sacara al pueblo, a mis hermanos de clase del sufrimiento de la gran miseria y de la gran ignorancia. Porque yo venía rompiendo el cascarón de la ignorancia en aquel momento: Eran mis grandes sueños: desarrollar grandes fuentes de trabajo pero también con escuelas de arte, de educación. Chile debía llenarse de libros, debía encenderse una llama que iluminara todas las conciencias oscuras que no eran capaces de entender una serie de situaciones. Creía en eso con mucha, con mucha fuerza.”

Desde el inicio del gobierno de Allende, los cantautores y artistas que se reconocen en la “nueva canción chilena”, a veces apoyados por el Estado, por ejemplo a través de IRT, empresa discográfica que ha sido socializada, y movilizados militantemente por los partidos, conocen una espectacular ampliación de su actividad creativa y productiva. Víctor Jara, Héctor Pavez, Inti Illimani y Quilapayún, Patricio Manns, Rolando Alarcón y Payo Grondona, Ángel e Isabel Parra, entre muchos otros, ponen su arte y su esfuerzo al servicio de la empresa que ha emprendido el movimiento popular. La “Peña de los Parra” en la calle Carmen y la peña “Chile Ríe y Canta”, dirigida por René Largo Farías, se transforman en un lugar de producción de cultura y de encuentro entre creadores, dirigentes y militantes. Tal vez la más clara expresión de este compromiso con el proceso encabezado por Allende es la “Canción del poder popular” en la que Luis Advis y Julio Rojas anuncian la liberación de Chile y que será el pueblo quien lleve las riendas de sus asuntos porque con la Unidad Popular “*es gobierno*”, tiene la “*llave de su futuro*”. La “nueva canción” asume entonces una explícita función constructiva. Así destacan temas como “La marcha de la producción” de Sergio Ortega y el Quilapayún o “Qué lindo es ser voluntario” de Víctor Jara, “Póngale el hombro mijito” de Isabel Parra o “Canto al trabajo voluntario”, de Osvaldo “Gitano” Rodríguez, el “Canto al programa”, de Inti Illimani, “La cueca de la organización”, de Ángel Parra, “La Producción”, por los Amerindios o “Ahora sí el cobre es chileno”, de Payo Grondona. Patricio Manns describe en 1983 la percepción, compartida con sus compañeros de la nueva canción chilena, del rol político que cumplen cuando Allende gana la presidencia:

“Nos integramos activamente a la difusión de la coalición de la Unidad Popular. Esto trajo comentarios del propio Salvador Allende, quien atribuyó a nuestra tarea una importancia capital para hacer comprender al electorado chileno el cambio que se avecinaba. De hecho, dirigentes políticos muy conocidos nos decían a menudo “una buena canción es mejor que veinte discursos”. Nosotros siempre tuvimos conciencia de esto, porque el ser humano no tiene defensa contra una buena canción. Contra un libro, una película, sí. Pero contra una buena canción ... es muy difícil. Si está bien hecha te va impregnando. Y cuando se comprende esto es cuando se han lanzado contra nosotros y se nos empieza a reprimir y es cuando del otro costado, también se empieza a pedirnos que trabajemos directamente con la Unidad Popular [...] Se produce un fenómeno muy ilustrativo también. Hasta la elección de Allende, nuestra labor era de clarificación. Después de la elección de Allende, nuestro problema era la explicación a través de las canciones. Qué era lo que la izquierda estaba haciendo o intentando hacer. Cómo explicar, por ejemplo, los procesos de nacionalización, la modificación de la enseñanza, los programas de salud impulsados por Allende”

La aplicación del programa continúa su marcha. En la esfera judicial, el subsecretario de Justicia José Antonio Viera Gallo presenta ante el Congreso el proyecto que crea los Tribunales Vecinales, instancias de aplicación de justicia y resolución de conflictos a nivel barrial. La iniciativa causa revuelo en la oposición que se empeñará en impedir que llegue a ser ley y acusará a la UP de pretender instalar “tribunales populares” al estilo de los existentes en Cuba.

Vuskovic, en el plano económico-social, lleva a cabo una política “keynesiana” redistributiva que apunta, vía aumentos salariales e inversión pública, a elevar la producción y la oferta de bienes, recurriendo al alto grado de capacidad ociosa existente en las empresas industriales. La expectativa es que este mecanismo desencadene un círculo virtuoso de desarrollo

sostenido y redistribución de ingresos. Pero el manejo de la economía real se tornará crecientemente problemático. Las dinámicas sociales que despierta no siempre pueden ser previstas y evaluadas integralmente por el cálculo económico. Así lo atestigua Marcelino, un dirigente obrero del Mapu evocado por Del Pozo, cuando recuerda su actitud en las negociaciones de una empresa en que representa al nuevo gobierno:

“Los trabajadores del sindicato obrero pedían por ejemplo igualar el aguinaldo por nacimiento de un hijo con el de los empleados, lo que a mí me parecía absolutamente justo. Para la celebración de Fiestas Patrias, lo mismo. La DC había hecho esas diferencias y nosotros en la UP decíamos que los hijos de obreros tenían los mismos derechos que los de los empleados. Pero no calculábamos cuánto nos iba a costar todo eso. Quedó la cagada, casi quebramos al gobierno. Ahí estuvo mi irresponsabilidad, pero eso le pasó a muchos. Yo no le voy a sacar el pote a la jeringa, pero es necesario que toda la gente que militó en la UP, que fuimos funcionarios de gobierno, que tuvimos responsabilidades, reconozcan algún día lo que hicimos. Cuando en el gobierno supieron que yo había aceptado aumentos de 94% me querían fusilar, me dijeron que Allende estaba histérico, porque después de eso todas las otras industrias se tiraban con la misma pedida”

En esos días el intelectual francés Régis Debray, uno de los acompañantes del Ché en Bolivia, efectúa una entrevista a Allende que se transformará con el tiempo en un documento histórico y recorrerá el mundo. Sorprendido por la originalidad de las motivaciones teóricas de la experiencia chilena intenta abrirla al examen de la izquierda de otras latitudes. En la introducción define el cuadro imperante como de *“aparente tranquilidad”*, un *“equilibrio inestable”* que el gobierno puede modificar a su favor y luego abrir paso a cambios *“revolucionarios”* si es capaz de movilizar la adhesión de los trabajadores:

“Si fuese necesario en fin caracterizar la relación de fuerzas que prevalece hoy en Chile, febrero 71, “equilibrio inestable” sería la expresión menos incorrecta. La aparente solidez, la aparente tranquilidad, casi despreocupada, que reinan en la superficie no pueden hacer olvidar la precariedad, la fragilidad del equilibrio actual. Para mejor prever, y en último análisis, el poder sale de la boca del fusil, y el gobierno popular no dispone de su propio aparato armado, de sus propias instituciones de defensa a escala nacional. Dispone de organizaciones de masa pujantes, de la adhesión de los trabajadores y de la legitimidad constitucional, elemento digno de ser subrayado, cuando se trata de Chile”.

La movilización social y popular tras la idea de revolución es entonces de una amplitud históricamente inédita. Más allá de los contingentes tradicionales de la izquierda van surgiendo grupos numerosos de cristianos, inclinados a construir *“el socialismo”* y decididos a participar en el proceso. Entre sus líderes más importantes está el sacerdote jesuita y militante del Mapu Gonzalo Arroyo. Desde la Parroquia Universitaria, por ejemplo, sacerdotes y laicos reivindican su derecho a la acción política y su adhesión a un socialismo despojado de todo *“marxismo dogmático”*. Su posición anticapitalista es rotunda. En abril de 1971 la *“Declaración de los Ochenta”* define ese nuevo compromiso cristiano con los cambios en marcha a través de un documento que hará época: *“La participación de los cristianos en la construcción del socialismo”*:

“el socialismo no es solo una economía nueva: debe generar también nuevos valores que posibiliten el surgimiento de una sociedad más solidaria y fraternal en la que el trabajador asuma con dignidad el papel que le corresponda. Nos sentimos comprometidos en este proceso en marcha y queremos contribuir a su éxito. La razón profunda de este compromiso es nuestra fe en Jesucristo, que se ahonda, renueva y toma cuerpo, según las circunstancias históricas. Ser cristiano es ser solidario. Ser solidario en estos momentos en Chile es participar en el proyecto histórico que su pueblo ha trazado”

Sin embargo, la opción de militantes cristianos por el socialismo y la izquierda, estos años, reconoce orígenes más complejos que el compromiso concreto y práctico con el proceso de cambios que vive el país. Un conocedor a fondo del movimiento, el entonces diputado L.

Maira, afirma en este sentido que a veces los cristianos devenidos revolucionarios tiene dificultades para entenderse con los partidos tradicionales de izquierda, en particular con los comunistas. Una razón básica de tales dificultades se encuentra en las diferencias de naturaleza ideológica y cultural que unos y otros hacen presente:

“Estos cristianos llegan a la izquierda usualmente con una influencia del llamado “marxismo crítico”, especialmente de autores como Gramsci, Korsch, Luckacs, Poulantzas, lo cual los hace chocar con aquellas manifestaciones de ortodoxia reductiva del pensamiento revolucionario (el marxismo codificado por Stalin bajo la denominación de “marxismo – leninismo”, así con guión) [...] En particular estos cristianos de izquierda consideran que se ha llegado a un punto en que ya no basta con definirse globalmente como “socialistas” porque hay distintas formas concretas y posibles de socialismo”

La oposición, por su parte, da signos de recuperación en la primera mitad de 1971. La derecha, encabezada por el PN, se recompone y busca constituir una alianza con la DC, mientras plantea una línea de beligerante denuncia del gobierno. El PDC intenta trabajosamente redefinir una línea de acción ante las nuevas circunstancias. En ese debate surgirán diversas tendencias en su interior, una de ellas abiertamente proclive al entendimiento con el gobierno de Allende, que integran el ala “tercerista” de fines de los 60 y líderes como R. Tomic, Renán Fuentealba y Bernardo Leighton. Es la “izquierda DC”, tan característica de este partido en su historia, que permanece más allá de la escisión provocada por el Mapu.

En abril de 1971 tiene lugar la elección municipal. Las fuerzas que apoyan al gobierno obtienen cerca del 51% de los sufragios (PS: 22,8; PC: 17,4; PR: 8,2; Partido Social Demócrata: 1,4; Unión Socialista Popular: 1,0). La DC continua siendo el principal partido del país con un 26,2%. En una elección senatorial paralela, destinada a reemplazar a Allende en el Senado, realizada en la circunscripción austral, es electo el socialista Adonis Sepúlveda, hijo del fundador del POS y posteriormente dirigente del PS Ramón Sepúlveda Leal.

La UP considera plenamente satisfactorios los resultados: de un 36 % de votación presidencial ha aumentado, en cinco meses, a la mayoría absoluta.

LA APLICACIÓN DEL PROGRAMA DESPUÉS DEL TRIUNFO EN LAS MUNICIPALES

Luego de las elecciones la DC profundiza su debate y comienzan a surgir diferencias internas apreciables. La JDC, presidida por Luis Badilla, adopta una posición de izquierda, mientras en el partido aquellos que se sienten atraídos por el proyecto de la UP se enfrentan con otros que sostienen posiciones conservadoras. La derecha, cuya cabeza sigue siendo el PN, comprende luego de los comicios que debe actuar decisivamente sobre la DC, en particular sobre los sectores más críticos al gobierno de Allende, para lograr la hegemonía de sus criterios dentro de la oposición.

La izquierda vive días de euforia luego del aumento de catorce puntos porcentuales en las elecciones municipales. En sectores del gobierno, particularmente en el propio Presidente, se va acentuando, sin embargo, la preocupación por la gestión de la economía. Después de los logros iniciales hay que enfrentar las primeras dificultades serias en el plano económico. Allende llama, en el acto de conmemoración del 1 de mayo organizado por la CUT, al que asiste el Cardenal de la Iglesia Católica Raúl Silva Henríquez, a ganar “*la batalla de la producción*”. Para ello, sostiene, es fundamental la responsabilidad de los trabajadores, tanto

en el aumento de la productividad del trabajo como en el ejercicio de sus nuevas atribuciones en los consejos directivos de las empresas incorporadas al APS. Apoyado fuertemente por las demandas obreras, el gobierno continúa en aquellos meses configurando el APS mediante la incorporación de nuevas empresas, nuevas compras a particulares de acciones del sistema bancario y el avance de la reforma agraria y las expropiaciones de predios. Sometido a una triple presión, de la DC que lo acusa de ser sobrepasado por la movilización social, de los gremios patronales que defienden los intereses de los propietarios y la libre iniciativa privada en la agricultura, supuestamente en peligro por la reforma agraria, y de los campesinos que demandan tierra, el gobierno reacciona dando un paso adelante, de una manera que marcará su estilo político, según constatan Tomás Moulian y Manuel Antonio Garretón:

“Transforma las tomas en un medio de aceleración de la Reforma Agraria, utiliza la persuasión frente a los campesinos sin tierras y emplea la legislación de represión de los delitos políticos frente a la violencia de los latifundistas. Su respuesta global fue la masificación de la Reforma Agraria en las provincias convulsionadas y la definición de reglas del juego donde se le asignaba un rol mínimo y precario a los agricultores privados”.

Los trabajadores organizados son una fuerza que impulsa, a veces mediante acciones que el gobierno considera inoportunas, la incorporación de nuevas empresas al control público. Los procedimientos utilizados para provocar la “intervención” de tales empresas están, de vez en cuando, fuera de norma. El hecho genera roces crecientes con la oposición política, incluida la DC. Una de las grandes empresas textiles, Yarur S.A., es, por ejemplo, incorporada al APS luego de arduas negociaciones con las autoridades del gobierno y de los partidos y de una “toma” impulsada por los sindicalistas. Uno de ellos, Jorge Lorca, recuerda la alegría que provoca en los trabajadores la socialización así lograda:

“Fue un momento muy especial, todo alegría y felicidad, ya que al fin alcanzábamos algo que nos había costado mucho, por lo que, además, habíamos luchado muy duro y muy largo, por lo que muchos habían sido despedidos y permanecían desempleados [...] Cuando entré con el compañero ministro (Vuskovic) [...] compañeros se acercaron a abrazarme y felicitarne, tenían lágrimas en los ojos. También abrazaban al compañero ministro. Muchas mujeres trabajadoras lo besaban [...] En el fondo había un sentido de liberación”.

Los partidos de izquierda coinciden en el propósito de ampliar el APS, aunque evalúan de diversa forma la “batalla de la producción”. El PC comparte la idea presidencial, mientras para el MIR el esfuerzo por la producción es un objetivo secundario frente a la indispensable toma del poder, prioritaria respecto de cualquier tarea “economicista”. Ya instalado como nuevo ejecutivo de Yarur socializada, el dirigente sindical comunista Oscar Ibáñez se explaya sobre las diferencias con el MIR, cuyas posiciones, dice, ponen en riesgo luchas y conquistas de larga data:

“Los jóvenes del MIR quieren enfrentamiento ahora. No puedo aceptar cuando nos atacan a los comunistas como burgueses y no revolucionarios. Hemos luchado por años. Hemos sufrido represión. La clase trabajadora ha estado muriéndose durante cien años por alcanzar una circunstancia como esta y el MIR quiere tirar todo por la ventana en tres días de pelea”.

Muchos trabajadores asumirán en el curso del proceso de la UP un empeño por producir más, que identificarán como un acto “revolucionario”. Es la “batalla de la producción” que insumirá parte de la discusión ideológica del período, como se manifiesta en el discurso de Alberto Muñoz, obrero de la empresa Cristalerías Chile:

“Porque esto no es cuestión de llamarse “revolucionario”, había que ser revolucionario. Y revolucionario para nosotros o para mí en ese momento, era el concepto de asegurar la producción, porque asegurando la producción nosotros producíamos botellas de leche [...] Una de las medidas importantes del Presidente (era) darle medio litro de leche a los hijos de los trabajadores [...] Entonces, ese era el objetivo y ese era mi predicamento y por eso peleábamos”.

Sin embargo, aquello que suscita mayor discusión dentro y fuera de la izquierda, nacional e internacionalmente, es el planteamiento de Allende sobre su proyecto estratégico, formulado en su Mensaje Anual al Congreso Nacional del 21 de mayo de 1971, que pasará a ser conocido como “La vía chilena al socialismo” (fragmentos en página ...). Allende configura en ese texto su innovadora propuesta política que plantea construir una sociedad socialista sin la previa destrucción del Estado burgués, pacíficamente y con una ampliación simultánea de las libertades. El discurso presidencial suscita adhesión en sectores socialistas, en el PR y, en cuanto a sus implicancias políticas inmediatas, en el PC. Este último, sin embargo, junto a sectores socialistas y al Mapu, sienten cierta distancia del pensamiento presidencial cuando toca la “teoría de la transición al socialismo”, reivindicando conceptos enraizados en una interpretación más canónica del marxismo. Por su parte, el MIR coincide con estas reservas y, además, discrepa de las implicancias tácticas del planteamiento allendista. La periodista Mónica González recuerda la atmósfera interna del allendismo en aquellos días:

“En el campo de la UP ya se apreciaban dos bandos. Los que querían acelerar los cambios y aquellos que estaban sumergidos aún en la euforia de la construcción del llamado “hombre nuevo”. En las calles, destacamentos de “trabajos voluntarios” desplegaban su energía al ritmo contagioso de las canciones de Joan Manuel Serrat [...] Por doquier se escuchaba el estribillo de “Cantares”: “caminante no hay camino, se hace camino al andar”.”

Efectivamente, el “Tren de la Salud”, por ejemplo, con sus doce vagones de voluntarios ha recorrido territorio mapuche llevando a lugares pobres y lejanos las promesas de la medicina. Una de sus principales organizadoras, la odontóloga Haydée Alarcón, declara a la prensa:

“Nosotros esperábamos cumplir en un 80% nuestro plan de treinta mil actuaciones médicas gratuitas. Viajando de noche y trabajando de día, en ocasiones hasta doce horas seguidas, hemos superado en un 40% nuestro objetivo. Hemos tocado con nuestras propias manos la miseria fisiológica en los pueblos que, en invierno, durante cinco meses, están aislados del resto del mundo por la nieve o el fango”.

A fines de mayo, en un domingo otoñal, se realiza la Primera Jornada Nacional de Trabajo Voluntario. El corresponsal del diario francés “Le Monde”, Pierre Kalfon, destaca las formas de solidaridad que se manifiestan en este tipo de actividades:

“En la más pura tradición de la fraternidad ecuménica, fueron los jóvenes comunistas de las brigadas Ramona Parra, famosas por sus frescos murales, quienes se lanzaron al asalto del frontispicio de la catedral de Santiago para realizar una limpieza completa. En todo el país, estudiantes jóvenes de la DC, boy scouts, se apresuraron a reparar, limpiar, plantar, construir. Los setenta antiguos presos políticos brasileños refugiados en Santiago desde el pasado mes de enero se propusieron, “en señal de gratitud y de solidaridad”, rehabilitar una guardería... El Ejército mismo continuó, el domingo, sus trabajos de asistencia en los suburbios... En un Chile en marcha hacia el socialismo, el trabajo se ha convertido hoy en un valor sagrado”.

LA VÍA CHILENA.
Primer mensaje del Presidente Allende ante el Congreso Pleno.
21 de mayo de 1971.
(Fragmentos).

“Las circunstancias de Rusia en el año 17 y de Chile en el presente son muy distintas. Si embargo el desafío histórico es semejante.”

“Como Rusia entonces, Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una nueva manera de construir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada. Los pensadores sociales han supuesto que los primeros en recorrerla serían naciones más desarrolladas, probablemente Italia y Francia, con sus poderosos partidos obreros de definición marxista.

Sin embargo, una vez más, la historia permite romper con el pasado y construir un nuevo modelo de sociedad, no sólo donde teóricamente era más previsible, sino donde se crearon condiciones concretas más favorables para su logro. Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista.”

“Los escépticos y los catastrofistas dirán que no es posible. Dirán que un Parlamento que tan bien sirvió a las clases dominantes es incapaz de transfigurarse para llegar a ser el Parlamento del Pueblo chileno.

Aún más, enfáticamente han dicho que las Fuerzas Armadas y Carabineros, hasta ahora sostén del orden institucional que superaremos, no aceptarían garantizar la voluntad popular decidida a edificar el socialismo en nuestro país. Olvidan la conciencia patriótica de nuestras Fuerzas Armadas y de Carabineros, su tradición profesional y su sometimiento al poder civil.”

“Las dificultades que enfrentamos no se sitúan en ese campo. Residen realmente en la extraordinaria complejidad de las tareas que nos esperan: institucionalizar la vía política hacia el socialismo, y lograrlo a partir de nuestra realidad presente, de sociedad agobiada por el atraso y la pobreza propios de la dependencia y del subdesarrollo; romper con los factores causantes del retardo y al mismo tiempo edificar una nueva estructura socioeconómica capaz de proveer a la prosperidad colectiva.”

“Tal es la esperanza de construir un mundo que supere la división entre ricos y pobres. Y en nuestro caso, edificar una sociedad en que se proscriba la guerra de unos contra otros en la competencia económica; en la que no tenga sentido la lucha por privilegios profesionales; ni la indiferencia hacia el destino ajeno que convierte a los poderosos en extorsión de los débiles.”

“Es este un tiempo inverosímil, que provee los medios materiales de realizar las utopías más generosas del pasado. Sólo nos impide lograrlo el peso de una herencia de codicias, de miedos y de tradiciones institucionales obsoletas. Entre nuestra época y la del hombre liberado en escala planetaria, lo que media es superar esta herencia. Sólo así se podrá convocar a los hombres a reedificarse no como productos de un pasado de esclavitud, sino como realización consciente de sus más nobles potencialidades. Este es el ideal socialista.”

“La ordenación interna de todas las sociedades bajo la hegemonía de los desposeídos, la modificación de las relaciones de intercambio internacional exigidas por los pueblos expoliados, tendrán como consecuencia no sólo liquidar la miseria y el atraso de los pobres, sino liberar a los países poderosos de su condena al despotismo. Así como la emancipación del esclavo libera al amo, así la construcción socialista con que se enfrentan los pueblos de nuestro tiempo tiene sentido tanto para las naciones desheredadas como para las privilegiadas, ya que unas y otras arrojarán las cadenas que degradan su sociedad.”

“En términos más directos, nuestra tarea es definir y poner en práctica, como la vía chilena al socialismo, un modelo nuevo de Estado, de economía y de sociedad, centrado en el hombre, sus necesidades y sus aspiraciones. Para eso es preciso el coraje de los que osaron repensar el mundo como un proyecto al servicio del hombre. No existen experiencias anteriores que podamos usar como modelo; tenemos que desarrollar la teoría y la práctica de nuevas formas de organización social, política y económica, tanto para la ruptura con el subdesarrollo como para la creación socialista.”

“Caminamos hacia el socialismo no por amor académico a un cuerpo doctrinario. Nos impulsa la energía de nuestro pueblo, que sabe el imperativo ineludible de vencer el atraso y siente al régimen socialista como el único que se ofrece a las naciones modernas para reconstruirse racionalmente en libertad, autonomía y dignidad. Vamos al socialismo por el rechazo voluntario, a través del voto popular, del sistema capitalista y dependiente cuyo saldo es una sociedad crudamente desigualitaria, estratificada en clases antagónicas, deformada por la injusticia social y degradada por el deterioro de las bases mismas de la solidaridad humana.”

“El principio de legalidad rige hoy en Chile. Ha sido impuesto tras una lucha de muchas generaciones contra el absolutismo y la arbitrariedad en el ejercicio del poder del Estado.”

“No es el principio de legalidad lo que denuncian los movimientos populares. Protestamos contra una ordenación legal cuyos postulados reflejan un régimen social opresor.”

“El papel social ordenador y regulador que corresponde al régimen de Derecho está integrado a nuestro sistema institucional. La lucha de los movimientos y partidos populares que hoy son Gobierno ha contribuido sustancialmente a una de las realidades más prometedoras con que cuenta el país: tenemos un sistema institucional abierto, que ha resistido incluso a quienes pretendieron violar la voluntad del pueblo.

La flexibilidad de nuestro sistema institucional nos permite esperar que no será una rígida barrera de contención. Y que al igual que nuestro sistema legal, se adaptará a las nuevas exigencias para generar, a través de los cauces constitucionales, la institucionalidad nueva que exige la superación del capitalismo.”

“El pueblo de Chile está conquistando el poder político sin verse obligado a utilizar las armas. Avanza en el camino de su liberación social sin haber debido combatir contra un régimen despótico o dictatorial, sino contra las limitaciones de una democracia liberal. Nuestro pueblo aspira legítimamente a recorrer la etapa de transición al socialismo sin recurrir a formas autoritarias de gobierno.”

“Si la violencia, interna o externa, la violencia en cualquiera de sus formas, física, económica, social o política, llegara a amenazar nuestro normal desarrollo y las conquistas de los trabajadores, correrían el más serio peligro la continuidad institucional, el Estado de Derecho, las libertades políticas y el pluralismo. El combate por la emancipación social o por la libre determinación de nuestro pueblo adoptará obligatoriamente manifestaciones distintas de lo que con legítimo orgullo y realismo histórico denominamos la vía chilena hacia el socialismo.”

“Por esta meta combate el pueblo. Con la legitimidad que da el respeto a los valores democráticos. Con la seguridad que da un programa. Con la fortaleza de ser mayoría. Con la pasión del revolucionario.

Venceremos.”

A comienzos de junio ocurre un hecho que tendrá efecto decisivo en el curso de los acontecimientos: el ex Ministro del Interior del gobierno Frei y dirigente DC Edmundo Pérez Zujovic es alevosamente asesinado en una emboscada tendida a su automóvil por hombres armados. Cinco días antes del homicidio, Radomiro Tomic ha enviado una carta privada a Salvador Allende, en la que expresamente llama a un alianza de la UP con la DC tras la realización de un *“segundo modelo histórico hacia el socialismo”* y propone medidas políticas inmediatas para dar forma a esa unidad. Tomic define una propuesta de izquierda para la DC que pudo haber contribuido eficazmente a cambiar el cuadro político, pero que se frustra,

básicamente, porque los efectos del asesinato de Pérez Zujovic refuerzan las opciones contrarias al acuerdo con la izquierda:

“Estoy cada vez más preocupado por el riesgo creciente de que esta excepcional oportunidad de dar forma a un “segundo modelo histórico (democrático, revolucionario, pluralista) hacia el socialismo”, tienda más y más al “primer modelo” tradicional: el del enfrentamiento y la violencia... Para iniciar el asunto en su forma más concreta, te resumo mi opinión: El día en que el antagonismo entre gobierno y DC haya llegado “al punto de no retorno” habrá dejado de ser viable en Chile el “segundo modelo [...] Dicho de otro modo: en esta fase de tu gobierno y dentro del marco constitucional que te sirve simultáneamente de respaldo y de cauce, la cuestión decisiva es dejar de ser minoría institucional y pasar a ser mayoría institucional. Aquí está la “contradicción principal” (para utilizar el lenguaje de algunos de los clásicos del marxismo) que condiciona decisivamente la posibilidad del “segundo modelo [...] ¿Qué hacer? En lo permanente, entenderse con la DC no para transar el programa de tu Gobierno sino para facilitar su cumplimiento en términos aceptables para ambos. Hacerlo cuanto antes, ojalá aprovechando la oportunidad que abre la elección de Valparaíso. En lo inmediato: buscar a la brevedad [...] una fórmula que permita el apoyo de la UP a un candidato Demócrata Cristiano [...] escogido de común acuerdo o mediante procedimientos satisfactorios”

El gobierno expresa su rechazo ante el crimen y adopta medidas para perseguir a los culpables. La Dirección General de Investigaciones, a cargo del socialista Eduardo Paredes y del comunista Carlos Toro los individualiza rápidamente. Se trata militantes de “ultraizquierda”, integrantes de un grupo remanente de la organización llamada Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP). “La cacería es implacable”, recuerda el general Carlos Prats. Cinco días después del crimen, dos de los responsables, los hermanos Arturo y Ronald Rivera, máximos dirigentes de la VOP, son cercados en un barrio de Santiago y mueren en un intercambio de fuego con la policía. Días más tarde otro de los asesinos da muerte a tres oficiales de la policía civil en el propio cuartel central de la institución y se dinamita a sí mismo. Prats percibe entonces que las posibilidades de acuerdo con la DC se debilitan enormemente:

“El extraño y absurdo crimen pronto trae secuelas políticas de incalculables proyecciones posteriores. La indignación del Partido Demócrata Cristiano, ante la trágica muerte de tan relevante personero de sus filas, se traduce en el distanciamiento de esta colectividad del gobierno, y en el predominio de su ala conservadora. Se rompe, además, el acuerdo existente, desde la gestación de las “garantías constitucionales”, según el cual la DC mantenía la Presidencia del Senado y la UP la de la Cámara de Diputados... En la Cámara de Diputados es elegida, ahora, una nueva mesa demócrata cristiana, con el apoyo de la derecha, dándose así los primeros pasos de un entendimiento de la oposición.”

El calendario reserva para tres días después del asesinato las elecciones de rector de la Universidad de Chile, en las que un independiente pro demócrata cristiano, el economista Edgardo Boeninger, derrota al principal asesor legal de Allende, el jurista Eduardo Novoa Monreal. Un mes más tarde la provincia de Valparaíso, recién azotada por un fuerte terremoto, debe elegir un diputado. La elección es considerada un test. Dentro de la UP Allende sondea la posibilidad de apoyar a un candidato DC, evitando una confrontación electoral a poco del asesinato de Pérez Zujovic. Se impone, sin embargo, el criterio de levantar candidato propio. Según constata Carlos Prats:

“Allende, con clara visión política, trata [...] que la UP no lleve candidato propio a la elección complementaria a verificarse en Valparaíso, para beneficiar al PDC; pero no logra que sus partidarios visualicen la importancia de la fuerza centripeta que la derecha ejercía sobre la DC”.

De este modo, se enfrentan el socialista Hernán Del Canto, con el apoyo de la UP, y el médico DC Oscar Marín, triunfante por escaso margen de votos. En ambas elecciones, por la

rectoría de la Universidad de Chile y por la diputación por Valparaíso, la oposición de derecha apoya a los candidatos DC vencedores, impulsando así su estrategia de unidad opositora. El hecho tiene consecuencias y a fines de julio las tensiones en el PDC alcanzan un clímax. Luego de ser derrotada en los órganos directivos su propuesta para establecer una prohibición de celebrar pactos con la derecha, el dirigente Bosco Parra abandona el lugar de reunión junto a un grupo de seguidores, decidido a crear una nueva organización, la Izquierda Cristiana (IC). Luis Badilla, en ese momento presidente de la JDC, testimonia que en sectores de la DC la decisión de oponerse a la UP es definitiva y no depende de negociación alguna:

“Al salir quienes abandonaban la reunión se sintieron apostrofados por el senador Juan Hamilton, ex ministro de Vivienda del gobierno Frei Montalva, con estas palabras: “Aquello que los jóvenes no comprenden es que los cristianos debemos ser alternativa a los marxistas. Por eso, ¿si no hay diferencias es preciso inventarlas!”

Luego ocho diputados DC se pliegan a la naciente IC, entre ellos, Bosco Parra que será su secretario general, Pedro Felipe Ramírez y Luis Maira, quien había cumplido un rol decisivo en las negociaciones sobre “garantías constitucionales” antes de la asunción de Allende. La UP celebra la escisión mientras la critica Bernardo Leighton, desde la DC, porque afecta las posiciones de quienes están por el acuerdo con el gobierno:

“El gobierno del señor Allende, para poder realizar una transformación revolucionaria de Chile dentro de un marco democrático, como yo creo sinceramente que lo piensa el presidente, tiene que contar con nosotros. Manifesté una vez en privado al señor Allende: “la hazaña que tú quieres hacer, o la haces con la DC o no hay posibilidad de hacerla”.

A comienzos de agosto, estos hechos impactan al interior del Mapu. El Ministro Jacques Chonchol y los tres parlamentarios de ese partido -Julio Silva Solar, Alberto Jerez y el Senador Rafael Agustín Gumucio- renuncian para integrarse a la IC, señalando que el Mapu ha derivado en un partido con una visión marxista leninista y ha abandonado la misión de representar al cristianismo revolucionario. En realidad, el grupo que integra la IC corresponde a lo que durante el gobierno de Frei constituyó la tendencia tercerista, cuya aspiración política declarada era vincular, efectivamente, la práctica de la DC con la vocación revolucionaria anticapitalista que expresa el socialismo comunitario como alternativa de sociedad. El otro rasgo específico del grupo era la afirmación de la raíz y tradición cristiana de su ideología, que le había distinguido siempre en la DC de los “rebeldes” que fundaron el Mapu. Estos últimos no pretendían ser una alternativa de izquierda en el campo de la DC, sino un nuevo destacamento o “partido obrero”, de allí que insistieran en declararse “marxista – leninistas”. Gumucio en sus memorias ve precisamente en este aspecto de las cosas la explicación de por qué optó por la IC y no por el Mapu. Junto a ello destaca lo que efectivamente caracterizará el aporte del nuevo partido: su acendrado espíritu de raíz “evangélica” que le hace favorecer el “poder popular en la base”:

“Contrariamente a lo acordado por el MAPU al declararse partido marxista-leninista, la Izquierda Cristiana no pretendió ser el séptimo partido de esa ideología. La tarea que se impuso fue más realista: trabajar por superar el problema político que significaba la división del pueblo provocada por el sectarismo derivado de diferentes ideologías [...] La inspiración evangélica ha tenido gran importancia en los rasgos comunes que distinguieron a los cristianos de izquierda. Al margen de toda teoría, el comportamiento práctico de esos cristianos ha adquirido características políticas propias. A mi juicio, la principal de esas características es la de exigir el poder popular en la base [...] La lucha de la Izquierda cristiana dentro de la Unidad Popular fue precisamente orientada a desarrollar el poder popular en la base. Incansablemente se opuso a sectarismos paralizantes, a lo que se llamó “cuoteo” político en las designaciones de funcionarios”

La renuncia de Chonchol y sus compañeros al Mapu y una división interna en el PR provocan una crisis de gabinete, la primera de las muchas que habrán de seguir. En el PR se escinden diez parlamentarios acusando a la directiva encabezada por el diputado Carlos Morales Abarzúa de asumir posturas marxistas, aunque reafirmando su adhesión a la UP. Allende confirma a Chonchol y tres ministros radicales y sólo efectúa el cambio de Ministro de Salud para designar a Juan Carlos Concha, militante MAPU, que por la renuncia de Chonchol a ese partido ha quedado sin representación ministerial.

De estos singulares días de agosto de 1971, se recuerda la muerte accidental en su casa de uno de los principales dirigentes y fundadores del MIR, Luciano Cruz, cuyo deceso impacta fuertemente tanto en la organización a la que pertenece como en otros sectores de izquierda, que habían conocido su proverbial coraje y su facilidad para el trato con los demás en el mundo popular. Patricio Rivas, entonces militante y durante la dictadura dirigente del MIR, recuerda haber leído las palabras de Miguel Enríquez en el funeral de Luciano Cruz. Yo me encontraba en La Habana, dice, cuando murió en agosto de 1971. *“Al regresar a Santiago sentía que nos faltaba algo, que con el guatón Luciano se iba parte de lo que podía denominarse la identidad del mirismo histórico, de la cultura radical romántica”*. Para M. Enríquez, Cruz era escuetamente un revolucionario:

“Una organización revolucionaria tiene muchos y buenos cuadros, el MIR también los tiene. Pero Luciano era nuestro líder de masas, era nuestra mejor expresión popular, el pueblo lo quería, lo seguía y respetaba. El pueblo debe conocer su corta historia, que es la historia de un militante de la revolución.”

Pocas semanas antes, el 11 de julio, por la unanimidad de los 158 parlamentarios presentes que pertenecen a todos los sectores políticos, el Congreso Pleno ha aprobado la reforma constitucional que nacionaliza las empresas mineras de cobre de la llamada “Gran Minería” (Chuquicamata, El Salvador, Exótica, El Teniente y Andina). Desde comienzos de año el gobierno ha avanzado en establecer un control estricto sobre la administración de los minerales y CODELCO, el organismo estatal rector de la industria cuprífera, se ha hecho cargo de las ventas de cobre. La nacionalización es uno de los grandes desafíos del gobierno, no siempre comprendido por los trabajadores del sector, como lo demuestra el hecho siguiente que registra en sus crónicas Pierre Kalfon:

“”No puedo entenderlo”. En el transcurso de una conferencia de prensa, el 5 de agosto, el Presidente Allende no ha ocultado su consternación y su irritación ante el hecho de que, tres semanas después de la nacionalización de la gran industria del cobre, cuatro mil quinientos trabajadores del complejo minero de El Salvador Potrerillo (a unos mil kilómetros al norte de Santiago) prosigan, desde el domingo pasado, una huelga general a causa de una serie de reivindicaciones salariales”.

Meses más tarde, en septiembre, el presidente Allende dicta el decreto que establece el monto que debe deducirse de las indemnizaciones a las empresas nacionalizadas por constituir “rentabilidades excesivas” obtenidas en el pasado. Allende considera tales aquellas que sobrepasaban el 12% del “valor de libros”. El anuncio y la posterior aplicación del criterio presidencial por la Contraloría General de la República, para determinar los montos a indemnizar, tensa al máximo las relaciones con las empresas norteamericanas y el gobierno de EEUU y da inicio a un período de enfrentamiento en los tribunales de diversos países.

Contribuye a aumentar esa tensión la toma de control por el gobierno de la Compañía de Teléfonos, propiedad en un 70% de la compañía estadounidense International Telephone and Telegraph (ITT). Manuel Castells en su texto, escrito en aquellos días, observa que la “batalla” por el cobre se libra en las propias minas, como se comprobará tiempo más tarde:

“Esta guerra sorda con las compañías cupríferas americanas ha tenido también su expresión en el seno de las propias instalaciones mineras: por un lado, a través del sabotaje de las posibilidades de explotación futuras realizado por las empresas en los últimos meses en que controlaron la explotación, con la consecuencia de hacer bajar el ritmo de producción durante largo tiempo y obligar a cuantiosas inversiones para restablecer condiciones técnicas normales. Por otra parte, mediante el retiro de técnicos y especialistas, no sólo yanquis, sino chilenos, comprados a altos precios y exportados fuera del país. En fin, la bomba de efecto retardado dejada en ese “sueldo de Chile” que es el cobre fue el nivel de salarios y regalías en el que las empresas yanquis habían mantenido una parte de los obreros y, sobre todo, los técnicos, empleados y supervisores (en particular, a través de su pago en dólares)”.

Sin duda las relaciones internacionales son ya, a esas alturas, un frente particularmente sensible para el gobierno de la UP. Ha establecido a comienzos de año relaciones diplomáticas con la República Popular China, en un momento en que EEUU aún mantenía un veto a este tipo de decisiones por los países de su órbita. A fines de año Chile abriría el mercado chino para el cobre chileno. Además, establece relaciones con la República Democrática Alemana, en otro acto de desafío a las directrices del Departamento de Estado estadounidense. El canciller Almeyda visita al promediar el año tres países del bloque soviético: la URSS, Hungría y Yugoslavia. En cuanto a Cuba, 1971 es un año de intensas relaciones económicas, políticas y culturales. En mayo ha asumido como nuevo embajador de Chile Juan Enrique Vega, alto dirigente y teórico del Mapu.

Un importante objetivo de la política exterior chilena es consagrar el criterio de pluralidad ideológica entre estados, en el marco de Naciones Unidas. En particular es clave para el gobierno evitar que Argentina establezca una “frontera ideológica” respecto a Chile. Para reafirmar la amistad entre los dos países Allende realiza una visita histórica al mandatario argentino, general Alejandro Agustín Lanusse, al promediar 1971. El encuentro se realiza en Salta. Un día antes de la visita ambos gobiernos anuncian en Londres el arbitraje de Su Majestad Británica para dirimir el conflicto a propósito de varias islas en el canal Beagle. Lanusse, por su parte, viaja a Antofagasta a encontrarse nuevamente con Allende, en el mes de octubre.

La personalidad del canciller Almeyda y el rol político que juega en el entramado de dirección del gobierno son un dato relevante de la época. Jaime Suárez recuerda del “Cloro”, como era apodado, su rigor intelectual y su personalidad espontánea, materia prima de anécdotas interminables, así como la adecuación que debió realizar de sus convicciones políticas, que le habían llevado en el pasado a ser un tenaz opositor de la candidatura de Allende:

*“Distraído, ameno, con un carisma de chillanejo dicharachero, que oye lo que se le habla, que atiende a su interlocutor, es una notable mezcla de pensador profundo, de largo aliento, con un pragmático de la “micropolítica” [...] Almeyda no simpatizó inicialmente con la candidatura de Allende. Además, los ideologismos de Almeyda distaban mucho de los quehaceres políticos parlamentarios de Allende. Sin embargo, en el transcurso del gobierno, Allende va a distinguirlo como uno de sus mejores ministros y Almeyda, en forma muy enfática, decía cada vez que había pasado un tiempo sin conversar:
- Oiga, Jaime, le diré que cada día estoy más allendista”*

JOSÉ CLODOMIRO ALMEYDA MEDINA:
académico, líder e intelectual orgánico socialista

Intensamente vivió Clodomiro Almeyda sus más de cincuenta años de actividad política. Su vida se identifica en gran parte con la historia del Partido Socialista y de la izquierda chilena. Marxista estudioso y convencido, académico de primer nivel en las áreas de la sociología y la ciencia política y político activísimo, nació en Santiago el 11 de febrero de 1923. Se crió en Chillán, donde su familia poseía tierras. Su padre, Manuel Almeyda Arroyo, ingeniero civil y profesor de arquitectura en la U. de Chile y empresario y su madre, Delia Medina Fritis, de actividad "dueña de casa", tuvieron cinco hijos. Clodomiro contrae matrimonio en 1953 con Irma Cáceres Soudán, profesora y compañera de toda su vida, con quien tiene tres hijos.

Almeyda estudia en el Colegio Alemán de Santiago y luego ingresa a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile donde se titula de abogado en 1949. Allí forma parte de un grupo de estudiantes donde sobresalen Patricio y Andrés Aylwin, Carlos Altamirano y Felipe Herrera, entre otros, que debaten intensamente su destino político. Unos se inclinarán en definitiva por la Falange Nacional y otros por el socialismo, al que Almeyda ya ha ingresado. Efectivamente, se incorpora en 1940 a la Brigada Universitaria Socialista (BUS) y en 1948 inicia su periplo del dirigente partidario incorporándose al Comité Central. En forma casi ininterrumpida ocupa hasta su muerte todas las jerarquías direccionales en el PS. Es el primer director de la revista política "Arauco" en 1960. En 1961 es electo diputado. Almeyda estará presente en todos los momentos, brillantes y grises, de la existencia del socialismo chileno.

Almeyda desarrolla una amplia experiencia de gobierno, primero en el período de Ibáñez, cuando ocupa las carteras de Trabajo y Minería, y luego en el de Salvador Allende, de quien es uno de los colaboradores más próximos en los ministerios de Relaciones Exteriores, de Defensa y de Interior. En esa etapa le corresponde, además, asumir la Vicepresidencia de la República con ocasión de los viajes del Presidente al exterior. Confieso, dice en un homenaje a Allende que escribe en 1983,

"que en más de una ocasión pensé que el innegable sentido de la realidad que percibía en Allende, por la vía del pragmatismo, podía conducirlo a posturas oportunistas, pero cuando [...] estuve en condiciones de vivir y ya no sólo de suponer su conducta política, pude también constatar y dar fe que Allende en todo momento actuó en función de su compromiso con el pueblo y el socialismo"

Enviado a prisión en la isla Dawson luego del golpe, cuando sale en libertad se exilia en México y luego en la RDA donde integra la dirección política del PS en el exterior. Su actividad en la denuncia de la dictadura y en la promoción de la solidaridad internacional con Chile y su pueblo es constante.

Hombre reflexivo y de gran vuelo teórico, Almeyda está siempre presente en los debates partidarios y de la izquierda. Observa con interés y mentalidad abierta la evolución del socialismo a nivel mundial y sigue siempre de cerca las diversas experiencias, especialmente la soviética, la china y la yugoslava. Luego del golpe militar Almeyda encamina su reflexión hacia la reconstitución de una izquierda teóricamente sólida, en torno a los postulados marxista-leninistas y a una férrea unidad socialista comunista. Su visión del golpe militar y la derrota de la Unidad Popular no hace concesiones en sus críticas a su partido y a la Unidad Popular. Se convierte entonces en un defensor y promotor de la unidad de la izquierda y, en sus inicios, en activo adversario de la "renovación socialista". Ve en este proceso el peligro de una división de la izquierda. Almeyda no trepida en reconocer en el propio PS un rasgo que pudo ser, más de una vez, un obstáculo para el logro de la unidad de las "fuerzas populares":

"Empresa ésta que no fue fácil, pues el Partido Socialista nació con una fuerte vocación hegemónica, que lo hacía proclive al aislacionismo y era fuente de un notorio chauvinismo partidario que dificultaba la inserción unitaria en el seno de la izquierda"

Los debates sobre estas materias y sobre el futuro del socialismo chileno conducen a la seria división de 1979 que separa a Clodomiro Almeyda de Carlos Altamirano, más allá de la amistad que siempre los había unido. Se inicia entonces un largo período de diez años en que existirán dos PS.

En 1987 Almeyda ingresa clandestino a Chile y es apresado por la dictadura. Es relegado y condenado a 541 días de cárcel y a 10 años de pérdida de derechos ciudadanos y queda excluido por disposición constitucional de la docencia y el periodismo. Recupera la libertad y la plenitud de su ciudadanía luego del plebiscito de 1988. En el período siguiente, conduce a su partido a la plena integración a la Concertación de Partidos por la Democracia, distanciándose del Partido Comunista.

En 1989 Almeyda acuerda con Jorge Arrate la unificación de las dos orgánicas socialistas, conocidas como "PS-Almeyda" y "PS-Arrate", y asume la presidencia del PS unificado hasta el Congreso de Unidad celebrado al año siguiente. Participa activamente en la formación del primer gobierno democrático presidido por Patricio Aylwin y en 1991 acepta ser embajador en la Unión Soviética. En esa función Almeyda, en un acto de lealtad y reciprocidad, acoge la solicitud de asilo político que le hiciera el ex Jefe de Estado de la RDA, Erich Honecker, luego de la caída del muro de Berlín. Esta decisión suscita polémica, el gobierno chileno no la avala y Almeyda presenta su renuncia, reincorporándose a las tareas partidarias en Chile hasta el día de su muerte.

Ejerce la docencia en la Universidad de Chile, donde dirige en dos ocasiones la Escuela de Sociología. Escribe textos teóricos, una gran cantidad de textos políticos, muchos de ellos recogidos en antologías, y publica un libro autobiográfico con reflexiones políticas retrospectivas. Contribuye en la universidad a la formación de generaciones de sociólogos y en el PS hace admirar su estilo sencillo, sin rebuscamientos, lleno de humor, pero a la vez estricto y definido, tenaz y firme en la defensa de sus ideas.

Muere el 25 de agosto de 1997, ante la congoja de sus compañeros.

Al promediar 1971 se ha registrado la primera huelga en una empresa estatizada. El sindicato de la carbonífera Lota Schwager, controlado por dirigentes de militancia UP, realiza una huelga de una semana en demanda de alza salarial.

En el mes de agosto se registran dos importantes "tomas" por parte de trabajadores: Cervecerías Unidas, la más grande cervecera del país, e INSA, una industria de neumáticos

con capital extranjero. El MIR, en particular, es el más decidido partidario de estas acciones, según Miguel Enríquez:

“El MIR proclama el derecho de los trabajadores del campo y la ciudad a movilizarse, a levantar las formas de lucha que son necesarias. Si son las tomas de fundos, si son las tomas de fábricas, eso es un camino justo, si se está combatiendo el sabotaje de los momios, si se está combatiendo a la derecha y al imperialismo”.

LOS INTENTOS DE DIÁLOGO CON LA DC

En septiembre la CUT convoca a una masiva y exitosa concentración que demuestra, una vez más, el sólido apoyo de masas que sostiene al gobierno de la UP. La central se ha constituido en un importante protagonista institucional del proceso y se ha ganado, en todos los terrenos, un reconocimiento oficial que culminará a comienzos de 1972 con una ley que legitima su existencia y derechos. Orientada por dos constantes históricas del accionar del sindicalismo chileno, la reivindicación de derechos y la lucha por el cambio social, la CUT está constituida por numerosos sindicatos de obreros y de trabajadores de “cuello blanco” (“empleados”) y, en menor medida, por organizaciones campesinas. Los partidos políticos, en particular el PC, el PS y la DC tienen una fuerte influencia en sus cuadros sindicales. Esta consolidación de la central obrera es ya notoria al cumplirse el primer año del gobierno de la UP, cuando se extiende en el movimiento popular la idea de “*defender lo que se ha conquistado*”, como dice el canto compuesto para la ocasión por Ángel Parra (“Cuando amanece el día”):

“Cuando amanece el día digo/ que suerte tengo de ser testigo/ cómo se acaba con la noche oscura/ que dio a mi tierra dolor y amargura/ Y ahí veo el hombre/ que se levanta, crece y se agiganta/ que se levanta crece y se agiganta/ [...] / Cuando amanece el día pienso/ en el mitin de las seis en el centro/ donde estará todo el pueblo gritando/ ¡a defender lo que se ha conquistado! /”

El conflicto político se centrará en los meses siguientes en la eventual socialización de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, que la oposición estima una amenaza para la libertad de prensa, en un grave conflicto interno en la Universidad de Chile a propósito de una reestructuración de Facultades, y en el APS. Sobre esta última, senadores DC presentan un proyecto que resulta insatisfactorio para el gobierno, por lo que, en octubre, Allende envía al Congreso su propio proyecto de ley. En él establece las 150 empresas que serán nacionalizadas para constituir el APS. Varias de ellas están ya bajo control público en los sectores de las comunicaciones, textil, pesca, cemento, electrodomésticos y otras. El empuje de los trabajadores sigue siendo un elemento propulsor de este proceso.

Por esos días una noticia conmueve al país: el Comité Sueco otorga el Premio Nobel de Literatura a Pablo Neruda, a la sazón embajador de Chile en Francia. Kalfon, en “Le Monde”, recuerda la fiesta con que se recibe la noticia en los sectores populares:

“En todo el país, los periódicos echan las campanas al vuelo. Pero la expresión “echar las campanas al vuelo” adquiere un sentido muy concreto en la “población” Pablo Neruda... Hoy es un día de fiesta. Se colocan guirnaldas, se ponen banderas, se conectan altavoces. Los “pobladores” bailan la “cueca” (baile nacional) y brindan con alegría para celebrar tanto la gloria del poeta como la perspectiva de instalarse en breve, “gracias al nuevo régimen”, en casas “sólidas”. “Este año todo va bien ---dice un obrero risueño--- tenemos el Gobierno, Colo Colo (popular equipo de fútbol) está a la cabeza del campeonato, y a Neruda le han dado el premio Nobel”.

Unos meses más tarde, en diciembre, Neruda recibirá el premio en solemne ceremonia y reiterará, una vez más, el compromiso de su poesía con la lucha popular:

“Extendiendo estos deberes del poeta, en la verdad o en el error, hasta sus últimas consecuencias, decidí que mi actitud dentro de la sociedad y ante la vida debía ser también humildemente partidaria. Lo decidí viendo gloriosos fracasos, solitarias victorias, derrotas deslumbrantes. Comprendí, metido en el escenario de las luchas de América, que mi misión humana no era otra sino agregarme a la extensa fuerza del pueblo organizado, agregarme con sangre y alma; con pasión y esperanza, porque sólo de esa henchida torrentera pueden nacer los cambios necesarios a los escritores y a los pueblos”.

En noviembre de 1971 se hace sentir ya la escasez y desabastecimiento de algunos productos, en parte derivada del proceso de redistribución de ingresos y aumento de poder de compra que está teniendo lugar y, en parte, de acciones organizadas por la oposición destinadas a generar artificialmente escasez. El gobierno anuncia que tomará en sus manos la distribución de productos esenciales. Al mismo tiempo, luego de un año, las reservas monetarias internacionales han caído y obligan al gobierno a restringir la importación de alimentos. Rodrigo Ambrosio, en una memorable intervención radial, levanta la idea de que el país sufre un “bloqueo invisible”, no tan evidente como el de EEUU sobre Cuba pero no menos agresivo y propone una plataforma de acciones concretas destinadas a reforzar la organización popular y su apoyo al gobierno.

Efectivamente, la acción desestabilizadora dirigida desde el exterior, generaba y continuaría generando crecientes problemas en la vida cotidiana de los chilenos. Un lustro más tarde el dirigente comunista Manuel Cantero sostendrá que contrarrestar esa acción era para la izquierda particularmente difícil por la estructura dependiente del exterior que caracteriza a la economía chilena:

“La política de “desestabilización” llevada a cabo sistemáticamente por el imperialismo se apoyaba en un conocimiento cabal de la estructura de la economía chilena y de las limitaciones que ella tenía como consecuencia de las fuertes relaciones de dependencia tradicionales. Cuando Richard Nixon señaló que se debía “hacer aullar” la economía chilena no lanzaba una mera frase al aire. Las amarras de la dependencia eran muy firmes y cortarlas implicaba realizar un esfuerzo grande y complejo”.

**RODRIGO AMBROSIO BRIEVA:
joven líder, sociólogo, constructor carismático de partido.**

La trayectoria de Rodrigo Ambrosio es una expresión fulgurante de la generación de jóvenes revolucionarios que acceden a la política en los años 60. Si hay algo que caracteriza su legado es su capacidad para separar "lo nuevo" de "lo viejo", su convicción de que lo que llama "vanguardia proletaria" había que hacerla con, y no contra, aquellos que expresaban la tradición proletaria en el país: comunistas y socialistas. Aunque en el marco de una crítica a veces implacable. Ser un partido proletario joven da al Mapu la ventaja, dice Ambrosio en una entrevista al diario Última Hora, "de incorporarse al movimiento obrero chileno y mundial con ciertas perspectivas ... porque ese movimiento ha llegado a ser ... amplio pero contradictorio, rico pero complejo, y se hace entonces objetivamente imposible confundirlo con ninguna de sus formas particulares de manifestarse".

Nace en Talca el 5 de enero de 1941, hijo de José Ambrosio Cajas, un empleado que llegó a gerente de la empresa de electricidad de Chillán y de María Brieva Ayuso, mujer rotaria de activa vida social que, a la muerte del padre, en 1968, se encarga de la pequeña explotación agrícola de la familia. Rodrigo tiene sólo una hermana. Estudia en el colegio jesuita de Chillán, cursa dos años de derecho en la Universidad de Chile y se titula de sociólogo en la Pontificia Universidad Católica de Santiago. Allí se relaciona con Roger Veckemans, el jesuita que ha fundado la carrera de sociología, por quién muestra una actitud crítica ante la identificación de éste con la DC oficial y, a la vez, un profundo respeto por su rigor intelectual. En la U. Católica tiene sus primeros contactos con los jóvenes católicos que se vinculan a la “promoción” de sectores populares generada por el gobierno de la DC.

Al promediar la década del 60 Ambrosio cursa un doctorado en sociología con el profesor Alain Touraine en París, se especializa en gestión cooperativa y agropecuaria. En París es durante un tiempo pareja de Marta Harnecker, quien lo acerca a Althusser y el marxismo clásico. Luego conoce a una estudiante argentina que más tarde será su compañera, Michéle Uthard, con quien tiene dos hijos..

En 1966 Ambrosio retorna a Chile para trabajar en el INDAP y es elegido presidente de la Juventud Demócrata Cristiana. En un proceso de acelerada radicalización política y en alianza con los llamados "rebeldes" del PDC (R. A. Gumucio, A. Jerez, J. Chonchol) termina rompiendo con la DC a comienzos de 1969 para fundar el Mapu.

Hacia fines de los sesenta, Ambrosio se destaca y gana notoriedad pública como líder de la franja cristiana revolucionaria surgida en el país en esos años. Fundado el Mapu, objeta la línea de paciente construcción de un nuevo frente que sería la UP, proclama la necesidad de un "frente revolucionario" y se "retira" a Concepción, en cuya universidad había ganado un concurso de profesor de sociología. Desde allí formula lo que se conoce como "Las 40 objeciones a la UP", una crítica a lo que entiende por el estilo burocrático y desligado de la movilización social con que ésta se constituía. Más tarde, a fines de 1970, autocrítica mediante, pasará a encabezar el Mapu.

Rodrigo Ambrosio, dice Jaime Gazmuri, es un líder indiscutible, que da explicaciones, que funda, que crea un movimiento nuevo. Su liderazgo es exigente, riguroso, con el carisma de quién es austero y hace las cosas preocupado del más mínimo detalle. "*Una de las personalidades políticas más completas que conocí*", dice de él Rafael A. Gumucio. Su "*principal fundador y constructor*", le llama el Mapu. El cálculo y la inteligencia lógica de exposición de un ingeniero, solía decir Ambrosio, es ideal para proyectar y hacer política. Este énfasis en la construcción racional de la política puede proporcionar una clave para interpretar su legado. En efecto, Ambrosio unificaba y equilibraba estrategia de poder con sensibilidad por el sufrimiento ajeno. Lo que explica el respeto y cariño que, según quienes le conocieron, provocaba en la gente de pueblo. Herencia que, dirán los críticos de "la generación Mapu" un cuarto de siglo después, no siempre fue seguida cabalmente por quienes fueron sus seguidores.

Murió a los 31 años en un accidente de carretera, el 19 de mayo de 1972. Cuentan que esa mañana la Brigada Ramona Parra salió a escribir en los muros de la capital: "*compañero Rodrigo el pueblo nunca te olvidará*".

Al cumplirse el primer año de gobierno, la izquierda mantiene viva la polémica sobre los ritmos de avance del programa. Mientras la mayoría de la UP valora la obra realizada hasta entonces y está por "*defender lo que se ha conquistado*", hay voces minoritarias, como la de Clotario Blest, para las cuales el balance es insatisfactorio:

"Ha faltado fervor y mística. Las revoluciones no se hacen "en frío", se hacen "al rojo vivo"; si ello no ocurre, volveremos a fracasar y ya quizás por cuántos años más".

En el mes de noviembre Fidel Castro visita Chile y lo recorre de norte a sur durante cuatro semanas. Su presencia suscita fuertes resquemores en la oposición. La atmósfera social y política se ha tensionado y Allende, en el acto de despedida a Fidel en el Estadio Nacional, anuncia ya con apasionamiento que no retrocederá en el cumplimiento de la tarea que le ha encomendado el pueblo:

"Se los digo con calma, con absoluta tranquilidad, yo no tengo pasta de apóstol, ni pasta de Mesías. No tengo condiciones de mártir. Soy un luchador social que cumple una tarea, la tarea que el pueblo me ha dado. Pero que entiendan aquellos que quieren retrotraer la historia y desconocer la voluntad mayoritaria de Chile. No daré un paso atrás. Que lo sepan: dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera".

La visita de Castro coincide con otro visitante ilustre, Francois Mitterrand, una década después presidente de Francia. El corresponsal de "Le Monde" relata que la presencia de Mitterrand ha sido opacada por la de Fidel, "*cuyo prestigio suscita entre los chilenos un entusiasmo casi tropical*", aunque, dice, a Mitterrand un periódico de Santiago lo presenta como un "*Allende francés*". El último día de la visita de Fidel, recuerda Mónica González, las mujeres de derecha inauguran una práctica que hará historia, el "cacerolazo":

"El 1ro. De diciembre de 1971, a la misma hora que Fidel Castro ofrecía su última recepción en la embajada de Cuba en Santiago, en el centro de la capital se llevó a cabo la primera "Marcha de las Cacerolas". Miles de mujeres de oposición, escoltadas por contingentes de choque de derecha, marcharon por la principal avenida de la capital haciendo sonar cacerolas como símbolo del descontento. La multitudinaria manifestación culminó en una gran batalla callejera con grupos de choque de los partidos de izquierda. Santiago se sumergió en un clima de confrontación"

Noviembre ha sido un mes difícil por los fuertes enfrentamientos en la Universidad de Chile entre estudiantes y profesores de izquierda y el rector, estudiantes y académicos de oposición.

A ello se agrega esta demostración de mujeres de derecha, que termina con 97 personas lesionadas por grupos violentos de izquierda, según afirman los organizadores. El 2 de diciembre el gobierno decreta el “estado de emergencia”. El 3 el PDC acuerda acusar constitucionalmente al Ministro del Interior José Tohá y formaliza su anuncio el 24 de ese mes. Se responsabiliza a Tohá de omitir el cumplimiento de las leyes y de no garantizar la seguridad ciudadana. Aparte del asesinato de Pérez Zujovic y de los hechos mencionados, se agregan acciones en Cautín, Valdivia y Osorno, realizadas por grupos de izquierda, en especial destacamentos del MIR y las brigadas de pintura mural “Ramona Parra” y “Elmo Catalán”. El presidente de la DC, el senador Renán Fuentealba, señala que esta es una advertencia y que su partido está disponible para colaborar en la construcción de una sociedad socialista, al estilo chileno, con democracia y pluralismo político, pero que se opondría a un intento de convertir a Chile en una sociedad al estilo de Cuba.

Por su parte, el MIR efectivamente ha ido construyendo su inserción en el movimiento de masas. A fines de noviembre sindicalistas miristas, trotskistas, de tendencia anarquista e independientes constituyen el Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR), presidido por Clotario Blest.

Bajo el lema “Los trabajadores construyen el Chile nuevo”, en diciembre de 1971 la CUT celebra su VI Congreso, con la mayor asistencia de delegados que registra su historia: 2.250. En un clima de confrontación política aguda, el debate es conducido por los sindicalistas de la UP al análisis de la nueva situación que enfrentan los sindicatos y a la determinación del aporte positivo que pueden hacer al “*proceso revolucionario*”. El informe o “*memoria*” presentado por Luis Figueroa pone el acento en la naturaleza inédita de los nuevos desafíos orgánicos y políticos del movimiento sindical y se interroga sobre la fuerza de cambio de que dispone la clase obrera:

“el potencial del movimiento sindical –las fuerzas y las debilidades de nuestra clase- expresado a través de las actuales estructuras [...] si bien es cierto que dichas estructuras han jugado un destacado rol en el cambio político social, la nueva etapa de agudización de la lucha de clases –al plantearse cada vez más la resistencia activa de las viejas fuerzas de la oligarquía- obliga a la clase obrera junto a los trabajadores y las fuerzas revolucionarias a elaborar una táctica flexible de acumulación de fuerzas, a elaborar métodos orgánicos y formas de lucha capaces de enfrentar con éxito la nueva situación, y consolidar el curso del proceso de cambio hacia el socialismo”

La “tendencia socialista” propone a los comunistas, recuerda Hernán Del Canto, la conformación de una lista única, pero la idea es rechazada porque puede atentar contra la participación de la DC en la central. El evento aprueba la moción, también socialista, de que la elección de los dirigentes se realice posteriormente mediante el sufragio universal de los trabajadores en todo el país. El testimonio de Del Canto enfatiza el espíritu “no sectario” de los socialistas:

“El Congreso aprobó por unanimidad la proposición del grupo sindical socialista en el sentido de que las elecciones de la máxima dirección de la CUT, de sus Consejos Provinciales y Comunales, se realizara a través de la consulta directa a los trabajadores, mediante votación libre y personal, en lugar del sistema de elección indirecta practicado hasta entonces, lo que significó un importante paso democratizador [...] La tendencia socialista propuso a los comunistas la conformación de una lista común, sobre la base de realizar un recuento objetivo de la fuerza sindical de cada corriente, que determinaría quién encabezaría la lista. La iniciativa no fue aceptada, con el argumento de que una alianza de las dos principales corrientes de la CUT podía provocar la no participación de la DC en la elección. Recordamos este hecho pues se ha dicho erróneamente en más de una oportunidad que fue la intransigencia del PS lo que impidió unir la fuerza de ambas corrientes en dicha elección”

La “memoria” presentada al congreso de la CUT celebra el progreso de la APS. Destaca por ejemplo que Nibsa, recibida con una “*pérdida de mensual de 300.000 escudos*”, en agosto de 1971 “*ha obtenido una utilidad de 400.000*”. Valora luego los logros en materia de participación en las empresas de esa área, tema que estará en el centro de las discusiones al interior de la UP y entre ésta y la DC:

“Se ha organizado la participación en numerosas industrias donde están funcionando en forma permanente los consejos de administración, comités coordinadores y comités de producción. Tenemos que señalar aquí como ejemplos a las industrias Yarur, Sumar, Hirmas, Caupolicán Chiguayante Renca, Textil Progreso, Bellavista Tomé, Fabrilana, Rayón Said de Quillota y Maipú, Cemento Melón, Polpaico. En el carbón se ha elaborado el reglamento interior y se ha elegido el consejo de administración, pero es necesario apuntalar la formación y el trabajo del Comité de Producción [...] En el cobre están listos los reglamentos internos. En El Teniente hay más de sesenta comités de producción formados y de ellos han surgido buenas iniciativas” .

Al comenzar el año la UP pierde dos elecciones complementarias en provincias, ante candidatos apoyados por toda la oposición: un DC en Rancagua y un derechista en Linares. Parecen haberse diluido los “*frágiles laureles de Abril*”, como los denomina, en referencia al triunfo de la UP en las municipales, el corresponsal francés Pierre Kalfon. Hace explícita además una crítica al desaprovechamiento de la fuerza ganada en las municipales, que pudo haber permitido llamar a un plebiscito para cambiar instituciones básicas de acuerdo al programa de gobierno:

“Pasar del 36% de los votos en las presidenciales de septiembre de 1970 al 50% en las municipales de abril de 1971 creó en el Gobierno la esperanza de que el equilibrio de fuerzas estaba a punto de invertirse. Pero todo quedó en agua de borrajas. Si, aprovechando el impulso de la victoria de abril, la UP hubiese querido “pisar el acelerador” e intensificar radicalmente el ritmo de las transformaciones sociales y económicas, tal vez habría podido ganar un referéndum que permitiese cambiar el marco legal tan asfixiante” .

Poco después, en una reunión que se extiende una semana, en la localidad de El Arrayán, la UP formula una autocrítica pública y se plantea objetivos relativamente moderados como programa para el tiempo siguiente: la preservación de los niveles de redistribución de ingresos ya alcanzados, amenazada por la creciente inflación, y el desarrollo de la participación popular. En lo político la reunión de El Arrayán toma distancia explícita del MIR.

Pero en medio de la amplia y diversificada lucha ideológica que atraviesa a la sociedad en ese momento, la autocrítica de los dirigentes puede ser muy distinta de la que se escucha en la base social. El gobierno y la UP cuentan con una enorme movilización militante y con la acción de la administración estatal. Cuenta, además, con los diarios que lo apoyan (Clarín, Puro Chile, El Siglo, Última Hora), con revistas sostenidas en el esfuerzo editorial de Quimantú, y con una TV de creciente impacto en la sociedad. Analizando este aspecto particular de la comunicación, Michelle Mattelart reproduce la siguiente crítica de un poblador de La Victoria, cuya idea es que el discurso de los medios (y de los políticos) populares no toma en cuenta la visión que las bases tienen del proceso:

“Por el momento la televisión toma demasiado en cuenta los acontecimientos que protagonizan los políticos en las altas esferas. Yo creo que, al revés, si éste es un gobierno popular habría que mostrar también las pequeñas cosas, las de la vida diaria en dónde también hay construcción; además las distintas ramas de la producción, cómo se trabaja ahora y cómo se trabajaba antes, la vida en las poblaciones”

El PC es el más decidido en identificar el “sectarismo extremista” del MIR, acompañado de violencia rural y urbana, como la causa principal de la pérdida de influencia de la izquierda en la clase media. El MIR, por su parte, con eco en las bases socialistas, acusa a los comunistas y a quienes comparten sus posiciones de debilitar la movilización revolucionaria de las masas y, en marzo, plantea sacar la lucha de la institucionalidad, disolver el Congreso, intensificar las “tomas” e iniciar la constitución del “poder popular”. Constituye así un perfil decididamente diferente del de la UP, no obstante lo cual su línea seguirá ejerciendo influencia en el PS, el Mapu y la IC. Para Alain Touraine, atento observador y analista del período, el MIR no percibe que las masas quieren “defender lo conquistado” antes que tomar la ofensiva:

“El drama político del MIR es que apela constantemente a las masas y no controla lo esencial de su movilización política. [...] Comprometido en la violencia, se aleja de una acción de masas que responde cada vez más a una voluntad de defensa más que de ataque por parte de los trabajadores. Se aísla, pues, políticamente”.

La derecha, el PN y la Democracia Radical, sus dos partidos con representación parlamentaria, como el Movimiento Nacionalista Patria y Libertad, grupo militarizado de ideología nacionalista y autoritaria similar a los nazis de la Alemania de preguerra, radicalizan sus posiciones. La influencia de la derecha sobre la DC será también creciente, más allá de las oscilaciones que obedecen a diferencias internas de ésta. Se va configurando, en definitiva, una oposición hegemónica por las posturas más reaccionarias. A fines de enero, al aprobarse la acusación constitucional contra el Ministro Tohá, Allende designa un nuevo gabinete, encabezado en el Ministerio del Interior por el socialista Hernán Del Canto. Tohá es nominado Ministro de Defensa. El período que se está así iniciando es extremadamente duro tanto en la política como en las instituciones. Luis Maira, de reconocido prestigio intelectual en la materia, dirá que a propósito de la discusión de dos reformas constitucionales en el Congreso, destinadas a establecer restricciones en la conformación del APS y en la aplicación de la reforma agraria, “*se originó el más agudo de los conflictos institucionales registrado en toda la vigencia de la Constitución de 1925*”. La oposición liderada ya abiertamente por el PN, dice Maira, trata de limitar la intervención del Presidente de la República en la elaboración de esas reformas y, a partir de allí, el conflicto se endurecerá hasta el final:

“En esta pugna acerca de la correcta forma de resolver las observaciones presidenciales se vieron involucrados todos los órganos de poder político existentes en Chile: el Presidente de la República, las dos ramas del Congreso Nacional, la Corte Suprema de Justicia, el Tribunal Constitucional y la Contraloría General de la República. Desde el punto de vista del alineamiento de las fuerzas, la totalidad de ellos, con la sola excepción del Tribunal Constitucional que se mantuvo neutral, asumieron desde los orígenes del conflicto una posición política definida y concertada, adversa al gobierno de la Unidad Popular.”

La “batalla del cobre” se intensifica con acciones cada vez más decididas por parte de las transnacionales estadounidenses, en especial Kennecot Corporation, y del gobierno norteamericano. Eduardo Novoa, jurista asesor del presidente, escribe en el momento de los acontecimientos que “*todo indica que las piezas de este gran juego se mueven por la mano invisible del Departamento de Estado*” con el fin de hacer retroceder al país en su decisión de nacionalizar la gran minería:

“Las compañías norteamericanas del cobre, las firmas financieras que tienen créditos pendientes con Chile, los bancos, los organismos multinacionales en cuanto logran ser utilizados, todos obran a la par, sincronizados por instrucciones superiores [...] Los designios de esta política no son difíciles de descubrir. Debe persistirse inflexiblemente en la adopción de medidas que fuercen a Chile a desistir de

su nacionalización y de su reforma constitucional unánime, pero debe mantenerse el sigilo para que esa presión no aparezca ni sea develada internacionalmente.”

En las minas, el gobierno intenta una administración eficiente a cargo, básicamente, de cuadros técnicos chilenos que reemplazan a los extranjeros emigrados junto a sus compañías, y apunta a movilizar los trabajadores para aumentar la producción. Pero una fuerte indisciplina laboral, especialmente en Chuquicamata, será un freno permanente a los objetivos gubernamentales.

En marzo estalla en Washington el escándalo por la intervención en política chilena de la poderosa empresa ITT. El acontecimiento tiene lugar luego de la publicación, por un connotado periodista, de documentos que prueban la acción de esa empresa y del gobierno de los EEUU en contra de la candidatura de Allende. La UP toma la ofensiva y denuncia el carácter antipatriótico de quienes se beneficiaron de esa intervención.

En ese mismo mes la DC celebra un Consejo Nacional en Cartagena, donde R. Tomic formula un análisis crítico del gobierno de la UP, rechaza las coincidencias con la derecha y examina lo que considera las debilidades y desviaciones del proceso que conduce Allende. Su intervención culmina con propuestas de acción que perfilan un rol progresista para la DC y le proponen retomar la línea de “*unidad del pueblo*”:

“la necesidad de preparar el porvenir abriendo desde ahora mismo una conciencia clara en el pueblo y en sus grupos políticos, de que sin Unidad del Pueblo no podrá hacerse en Chile la única revolución capaz de sacar al país de la frustración colectiva, de los antagonismos que desgarran la solidaridad nacional, de la pobreza interna y de la dependencia exterior: la revolución socialista, democrática y popular, cuya expresión más dinámica sería en Chile el socialismo comunitario”.

En abril de 1972 Chile es sede de la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD) que convoca a miles de delegados de todo el mundo. Al inaugurarla, Allende condena la brecha de desarrollo existente entre países ricos y pobres:

“Más de la mitad de la humanidad vive en condiciones infrahumanas... Nosotros, pueblos pobres, financiamos con nuestros recursos y con nuestro trabajo la prosperidad de los pueblos ricos... Este orden económico, financiero y comercial, tan perjudicial para el Tercer Mundo, es defendido con una tenacidad infatigable por la mayor parte de los países ricos, precisamente porque les resulta enormemente ventajoso”.

En paralelo a la UNCTAD se reúnen 400 sacerdotes y laicos para el Primer Encuentro Latinoamericano de Cristianos por el Socialismo. Su objeto, declaran, es construir una alianza estratégica entre cristianos y marxistas para la liberación de América Latina. Se abrirá así una larga polémica y conflicto al interior de la Iglesia chilena y continental. Meses después, un grupo de sacerdotes y aspirantes al sacerdocio, chilenos, declaran en La Habana que “*si la violencia reaccionaria nos impide construir una sociedad justa e igualitaria, debemos responder con la violencia revolucionaria*”. Y en octubre de 1973, ante “*la ambigüedad y error doctrinal*” que, a su juicio, caracterizan al movimiento, la Conferencia Episcopal lo condenará y prohibirá a sacerdotes y religiosos/as participar en él. Por su parte, uno de los principales dirigentes de ese movimiento, Gonzalo Arroyo, en la alocución inaugural del evento fundacional de abril de 1972 vincula el objetivo revolucionario que asume con las orientaciones renovadas de la Iglesia surgidas de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano realizada en Medellín:

“Los cristianos revolucionarios tienen algunos puntos claros. Su primera tarea, si quieren ser consecuentes con el Evangelio, es luchar para la liberación del oprimido; es decir, concretamente, la liberación, que surge de estas tierras en plena ebullición social y que ha sido refrendada en Medellín por los obispos latinoamericanos. Esta es a la vez reflejo y germen de una profunda transformación de sectores significativos del clero y de laicos de la Iglesia latinoamericana”.

A esas alturas la posibilidad de diálogo entre la UP y la DC aún se mantiene latente. Será sostenida por Allende y el PC de manera sistemática y también por personeros influyentes de la DC. Uno de los principales, el ex Vicepresidente de la República Bernardo Leighton, en una entrevista realizada en mayo de 1972 se manifiesta partidario de un acuerdo *“por los cambios”* con el gobierno:

“El actual régimen constituye, a mi juicio, una tentativa bastante decidida de profundizar dentro del sistema democrático el proceso de cambios de estructuras que nosotros iniciamos. Estimo que Allende encuentra fuertes obstáculos para realizar su propósito. Las dificultades se originan tanto dentro de la propia coalición gobiernista, donde hay elementos que parecen no entender la intención de Allende, como en la oposición. Allí hay quienes se oponen a los cambios, como es el Partido Nacional, y quienes estamos a favor de los cambios, pero en contra de las desviaciones”.

El cuadro económico, decisivo para la alineación de fuerzas sociales, es evaluado por el general Prats como de curso difícil en el período que viene, básicamente por la nula inversión que el sector privado está realizando. El pensamiento de Prats expresa la disposición de sectores del mando del ejército a contribuir en la perspectiva de un acuerdo político amplio (con la DC) que asegure el orden constitucional:

“El crecimiento económico del país ha tenido un ritmo que duplica el de los sexenios anteriores, pero el déficit de la balanza comercial alcanza ya a 123 millones de dólares. Se ha completado la nacionalización del cobre, del salitre, del hierro, del carbón y del sistema financiero. 19 de 26 bancos privados están bajo control estatal, lo que permite dirigir el 90% del crédito interno. Al área social de la economía se han incorporado cerca de 140 empresas, pero la inversión pública comienza a esterilizar sus frutos por los efectos inflacionarios y la falta de materiales o insumos. El 60% de la tierra irrigada pertenece al sector reformado, mediante la expropiación de 8,5 millones de hectáreas... Aproximadamente unas mil tomas de predios se han producido en el transcurso de un año. Las exportaciones agropecuarias han disminuido en más de un 45% y las importaciones de alimentos --- que ascendieron a 263 millones en 1971--- se proyectan a cerca de 400 millones para 1972. La política desarrollada por el Ministro Vuskovic que permitió, en 1971, aprovechar al máximo la capacidad instalada de la industria, se ve entrabada por la casi nula inversión del sector privado”.

En esos días se declara un paro general en el mineral de cobre de Chuquicamata y, luego, se produce la renuncia de decenas de técnicos que forman parte de los equipos dirigentes de la mina. El paro dura 48 horas y su fundamento son las supuestas carencias en el esquema de participación de los trabajadores. Días más tarde, 3.000 trabajadores del mineral de cobre El Teniente paralizan por demandas relativas al transporte hacia la mina. En el tiempo siguiente los paros parciales o totales en el cobre se harán usuales y tendrán impacto político. También al promediar 1972 otras empresas enfrentan huelgas: Lota y Coronel, en la zona del carbón, demandan un 120% de aumento salarial, por otros motivos declaran huelgas trabajadores de Embotelladora Andina y de Mademsa y, por dos días, los choferes del transporte público.

Cinco años después Gladys Marín, a este propósito, formula un juicio retrospectivo que condena el error de impulsar las reivindicaciones económicas de los trabajadores más allá del marco de gobierno. Juicio que seguramente comparten los dirigentes políticos del gobierno de Allende :

“Ganar a la gran mayoría de los trabajadores para el proceso de transformaciones que tenía lugar no era tarea fácil. En su interior se dieron no pocas posiciones erróneas. En el plano económico, por ejemplo, las debilidades de la política de la Unidad Popular permitieron que tomaran auge, entre otras, tendencias al aumento de los gastos improductivos desligados de las posibilidades reales del país. La conformación de una política de precios estática chocó con el reivindicacionismo, el cual, en no pocas oportunidades quebró los niveles de mejoramiento salarial programados por el Gobierno Popular y la organización sindical.”

La madrugada del 19 de mayo de 1972, la UP sufre un duro golpe tras la muerte en un accidente automovilístico del secretario general del Mapu Rodrigo Ambrosio. El accidente ocurre cuando regresa a Santiago en compañía del candidato del Mapu a la presidencia de la CUT, Eduardo Rojas, al que viene de proclamar en Valparaíso y La Calera. Clodomiro Almeyda rinde homenaje al espíritu unitario de Ambrosio en el vespertino “Última Hora”:

“Quizá en su mente audaz, que no conocía del sectarismo ni de la pequeñez, que era generosa y penetrante, estuvo la imagen del Partido Unico de la Revolución Chilena. Su acción empujaba hacia esa meta. Su lucidez comprendía que sin una fuerza dirigente, orgánica y pertrechada teóricamente y profundamente enraizada en las masas, es imposible hacer la Revolución”.

Con sorpresa para los observadores de la política chilena, dirá *El Siglo* al otro día del accidente, “el Mapu, bajo la dirección de Rodrigo Ambrosio, congregó masas, llenó grandes teatros, se multiplicó”. Y uno de esos observadores, Alain Touraine, al emitir un primer balance de la experiencia de la UP un año y medio más tarde, recordará en la figura de Ambrosio (junto a la de L. Figueroa) la de dirigentes “capaces de acción política”, es decir, de combinar movimiento social revolucionario y gestión política desde el poder:

“La desaparición de Rodrigo Ambrosio privó a la UP de uno los raros hombres –con L. Figueroa- que tuviera el sentido de la acción política y de sus exigencias”

A fines de mes la UP es derrotada nuevamente en la Universidad de Chile. En las elecciones internas a rector Edgardo Boenninger vence al destacado economista y reconocida figura internacional, que fuera militante del PS, Felipe Herrera Lane.

En junio avanzan nuevas conversaciones entre la DC y el gobierno, representado por el ministro Manuel Sanhueza, militante del PIR, sector escindido del radicalismo. Una vez más, la tentativa fracasará por las discrepancias en torno al APS. La DC desea establecer límites y regular procedimientos, mientras la UP se niega a aceptar la merma de facultades gubernamentales que tal propuesta supone. La presión de los trabajadores de las empresas industriales en pos de la incorporación al APS adquirirá creciente empuje, según relata G. Salazar:

“El 30 de junio de 1972, alrededor de cuatrocientos obreros de las industrias Fantuzzi, Mapesa y Perlak pararon sus labores y salieron a la calle, portando troncos, tablones, tambores y otros voluminosos objetos, con los cuales bloquearon los accesos a su sector industrial. Con ello no sólo aislaron su comuna, sino que también bloquearon la carretera a la costa y la locomoción colectiva comunal e intercomunal. El gobierno ordenó a la policía no intervenir. A mediodía, un sector de los obreros se retiró a sus fábricas. A las 18:00 horas se retiró el resto [Pocos días más tarde] más de quinientos cincuenta trabajadores de cuatro industrias conserveras de la comuna de Renca paralizaron también sus labores. Acto seguido se tomaron la cuatro industrias, barricando la entrada a las mismas... La toma se prolongó por más de dos semanas. El 28 de julio los Carabineros procedió a desalojar la industria Deyco. Los obreros pusieron resistencia. Hubo heridos y detenidos”

Como consecuencia del fracaso de las conversaciones con la DC, aumentan las discrepancias del PIR, encabezado por el senador Luis Bossay, con el resto de la UP. El conflicto culmina con el retiro de ese partido del gobierno y de la alianza de izquierda, de modo que ésta queda reducida a un tercio del Senado. Allende nombra un nuevo gabinete al que incorpora, por primera vez, a un miembro de las FFAA en el Ministerio de Minería.

La nueva ruptura entre el gobierno y la DC lleva al PS a proponer a la oposición un plebiscito sobre un conjunto de puntos altamente polémicos: nacionalización de las empresas mayores de una cierta magnitud, expropiación de los predios mayores de 40 hectáreas de riego básico, participación de los trabajadores a todo nivel. La IC apoya la iniciativa pero el resto de los partidos de la UP la reciben con reservas. En particular, el PC considera que la propuesta socialista sobrepasa el Programa de la UP. En torno a esta cuestión se configura dentro de la alianza de gobierno un segmento que propone la estrategia de “avanzar” y otro, más próximo al presidente Allende, para el cual es preciso “consolidar” lo avanzado. Paralelamente, en Concepción se produce un conflictivo debate entre la DC y la UP y luego dentro de ésta a propósito de temas de orden público. En los incidentes que suscita el debate muere un joven militante del MIR, y el PS, el Mapu y la IC de la región adhieren a la postura del MIR constituyendo lo que pasará a ser reconocido como “polo revolucionario”. La dirección central del PS desautoriza a su comité regional, pero queda en evidencia que las posiciones miristas tienen eco significativo en la UP. No obstante esa posición de la conducción socialista, en mayo el PC entrega un duro diagnóstico: la UP está en crisis y carece de la orientación clara que requieren las circunstancias. Para el MIR, por su parte, el dilema no tiene términos medios: “*reforma o revolución*”.

Cinco meses después de la reunión de El Arrayán la UP vuelve a reunirse en un cónclave, esta vez en Lo Curro. Como en enero, el PS reitera que la única forma de conservar el apoyo popular es avanzar, los problemas económicos sólo se resuelven con más intervención del Estado, el APS debe extenderse rápidamente. El PC reafirma el Programa de la UP como base de la acción del gobierno e insiste en el diálogo con la DC. El presidente zanja las diferencias lanzando un nuevo intento de acuerdo con ésta respecto del APS y realiza un importante cambio de ministros: Pedro Vuskovic es desplazado a la CORFO y el principal expositor de la tesis de consolidar, el dirigente comunista Orlando Millas, asume el Ministerio de Hacienda.

El reestablecimiento de la negociación gobierno-DC provoca tensiones en la oposición. El PN critica a la DC y presiona para evitar un acuerdo que trice la unidad de la oposición. Los sectores de la UP que habían sostenido una postura distinta en Lo Curro, el PS el principal, observan con escepticismo las nuevas conversaciones aunque sin entorpecerlas. La negociación avanza en puntos significativos pero no logra, dentro del plazo de quince días fijado por la DC, zanjar otras cuestiones. La UP plantea ampliar el plazo, pero la directiva DC, presionada por la derecha y sometida al escrutinio interno de sus sectores conservadores, declara cerradas las conversaciones. Rafael Agustín Gumucio dirá en sus memorias, sobre este y otros intentos de diálogo, que se frustraron por la ausencia de una voluntad política real en ese sentido, tanto en la DC como en la UP:

“Las condiciones limitantes, pues, en que se desarrollaban los diálogos los hacían muy difíciles. Por parte de la directiva demócrata cristiana sucedía un fenómeno muy claro: conversaba, llegaba casi a entendimientos con el Gobierno, pero, a la larga, la minoría del Partido que no aceptaba ningún entendimiento, se las arreglaba para boicotear esas posibilidades, y entonces la directiva, para salir airosa, buscaba un pretexto para desahuciar las conversaciones. Por parte de la UP existían mejores condiciones para dialogar, porque Allende se había impuesto a una minoría dentro de la UP que también tenía reservas sobre la conveniencia de entenderse con la DC. Pero la misma voluntad de

Allende para imponerse dentro de la UP lo limitaba en la posibilidad de llegar a arreglos que sabía podrían ser resistidos en su mismo partido”.

El presidente Allende denuncia entonces una tendencia en la oposición a cuestionar el régimen institucional. La actitud de la derecha, cerrada a todo diálogo y el abuso de las acusaciones constitucionales contra los ministros, que según Allende desconocen la naturaleza presidencial del sistema político, lo impulsan a plantear explícitamente la defensa del régimen institucional y su estabilidad. La UP, por su parte, fustiga a la DC, si bien el PC reitera la validez de la política de diálogo. Luis Corvalán señalará en una entrevista a fines de 1972:

“Las conversaciones o las tentativas de lograr un acuerdo con la DC no fallaron por culpa del Gobierno ni de la UP. Esto es muy importante, porque sobre el Gobierno y sobre la UP se habría lanzado el sambenito de la intransigencia, de la prepotencia, del sectarismo, de ser reacios, renuentes al diálogo, al entendimiento, etcétera, etcétera. Se demostró que tales cargos son y eran absolutamente infundados. Y la responsabilidad, entonces, en esta materia, pasó al otro lado. La imagen del gobierno salió mejorada en este entrevero”.

**LUIS CORVALAN LÉPEZ:
dirigente comunista emblemático.**

Luis Corvalán Lépez nace en Pelluco, Puerto Montt, el 14 de septiembre de 1916, hijo de Moisés Corvalán Urzúa, preceptor de liceo y administrador de fundo, y de Adelaida Lépez Roa, costurera a domicilio en Tomé. Allí vive Corvalán, con sus varios hermanos, una vida de pobreza que narra en sus memorias. El padre se separa de la madre cuando Luis cumple cinco años.

Cursa estudios primarios en la escuela de Tomé, posteriormente ingresa a la Escuela Normal de Chillán donde se titula de profesor primario. Ejerce su profesión por un tiempo breve en Iquique y más tarde en Valdivia. En 1946 contrae matrimonio con Lily Castillo, militante comunista y su secretaria en el diario El Siglo. Tienen tres hijos.

Tempranamente Corvalán se siente atraído por el oficio de periodista. Se inicia en el diario Frente Popular, a fines de la década de los treinta, y más tarde es miembro del cuerpo de fundadores del diario *El Siglo*. Trabaja como reportero sindical y político y llega a ejercer la dirección del diario.

En 1932 Corvalán ingresa al PC. Cumple diversas tareas hasta su nominación como secretario general, cargo que ejerce entre 1958 y 1989. Es senador durante dos períodos, hasta el golpe militar de septiembre de 1973.

En su vida política Corvalán es perseguido y relegado por los gobiernos de González Videla y Carlos Ibáñez. Detenido y torturado en 1973, la dictadura lo envía, junto a otros dirigentes de la UP, al campo de concentración de isla Dawson, en el extremo sur, y luego a los de Ritoque y Tres Alamos. Una intensa campaña internacional en la que participan corrientes políticas democráticas de todo el mundo convierten la libertad de Corvalán en objetivo de la solidaridad internacional con Chile. En 1977 el gobierno de la URSS canjea a Corvalán por un intelectual soviético disidente. Se establece con su familia en Moscú, desde donde continúa dirigiendo al PC y participando de las tareas de la solidaridad. Ingresa clandestinamente a Chile en varias oportunidades durante los años 80.

Corvalán es autor de varios libros políticos e históricos, entre otros Ricardo Fonseca, “Combatiente ejemplar”, una biografía del ex secretario general del PC. Publica también “Nuestra vía revolucionaria”, un aporte al debate sobre la vía chilena al socialismo, “Nuestro proyecto democrático” y “Algo de mi vida”. Reestablecida la democracia en Chile publica “El derrumbe del poder soviético”, un análisis de la caída de los regímenes comunistas de Europa del Este. Su última obra es una memoria titulada “De lo vivido y lo peleado”.

Luis Corvalán fue un impulsor de la vía pacífica al socialismo y un propulsor de la acción democrática de masas como la forma de lucha que conduciría al avance de la izquierda. Participó activamente en las cuatro campañas presidenciales de Salvador Allende, con quien construyó fuertes lazos de confianza y recíproca lealtad. Fue una de las figuras más prominentes del gobierno de la UP. Luego de lo que llama la “crisis del partido” a fines de siglo, continúa bregando y participa en los debates internos. Fiel a su pensamiento, en 1997, cuando evalúa los gobiernos de la Concertación y condena la persistencia de la pobreza en Chile, su mensaje sigue siendo militante:

“La conciencia ciudadana está siendo fuertemente sacudida por estas situaciones reales. Las aguas revueltas tienden a decantarse y el pueblo a ser de nuevo el gran protagonista en nuestra historia. Es cuestión de tiempo que vuelvan a pasar a manos suyas sus propios destinos. Es cuestión de tiempo y de lucha.”

El PS y en particular su secretario general Carlos Altamirano ven en los hechos el cumplimiento de su pronóstico negativo respecto al acuerdo con la DC. Reafirman que el diálogo seguirá siendo infructuoso porque ésta no tiene voluntad real de alcanzar ni siquiera acuerdos parciales que permitían el avance y legitimación de las medidas transformadoras impulsadas por el gobierno.

1972: LA INSURRECCIÓN DE LA BURGUESÍA DISPUTA LA CALLE A LA IZQUIERDA.

Durante el primer semestre de 1972 madura la voluntad de la derecha de derrocar el gobierno. Las acciones desestabilizadoras son múltiples: la profundización de los problemas económicos mediante el sabotaje y el acaparamiento, que generan un “mercado negro” en expansión; el asedio político desde el Congreso y, a nivel internacional, desde el aparato intervencionista de los Estados Unidos que promueve operaciones y proporciona recursos a los opositores; los numerosos y continuos actos terroristas de grupos armados de derecha. La acción desestabilizadora logra progresivamente comprometer en su dinámica a importantes sectores sociales de la clase media. Ernesto Ottone, en aquel entonces dirigente juvenil comunista, sintetizará años más tarde su visión de cómo en esos días se configuró una oposición unificada:

“Los meses finales de 1971 y los primeros meses del 72 nos entregan ya los rasgos esenciales del cuadro que se reproducirá de manera agigantada en los años siguientes: inicio de las manifestaciones masivas hegemónicas en el terreno por la derecha (“manifestación de las cacerolas vacías”), inicio de la actuación del Poder Judicial y la Contraloría General contra el ejecutivo, conformación del Frente gremial, reuniendo un amplio frente desde la gran burguesía a los sectores medios, intensificación y coordinación de la campaña ideológica centrada en el anticomunismo y la inseguridad, obstruccionismo total del Congreso, acusaciones ministeriales y concertación electoral PN-DC”.

El segundo semestre de 1972 ve emerger simultáneamente las diversas estrategias, tanto de la UP como de la oposición. La derecha, representada por el PN, la DR y Patria y Libertad, construye las plataformas para terminar prontamente con el gobierno avasallando los canales institucionales. Su gran logro será el llamado “paro de Octubre”. La DC, por su parte, define las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 como el momento decisivo para vencer al gobierno y promover, dentro del nuevo Congreso, su término anticipado o la rendición de su programa. Kalfon registra así aquel momento:

“El 6 de julio, en el momento en que caían sobre Santiago las primeras nieves del invierno austral, la izquierda decidía, por fin, la estructura que le faltaba para las elecciones legislativas de 1973: se constituía en una federación de partidos. Por su parte, superando sus últimos conflictos de superficie, la derecha creaba una confederación. A partir de ese momento, en Chile todo se decidirá entre dos polos: izquierda contra derecha. El centro debe desaparecer y, con él, los moderados de cada bando”.

En aquellos días la UP obtiene significativos triunfos electorales en organizaciones sociales y académicas. La más importante es la elección de los dirigentes de la CUT que, por primera y única vez en la historia, se realiza por voto universal de los trabajadores en sus lugares de trabajo. La campaña electoral es intensa y provoca una amplia movilización sindical y política en todo el país. El PC centra su mensaje en la unidad de la clase obrera y el rol de ésta en la “batalla de la producción”, los socialistas se ofrecen como alternativa “revolucionaria” de apoyo a Allende simbolizada en la imagen de Rolando Calderón, años antes combatiente campesino en la toma del fundo San Esteban. Los mapucistas llaman a movilizarse y a votar por cualquiera de los candidatos de los partidos de la UP y los demócrata cristianos ofrecen una plataforma de oposición al “sectarismo” y de participación de los trabajadores en las empresas. Los resultados son objeto de arduas discusiones, incluso acusaciones de fraude, pero finalmente arrojan para el PC el 30 % de los votos, 26,4% para el PS, 5,2% para el Mapu. El PR obtiene 4,7% y el MIR 2,1%. La DC logra un 24,6%. Sufragan en la elección 560.000 trabajadores de un total de afiliados superior a 800.000, alto porcentaje de votantes si

se considera que es la primera vez en que se realiza la elección directa. La nueva directiva la preside el comunista Luis Figueroa (nota biográfica en pág.....). El socialista Rolando Calderón es nominado Secretario General, y el DC Ernesto Vogel y el mapucista Eduardo Rojas, vicepresidentes.

Una vez más la UP gana la presidencia de la FECH, derrotando a la DC, al MIR y a la derecha, y triunfa en la elección de autoridades de la Universidad Técnica del Estado, donde el comunista Enrique Kirberg es elegido rector y Ricardo Núñez, socialista, secretario general.. De este modo, la elección parlamentaria que se realiza en Coquimbo en julio, viene a confirmar que, a pesar de las dificultades, la UP mantiene casi intacta su fuerza. Efectivamente, su candidata a diputada Amanda Altamirano, comunista, triunfa con cerca de un 54% de los votos frente a la candidatura de la Confederación Democrática, pacto electoral suscrito poco antes por la DC, el PN, la DR, el PIR y el PADENA. El porcentaje, sin embargo, es inferior a la lograda por la UP en la elecciones municipales de 1971 en el mismo territorio.

Los triunfos de la UP no eclipsan las diferencias que, en el marco de su aparente unidad de propósitos, subsisten en su interior. Son quizá inevitables, pero dada la coyuntura histórica resultan indeseables, particularmente en la visión de Allende. Tres décadas después, Volodia Teitelboim juzga esas discrepancias significativas pero secundarias, si se considera el peso de la “conjura imperial” que viene desde el exterior:

“La causa principal de la tragedia radica en la conjura urdida por el imperio, coludido con los potentados locales para mover el brazo armado. Las diferencias intestinas en la UP constituyeron un factor secundario. La diversidad de opiniones era natural y aceptable en una coalición democrática, siempre que no le viniera de perlas al adversario y que la discusión hiciera la luz necesaria. Las divergencias se manifestaron subterráneamente al principio. Violentando los principios establecidos en el programa, hubo en la UP y en sectores marginales quienes adoptaron actitudes que contribuyeron a enajenar las capas medias”

En un momento las diferencias internas se expresan fuertemente a propósito de la acción, encabezada por el MIR, de establecer una Asamblea Popular en Concepción, alternativa a la institucionalidad vigente. El PC es enfático en rechazar la propuesta por considerar que debilita la fuerza de la UP en el plano de la legalidad institucional:

“Algunos sostienen que la legalidad, que la institucionalidad constituye una traba, un obstáculo insalvable para seguir avanzando. Ciertamente, los comunistas consideramos que la institucionalidad, la legalidad prevaleciente no nos ayuda precisamente. Estimamos que es un freno, que es un obstáculo al desarrollo del proceso revolucionario, pero no un obstáculo insalvable, porque hasta ahora se ha demostrado que se pueden hacer cosas en los marcos de la legalidad y que lo que se puede hacer no depende tanto de la ley como de la lucha, de la organización, de la movilización de las masas, de la correlación de fuerzas en un momento determinado”.

Si bien el PS, el Mapu y la IC no le otorgan, como el MIR, un carácter alternativo a la Asamblea Popular, participan de ella, suscitando la reacción presidencial. Años más tarde, el dirigente socialista Aniceto Rodríguez entiende que el “poder revolucionario” así establecido sólo favorece “al enemigo”:

“Un ejemplo típico del voluntarismo que contaminó a un sector socialista fue la llamada “Asamblea de Concepción” [...] Por sobre la buena fe de varios de sus convocantes, que pensaron que ese era el comienzo de una especie de toma del “Palacio de Invierno”, al estilo de la experiencia de 1917 en San Petersburgo, y que estaban creando un poder revolucionario, lo cierto es que iniciativas como esas

servieron a la postre al enemigo, que buscaba pretextos para fortalecer la argumentación de que la institucionalidad estaba sobrepasada y el Gobierno sumido en la ilegitimidad”.

Allende desautoriza públicamente la iniciativa y reafirma su política de adhesión y defensa de la institucionalidad:

“El Gobierno de la Unidad Popular es resultado del esfuerzo de los trabajadores, de su unidad y organización. Pero también de la fortaleza del régimen institucional vigente”

Pero ya no es fácil una visión común en el seno de la UP, incluso en la base militante donde el discurso de la unidad suele ser incontrarrestable. No sólo en el PS, aunque principalmente en él, las iniciativas surgidas “desde abajo” son recibidas positivamente por la base. Humberto Vargas, entonces profesor y regidor socialista en una pequeña comuna rural, da testimonio, treinta años después, de que para todo un sector de su partido la opción de construir “desde la base” el poder obrero está muy extendida:

“Junto al propósito de atender los problemas urgentes de las familias campesinas más pobres, de ampliar la base de sustentación del gobierno de la Unidad Popular y fortalecer políticamente a los obreros, estudiantes, campesinos de la zona, concedí especial prioridad a aquellas tareas socialistas que el gobierno debía cumplir en esta primera fase, como la reforma agraria drástica apoyada en la movilización de los campesinos, salarios mínimos y asignaciones familiares iguales para los obreros, campesinos y empleados, escala móvil de sueldos y salarios, la incorporación plena de los trabajadores al poder desarrollando la gestión obrera en las empresas nacionalizadas, el control obrero cuando fuera necesario y construyendo desde la base una nueva estructura política que culminara en la Asamblea del Pueblo”

El rol que juegan las tendencias “izquierdistas” en la UP gobernante será durante décadas materia de discusión. Por una parte se formulará una crítica radical al impacto político que causaron. Por otra, analistas como Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulián, por ejemplo, en ese tiempo activos militantes, ven en la posición de los sectores radicalizados de la UP un fenómeno político y cultural que expresa viejos cuestionamientos a las tendencias más moderadas, dominantes en la izquierda:

“Es evidente que la línea izquierdista dentro de la UP no puede considerarse sociológicamente como un error. Ella es la manifestación de un clima ideológico que se había expandido en la Izquierda desde la década de los sesenta: la puesta en cuestión del modelo estratégico soviético respecto a la revolución en los países subdesarrollados; la fe en el socialismo y la creencia ---fuertemente desarrollada por los intelectuales--- del fracaso del capitalismo. También manifestaba esa convicción acrítica de que la fuerza hace la política, lo cual constituía una especie de extracto de sentido común respecto a lo que era el leninismo”.

Poco después de los hechos de Concepción, nuevas polémicas se suscitan al interior de las fuerzas de gobierno con motivo de la muerte de un poblador en un allanamiento policial a la población Lo Hermida, en Santiago. Orlando Millas recuerda esos momentos y la desazón que provoca en Allende el hecho de que haya represión durante el gobierno popular:

“Durante un almuerzo, en agosto de 1972, Allende quedó terriblemente impresionado y abatido cuando recibió la noticia de que en una balacera, en la que participó la policía de investigaciones, había muerto un poblador del Campamento Lo Hermida [...] No podía concebir que algo así ocurriera bajo su gobierno y afrontando todos los riesgos fue al día siguiente al Campamento Lo Hermida a aclarar la situación y a conversar con los pobladores”.

En agosto ocurre uno de los incidentes internacionales más serios que enfrenta el gobierno de Allende. Un grupo de prisioneros políticos argentinos, entre ellos dirigentes del marxista Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y de Montoneros, la organización revolucionaria de matriz peronista, escapan de una prisión en la localidad argentina de Trellew y huyen en avión a Chile. Se llevan a cabo tensas negociaciones en que el gobierno argentino, encabezado por el general Lanusse, demanda la extradición de los escapados. El presidente Allende resuelve, finalmente, en un marco de discrepancias dentro de sus propios colaboradores y de una mayoría del Consejo Superior de Seguridad Nacional favorable a la extradición, conceder asilo a los evadidos y luego enviarlos a Cuba.

A partir de agosto, la oposición logra aumentar la movilización social contra el gobierno. Gremios empresariales y de comerciantes, en Santiago y en regiones, estudiantes secundarios y sectores sindicales vinculados a la DC, inician acciones de denuncia y movilización que adquieren progresivamente cuerpo. La CUT, por su parte, y las organizaciones de base social de la UP se movilizan para defender al gobierno. Los partidos de la UP cierran filas en torno a Allende y socialistas y comunistas realizan un esfuerzo por atenuar sus diferencias. El diario del PC *“El Siglo”* denuncia la existencia del *“Plan Septiembre”*, ofensiva sediciosa y fascistoide impulsada por la oposición hegemónizada por la derecha extrema. El 4 de septiembre la UP celebra el segundo aniversario de su triunfo con desfiles y concentraciones multitudinarias en todo el país. En Santiago se movilizan ochocientas mil personas. El país se encuentra en uno de los momentos más tensos del proceso de polarización. Prats testimonia su preocupación y la del presidente por el enfrentamiento en ciernes:

“El miércoles 30 de agosto me entrevistó nuevamente con el Presidente Allende, a quien encuentro profundamente preocupado de la evolución de los acontecimientos políticos... Le doy mi opinión, en el sentido de que el conflicto político puede derivar en una situación de incontrolable enfrentamiento interno, mientras la UP mantenga el criterio de la celeridad en la aplicación de su programa. Este, a mi juicio, cada vez más genera nuevas resistencias, que progresivamente irán fortaleciendo más a la oposición, hasta un momento en que se entrará a un callejón sin salida democrática”.

La crisis económica se agrava y se registra un desabastecimiento significativo de productos esenciales. Hábil en la lucha ideológica, la derecha instala en la opinión pública, sobre todo en la clases medias, una imagen irrefutable de carencias, privaciones y *“colas”*. Jorge Villalobos, entonces un muchacho de trece años, más tarde militante y exiliado, recuerda la experiencia social del desabastecimiento de entonces:

“La situación política del país se hace difícil para la Unidad Popular, comienza la escasez de alimentos y el descontento popular crece sin saber las verdaderas causas del problema. Así viví esos años, entre colas del pan, del aceite, del arroz, del cigarro que mamá fumaba. A las 5 de la mañana estaba en la fila del pan, siempre llegaba cuando ya había unas 60 personas delante de mí. Allí se bromeaba, se echaban tallas, especialmente a los que llegaban atrasados e intentaban colarse por entremedio. Muchas de las tallas iban acompañadas de chilenismos que resultaban en una risotada general de los presentes. Esta fue una época que creo muchos no olvidarán.”

Desde 1971 la organización popular ha venido interviniendo en esta materia, en especial a través de las Juntas de Abastecimientos y Precios (JAP), organizaciones de comerciantes y vecinos de un territorio cuyo fin es asegurar el aprovisionamiento de bienes de consumo masivo. Según cifras de la época, en el segundo semestre de 1972 existen ya en el Gran Santiago 670 JAP vecinales y 10 comunales, que integran 3.200 pequeños comerciantes, entre los cuales hay, por ejemplo, 1.153 carniceros de un total de 2.600 en todo Santiago. A través de las JAP se comercializa el 60% de la carne de vacuno y el 27% de la de ave. En el resto del país se han formado ya otras 300 JAP vecinales. La experiencia de las JAP motivará una recia

batalla ideológica y política, particularmente por la vinculación directa de sus actividades con las mujeres de clase media y baja. La masa popular que diariamente acude a una JAP experimenta, muchas veces, el rechazo a la política del gobierno. De estos contrastes entre política de izquierda y ánimo popular testimonia Patricia Lorca, una secretaria administrativa de familia socialista, que deberá vivirlos intensamente. Su relato destaca formas de confrontación a nivel popular entre “momios” y “upelientos” que marcan perdurablemente la conciencia social:

“Había que inscribirse en la correspondiente al sector donde uno vivía, proporcionando los datos básicos acerca de los componentes del grupo familiar. Una vez a la semana se entregaba la canasta con los productos que escaseaban, pero había que hacer cola para retirarla. En mi casa éramos cinco personas y nos daban entre los productos por ejemplo un litro de aceite; como no alcanzaba, lo usábamos sólo para las ensaladas y cocinábamos con manteca. Nos vendían un pollo a la semana, así que recurriamos a productos alternativos –pescado, conejos-, cuya oferta era abundante. No todos los encargados de las JAP cumplían con su deber. Habían quienes favorecían a amigos o familiares, pero eran muchos más los que, con mayor conciencia, se esforzaban por que las normas de distribución fueran respetadas. Las JAP funcionaban en su mayoría en almacenes de barrios y poblaciones. Pero no era fácil conseguir comerciantes que hicieran esta labor. Es cierto que el que aceptaba colaborar con las JAP tenía una clientela asegurada [...] pero al mismo tiempo pasaba a ser sindicado por su gremio como “partidario del régimen”, lo que le exponía incluso a atentados. Los días de distribución de los paquetes, las personas inscritas hacían cola y tarjeta en mano procedían a retirar sus canastas [...] Grupos de mujeres aprovechaban estas oportunidades para provocar. Se mezclaban entre la gente alegando que “si hay pollos tienen que venderlos a todos, y no sólo a los upelientos de las JAP”. Se armaban desórdenes e incidentes en los que no pocas veces resultaba destrozado algún vidrio del local”

En un contexto tan agitado socialmente, en octubre se extiende por todo el territorio un movimiento de protesta y desobediencia civil contra el gobierno de la UP cuyos principales protagonistas son empresarios, comerciantes y transportistas, grandes, medianos y pequeños. El organizado gremio del transporte, en particular, tiene un rol clave por su capacidad de perturbar y hasta paralizar la vida laboral y la actividad económica. La gran mayoría de los participantes están agrupados en organizaciones gremiales de larga trayectoria y tradición.

Esa movilización social, probablemente la más extensa y prolongada que registre la historia de Chile, cuenta además con el apoyo de otros sectores que cumplen un rol por momentos destacado: algunos colegios profesionales, estudiantes secundarios que agitan el paro en las calles y estudiantes afiliados a la FEUC, controlada por un sector con fuerte influencia del integrista católico que, años más tarde, constituirá la Unión Democrática Independiente (UDI). Las demandas que movilizan a estas masas son dispersas y variadas, cada sector tiene peticiones o reclamos propios. El transcurso de los días permite a los conductores del paro, básicamente políticos de derecha, agrupar estas demandas y sumarlas a su objetivo de derrocamiento del gobierno. La DC se pliega al “movimiento” si bien señalando que su aspiración es generar las condiciones para derrotar al gobierno dentro de los mecanismos institucionales. Los agremiados producen un documento que el presidente Allende rechaza como base de negociación, conocido como “Pliego de Chile”.

El objetivo inmediato de la actividad opositora, alentada y comprobadamente sostenida por la intervención estadounidense, es paralizar el país. El gobierno, con el apoyo de los partidos de la UP, aplica las leyes de seguridad interna y decreta estado de emergencia en varias provincias, dejando el orden público en manos de las FFAA. También establece cadenas radiales para evitar la difusión de mensajes subversivos destinados a alentar la paralización. A medida que el paro toma cuerpo la acción terrorista aumenta y se registra un alto grado de

violencia. El centro de Santiago es un espacio diario de agitación, del que da cuenta Kalfon, mostrando de paso cómo un sector popular es manipulado por la derecha:

“Aquellos que viven o trabajan en el centro de Santiago gozan regularmente, desde hace tres semanas, del derecho al “show” del mediodía, un espectáculo rebosante de ruido, de furor... y de gases lacrimógenos... La mayoría de las tiendas están cerradas, pero algunas empiezan a abrir. Los cafés, los bancos, las farmacias, las tiendas de ultramarinos y los cines funcionan con normalidad. Hay gente en la calle, muchos jóvenes, curiosamente más que de costumbre. Algunos llevan uniformes de colegiales aunque parezca que ya han sobrepasado la edad. La mayoría, obviamente, proviene de los bajos fondos: su lenguaje, su vestimenta, su comportamiento, los traicionan. “Nos dan 300 escudos al día”, reconocen con arrogancia. No está mal pagado para ser un trabajo rápido e incluso excitante cuando se tienen diecisiete años y apetece romper cosas”.

La UP desarrolla en esos días un gran esfuerzo de organización y da muestras de una enorme capacidad de empeño colectivo. El “paro patronal”, como se le conoce, no logra su objetivo básicamente porque, en la base social, se produce una movilización más poderosa que la gestada por las fuerzas opositoras. La base social de la UP logra mantener al país en funcionamiento en un nivel razonable de actividad. Contribuyen a esta tarea trabajadores, profesionales y estudiantes por la vía de sus partidos, sindicatos, juntas vecinales, JAP, organizaciones de pequeños empresarios, federaciones estudiantiles y centros de alumnos, organizaciones de pobladores. Ellos desarrollan jornadas masivas de trabajo voluntario y muchas veces adquieren, en la dinámica misma del proceso, conciencia de su significación y rol en el proyecto de Allende. Marta Harnecker, intelectual militante, directora de la revista “Chile hoy” que jugó un rol importante en la lucha ideológica del período, rememora esas jornadas:

“Los trabajadores no se limitaron sólo a seguir trabajando. Al quedarse sin jefes, nombraron a sus propios jefes. Aumentó el grado de organización y mejoró su calidad. Se establecieron conexiones entre fábricas. Si en una fábrica sobraban vehículos se ponían a disposición de las otras. En los barrios obreros, si un almacén cerraba, era abierto a la fuerza. A veces los mismos trabajadores y pobladores se encargaban de retirar directamente de las distribuidoras los productos y de venderlos en las poblaciones. Paradójicamente, nunca estuvieron mejor abastecidos los barrios obreros que durante el paro que buscaba precisamente provocar el desabastecimiento”.

En todos estos esfuerzos por mantener funcionando los circuitos de la vida social, amenazados por el paro patronal, las mujeres despliegan un singular protagonismo, y no sólo en ese momento crucial. No obstante, las luchas de la mujer no adquieren aún la calidad de luchas de género, sino que se mantienen en una definición de clase que no las distingue de los otros protagonistas de la lucha social. El historiador Luis Vitale anota que el protagonismo social de la mujer bajo la UP fue masivo como nunca en la historia chilena. Creando, agrega, una conciencia política de clase superior a la de “conciencia de género”, “debido a la ausencia de poderosas organizaciones feministas” aunque se asoman públicamente ya teóricas del talle de Julieta Kirkwood y actúan feministas de la experiencia de Elena Caffarena y Olga Poblete, fundadoras del antiguo MEMCH. Hay testimonios de esa singular conciencia social que se está generando ese tiempo en mujeres vinculadas a las organizaciones populares. Del Pozo trae el recuerdo de Juan Rojas, un funcionario socialista que recibe la cooperación productiva de un centro de madres en la construcción de viviendas:

“El centro de Madres de Franklin con Vicuña Mackenna aceptó trabajar de noche, después de las cinco de la tarde. Las viejas se pusieron a trabajar. Producían más que los hombres, que hacían el turno de día, y eso que lo de las mujeres era trabajo voluntario. Cuando pasó el período de urgencia, el jefe de servicio les dijo que habían sido tan eficientes que las quería contratar como obreras para que siguieran haciendo mediaguas. Las viejas dijeron que no, porque había muchos compañeros sin trabajo”.

y ellas no se lo quería quitar. Cumplimos la tarea y ahora nos vamos a hacer el puchero, eso fue lo que respondieron”

Pero en realidad la lucha en el plano de la mujer es, en esos años, más compleja. La derecha lanza con éxito la consigna de “poder femenino” como punta de lanza en la calle y despliega una enorme y eficaz operación ideológica destinada a aislar e impedir cualquier avance de la izquierda en este terreno. La movilización de mujeres que la UP organiza no tiene el aspecto espectacular ni alcanza la masividad de las derechistas. Pero, recuerda Michèlle Mattelart, la mujer de la clase obrera participa masivamente en las manifestaciones populares y, sobre todo, se moviliza a nivel de barrio tras los cambios sociales que allí empiezan a darse.

“la mujer de la clase obrera participó con ardor y combatividad en las manifestaciones de la izquierda, que reunían siempre un número sensiblemente igual de hombres y mujeres. Pero es sobre todo en el contexto cotidiano de la vida del barrio que las mujeres de las clases populares se movilizaron y participaron activamente en los cambios de la comunidad donde vivían. A la gran combatividad de estas mujeres la izquierda no supo siempre ofrecer los elementos necesarios para que se radicalizara y tomara significación política. Eso no hacía sino reflejar la poca consideración que tuvo la izquierda para el problema específico de la lucha de las mujeres”

También en la movilización social de esos tiempos críticos el movimiento de pobladores adquiere importancia política considerable. Al decir de los estudiosos, considerado “*caldo ultraizquierdista o clientela electoral*”, por la izquierda, “*despreciado como lumpen y codiciado como plebe apatronada*” por la derecha, el movimiento de pobladores manifiesta “*una fluidez y ambigüedad que desafían a la vez el análisis marxista y las estrategias políticas tradicionales*”. Pero más allá de ser un espacio donde las diferencias entre los sectores de izquierda son agudas y donde la DC mantiene una presencia significativa, los pobladores organizados territorialmente, que el académico socialista Luis Alvarado estima entonces en unos 800.000, constituyen otro apoyo del gobierno durante la ofensiva de la derecha. Habría que recordar, sin embargo, que los “centros de madres”, decisivos en las poblaciones, se convierten durante los años de la UP en espacio de disputa con la DC y, en menor medida, con la derecha. Luchas que muchas veces se resuelven a favor de los cambios en curso y, agrega Mattelart, fue gracias a la cooperación de estos “centros” que pudo funcionar el abastecimiento popular a través de las JAP:

“Al ofrecer a la mujer la ocasión del poder real, las JAP marcan el punto de partida, antes de la letra, de un movimiento de emancipación y participación femenina”

Pero estos factores de fuerza popular no son suficientes sin otro que tiene, en las circunstancias, importante significado: la disposición profesional de las FFAA a obedecer a la autoridad. A fines de octubre de 1972, la Cámara de Diputados aprueba una moción del PN, votada favorablemente por la DC, que declara al gobierno “*al margen de la legalidad*” y procura impactar con este mensaje al Poder Judicial, las instituciones contraloras y, especialmente, a las FFAA. Éstas son, claramente a esas alturas, un espacio en disputa sobre el que se ejercen todas las presiones. Por una parte, la derecha intenta arrastrarlas a su política, por la otra la UP procura que se mantengan en sus funciones profesionales. Son ellas, las FFAA, las que terminarán de dirimir el enfrentamiento de octubre. La UP derrota la intentona de derrocamiento organizada por la derecha y apoyada por la DC. Lo logra sobre la base de la movilización de sus propias fuerzas y en virtud del ingreso de los cuatro comandantes en jefe de las FFAA y de Orden a un nuevo gabinete ministerial. Protagonista de este episodio es un militar de doctrina profesional, aficiones intelectuales y respeto por las instituciones democráticas, que será tres años más tarde asesinado por agentes de la policía secreta

pinochetista durante su exilio en Buenos Aires: el Comandante en Jefe del Ejército, general Carlos Prats González. Jaime Gazmuri, secretario general del Mapu en aquel entonces, afirma sobre este hecho crucial:

“Se convocó a los militares con el argumento de normalizar el país ante el paro sedicioso de octubre de 1972, pero también como garantía de que las elecciones de marzo de 1973 no fueran cuestionadas por la derecha”.

El presidente introduce también otra innovación clave en su gabinete al convocar al Ministerio del Trabajo al presidente de la CUT Luis Figueroa y al de Agricultura al secretario general, Rolando Calderón. El hecho provoca polémica en sectores sindicales y políticos. Entre los sindicatos hay quienes ven la medida como una innecesaria pérdida de autonomía y germen de futuras divisiones, cuando la unidad de los trabajadores puede ser decisiva. Figueroa es reemplazado en la presidencia de la CUT por el dirigente, también comunista, Jorge Godoy quien, a su vez, cuando aquel deje el ministerio, unos meses más tarde, lo reemplazará como ministro. Consciente de la grave situación que enfrenta el país, la UP no objeta la incorporación de las FFAA al gobierno, salvo algunas inquietudes que expresa, desde una postura crecientemente radicalizada, la IC. El MIR, en cambio, caracteriza el hecho como una concesión de los principales partidos de la UP a las FFAA y reafirma su tesis sobre la necesidad del “doble poder”.

Durante el paro patronal de octubre surgen en las empresas y, crecientemente, en los barrios populares, organizaciones que reúnen y movilizan trabajadores y militantes en formas que no son las tradicionales. En los lugares de trabajo, por ejemplo, aparecen los llamados “comités de vigilancia”, con objetivos económicos como asegurar la producción ante posibles actos de sabotaje. Se desarrollan además en los distritos industriales, caso de Maipú, los llamados “cordones industriales”, agrupaciones de representantes de trabajadores o de sindicatos que buscan coordinar las organizaciones y las actividades de la zona. Más tarde vendrán los “comandos comunales”, coordinación ya no sólo industrial sino multisectorial de las organizaciones populares en una zona. La historiadora María Angélica Illanes valora los “cordones” como la expresión máxima de la capacidad de organización obrera

“Fueron asociaciones territoriales industriales cuyos trabajadores coordinaron su lucha política y reivindicativa durante la Unidad Popular, que alcanzaron gran nivel de organización al momento de tomar en sus manos la producción (cuando por diversas circunstancias hubo que intervenir las fábricas) y que incluso se articularon con poblaciones aledañas en una acción ampliada, tal como fue el caso del cordón Cerrillos. Es decir, se trató de una vanguardia organizada de la cual muchos esperaron un salto a la revolución armada [...] Pero no había armas en los cordones industriales. Ellos fueron la expresión, en su grado máximo, de la capacidad política de la organización obrera: el rostro más claro de la trayectoria histórica del movimiento social chileno.”

Las organizaciones más tradicionales, en particular la sindical, reaccionan inicialmente con desconcierto y se oponen a estas formas de lo que luego se llamará “poder popular”, ven el peligro del “paralelismo” y desconfían del rol político que puedan jugar estas nuevas orgánicas. El MIR y parte del Mapu y del PS dedican su esfuerzo a estimularlas y desarrollarlas. En un artículo escrito diez años después de los acontecimientos, Hernán Del Canto expresa la reacción descrita desde la óptica socialista, más comprensiva que la del PC, con una autocrítica que insinúa que debió existir una política integradora de la central sindical hacia las nuevas experiencias:

“En este período surgieron con bastante fuerza los “cordones industriales” y los “comandos comunales”, formas orgánicas surgidas con el propósito de defender el proceso revolucionario,

mantener la actividad productiva y de los servicios e incorporar a otros sectores sociales –como pobladores, comerciantes y estudiantes- a las luchas por las transformaciones revolucionarias. Pero los “cordones industriales” en la práctica y en su mayoría transgreden tales fines, convirtiéndose en una alternativa a la CUT y en un poder paralelo y contrapuesto al del gobierno. Esta situación genera discordancias en el seno del movimiento sindical y debilita su fuerza, factor que los enemigos de los trabajadores saben aprovechar. A la distancia de aquellos acontecimientos vemos que se cometieron dos errores graves. El primero, no haber integrado los “cordones” al seno de la Central, como nueva expresión orgánica de masas; y segundo, no haber provocado una abierta discusión ideológica y política con aquellos sectores que extremaban las tensiones en el seno de los trabajadores, persuadiéndolos sobre el carácter de la revolución chilena y acerca de la correlación real de fuerzas con el fin de mantenerlos dentro del cauce central del proceso”

LUIS FIGUEROA MAZUELA:
líder sindical obrero, dirigente unitario.

Luis Figueroa ha sido quizás el dirigente sindical marxista más importante de la izquierda chilena. Nace el 22 de junio de 1922 en el poblado campesino de Artificio, cercano a La Calera, provincia de Valparaíso. Hijo de trabajadores agrícolas, cursa hasta tercero primario en la Escuela Parroquial de La Calera, debiendo abandonarla para trabajar y ayudar económicamente a su familia. Casado con Ema Gómez, tiene ocho hijos. A los dieciocho años ingresa a las Juventudes Comunistas y a los veinticinco integra su dirección. Desde 1950 desempeña cargos de dirección en el PC, primero a nivel regional y, más tarde, nacional.

Figueroa se incorpora desde muy joven a la acción sindical en Valparaíso. En 1950 ya es designado Consejero Juvenil Nacional de la CTCH y, al fundarse la CUT asume en ésta el mismo cargo. En 1962 es elegido Secretario General de la CUT, el segundo cargo en importancia, y en 1965, su presidente. Es fundador y dirigente del Congreso Permanente de Unidad Sindical de los Trabajadores de América Latina (CPUSTAL), intento frustrado de organización unificada de sindicatos del continente que devino expresión del sindicalismo “comunista”.

Figueroa es un ejemplo de la cultura e inteligencia que, a pesar de una escasa instrucción formal, integra el bagaje de los cuadros de dirección obrera formados en las tradiciones fundadoras. Recuerda Hernán Del Canto, que *“poseía una inteligencia muy aguda y desarrollada y a través de un proceso de permanente lectura –de los clásicos del marxismo, de la historia de Chile y del movimiento obrero, de materias económicas- fue acumulando un bagaje teórico y político sólido, que unido a su experiencia y directa relación con la lucha social y de clase, lo transformó en un dirigente de calidades especiales”*. Era no sólo capaz, dice esta evocación, de exponer oralmente su pensamiento con argumentos convincentes sino también de escribir una tesis, un artículo o un informe de modo coherente. Escribía muy bien y lo hacía “a mano”.

Es difícil calificar de “sectario” a Luis Figueroa, como muchas veces se ha hecho con otros dirigentes de orientación marxista. Quienes compartieron con él las tareas de dirección de la CUT recuerdan como rasgo de su perfil dirigente una capacidad para resolver la difícil relación entre los acuerdos e instrucciones “del partido”, de uno tan monolítico como se quiere el PC, y las exigencias, necesariamente plurales, de la base sindical. En la CUT nunca llega a forzar una votación sobre algún tema que pueda poner en peligro la unidad de dirección. Su idea es que:

“si respecto de una materia divergente no hay acuerdo, lo justo es discutir más hasta encontrar un acuerdo, un consenso, pues ello permite que el conjunto de la Dirección Nacional de la central empuje tal resolución y no sólo una parte de ella ¿Qué gana la central y los trabajadores si en el seno del Consejo Directivo nacional se impone forzosamente una decisión y otra tendencia, la socialista por ejemplo, expresa su desacuerdo y trabaja a favor de su propia posición?”.

En 1965, Figueroa es elegido diputado y durante el gobierno de la Unidad Popular, en 1972, deja temporalmente la presidencia de la CUT para asumir como Ministro del Trabajo. Ese año conoce a la que será su compañera hasta su muerte, Janine Miquel. El rol público de Figueroa durante el gobierno de la UP es de gran importancia. Al punto que el analista francés Alain Touraine llega a decir en 1973 que es de los pocos que sabe articular ejercicio del poder y fuerza revolucionaria:

“La CUT aunque dirigida por un comunista, Luis Figueroa, que me parece por otra parte la personalidad política más notable de la izquierda, sabe tratar el difícil problema de la conjunción del nuevo establishment y de las fuerzas revolucionarias”

A raíz del golpe de estado de 1973 la dictadura desata una intensa persecución contra Luis Figueroa, que debe exiliarse en Francia. Junto a otros dirigentes exiliados funda en 1974 el Comité Exterior de la CUT, con la tarea de movilizar la solidaridad con los trabajadores chilenos perseguidos. Desde el CEXCUT, Figueroa lleva adelante una amplia campaña de relaciones, incluida la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL), entidad con la cual la CUT no tenía relaciones formales dado el conflicto ideológico político siempre latente entre sindicatos “clasistas” y “socialdemócratas”.

Aquejado de una grave enfermedad, Figueroa muere en Estocolmo el 7 de septiembre de 1976. En sus funerales le rinden homenaje los jefes de las tres centrales sindicales internacionales, de signo socialdemócrata, comunista y socialcristiana. Es un hecho sin precedentes que consagra el recuerdo de su imagen y acción unitarias.

En la oposición, la derecha advierte que el rol que las FFAA cumplirán en el gobierno no puede ser apoyar el programa de la UP. La DC demanda también rectificaciones, pero expresa su confianza en el general Prats. Patria y Libertad, en cambio, importante protagonista de la violencia y de actos sediciosos durante el “paro de octubre”, interpreta la decisión del

presidente como un intento de socavar el rol patriótico y nacional de las FFAA. En todo caso, en la oposición la derrota del intento de derrocamiento lanzado en octubre deja como única estrategia válida la de la DC: derrotar al gobierno en las elecciones de marzo y, entonces, buscar su renuncia, su desplazamiento por mecanismos institucionales o una radical rectificación.

Para los sectores más izquierdistas, por otra parte, y teniendo a la vista la crítica situación surgida en las poblaciones luego del paro de octubre, la UP tiene que avanzar a través de una política que asegure el abastecimiento de las capas más pobres de la sociedad. La consigna adecuada parece ser “*raционamiento para los ricos, abastecimiento para los pobres*”. Pero ya no hay condiciones para tal política, testimonian E. Pastrana y M. Threlfall, dos investigadores cuyos relatos del movimiento poblacional son clásicos:

“Pese a que en noviembre se vuelva aparentemente a la normalidad, el creciente desabastecimiento de productos esenciales y en consecuencia, las largas colas de dueñas de casa, hacen ver claro que la única solución estaría en alguna forma de racionamiento. Pero la UP ya no podía crear las condiciones económicas o políticas para implantarla. Mientras la clase obrera ve el racionamiento como la única forma de asegurar el abastecimiento a precios oficiales, la burguesía, y parte de la pequeña burguesía, temen una limitación de su derecho a consumir (aunque sea a precios del mercado negro).”

EL “PODER POPULAR” Y EL ÉXITO DE LA UP EN LAS ELECCIONES PARLAMENTARIAS

Luis Figueroa se ha convertido en figura clave para las cruciales relaciones con los militares y para la articulación de las políticas de Estado con la movilización popular y obrera, destacándose con perfiles propios en el impulso a las posturas de su partido. En el PS, en alianza con Almeyda, la tendencia de los “elenos”, liderada por R. Calderón y en la que ya participan figuras como Carlos Lorca, secretario general de la FJS, apoya la línea “moderada” de Allende y del PC frente a la crisis. Por otra parte, el presidente mantiene una relación de fuerte confianza personal con Carlos Altamirano, jefe del PS, más allá de las diferencias en sus puntos de vista.

La situación económica se presenta aflictiva. A comienzos de diciembre Allende, junto a Almeyda, Martner y Alfonso Hinojosa, presidente del Banco Central, acompañado del ministro Luis Figueroa y del secretario general del PC Luis Corvalán, efectúa una crucial visita a la Unión Soviética. Realiza allí una gestión que fracasa, en busca de un préstamo de 80 millones de dólares y de 240 millones de rublos. A fines de 1972 cunde la idea, según recuerda Pierre Kalfon, que la crisis económica es de tal magnitud que ya no puede predecirse el resultado del enfrentamiento político en curso:

“Es por otra parte imposible predecir las consecuencias de las dificultades económicas, que sin duda van a aumentar. La inflación ha superado el 143,1% durante los once primeros meses de 1972. El Gobierno ha triplicado el precio de los coches, de ahí el acopio de piezas de recambio de los consumidores de clase media. El mercado negro invade la vida cotidiana, avivado por el hecho de que el Gobierno sólo controla el 30% del suministro alimenticio y por unos precios oficialmente bloqueados artificialmente a la baja”.

El conflicto social y político se agudiza y torna extremadamente complejo. Intentando explicarlo en sus bases económicas, el Ministro de Hacienda Fernando Flores define el “mercado negro” como “*la síntesis de toda la acción antipatriótica de la derecha*”. Y en discurso por cadena de televisión y radios explica cómo se constituye y funciona y cómo “*la*

inflación es hija del agudo conflicto que tenemos en curso en el terreno económico”, y termina:

“En resumen, y volviendo al tema central de esta exposición, debemos reiterar que los problemas que enfrentamos hoy día, son el resultado de un conflicto constante en nuestra sociedad, desatado y alimentado por aquellos que no se resignan a perder su lugar de privilegio en la sociedad chilena.”

Sin embargo, a menos de tres meses de las elecciones parlamentarias la UP enfrenta los amenazantes desafíos que plantea 1973 con la seguridad que le da su apoyo social. Luis Corvalán sintetiza este aire optimista: la UP ha ganado fuerzas, “*un nuevo poder*” está naciendo y puede definir el curso de los acontecimientos:

“En los años de la Revolución surgieron nuevas formas de organización de los trabajadores y el pueblo para abordar las responsabilidades que asumían en la dirección del país. Se constituyeron consejos de administración en las empresas estatales, comités de vigilancia en numerosas empresas privadas y en servicios. Nacieron las Juntas de Abastecimiento y Control de Precios para resolver, con el esfuerzo del pueblo, los problemas de distribución de los artículos de primera necesidad y para combatir el mercado negro organizado por el enemigo. Centenares de obreros se convirtieron en inspectores voluntarios de la Dirección de Industria y Comercio para supervigilar, junto con las JAP, la producción, la distribución y los precios. Se constituyó una serie de oficinas comunales de DIRINCO en donde entraron a asumir responsabilidades administrativas e inspectivas los dirigentes de la Consejos Comunales de la CUT, de las Uniones de Juntas de Vecinos, de las Uniones de Centros de Madres y de las JAP. Se constituyeron los Cordones Industriales, los Consejos Campesinos y, en algunos lugares, los Comandos Comunales, organismos ---estos últimos--- creados con el criterio de unificar las diferentes organizaciones populares en cada lugar. Cada una de estas organizaciones se constituía en embrión del nuevo Poder, del nuevo tipo de Estado que se quería construir.”

Pero los “cordones industriales”, el primero de los cuales había surgido en junio de 1972, antes del “paro de octubre”, siguen suscitando polémica en la UP. Valorados como instrumento de organización popular y de movilización, surgen inevitables roces con el movimiento sindical encarnado en la CUT debido a la tendencia de los dirigentes de los “cordones” a autonomizarse de las direcciones política y sindical. Luis Vitale, militante en esa época en la izquierda crítica de la UP, los describe como la organización de base obrera más importante surgida ese tiempo:

“Los cordones industriales fueron las organizaciones de base más importantes del movimiento sindical durante el gobierno de Allende, retomando la experiencia territorial de las Mancomunales de principios del siglo XX. Se estructuraron con un criterio zonal, como los siete Cordones de Santiago, entre ellos el de Vicuña Mackenna, San Joaquín, Cerrillos y otras comunas de Santiago, además de los de provincias, especialmente Concepción y Valparaíso. No se organizaron por gremios sino por sindicatos de base de todas las fábricas y empresas de la comuna”.

El despliegue en ciertas zonas industriales de los “comandos de trabajadores” da ocasión para experiencias sociales que superan los marcos del programa y de los acuerdos políticos de la UP. Pastrana y Threlfall describen, por ejemplo, las formas utilizadas por estas organizaciones para ejercer su fuerza de presión sobre el gobierno y captar partes del PS y de otros partidos. El testimonio se refiere a una acción emprendida por el “Comando de Trabajadores del Cordón Cerrillos – Maipú”, en julio de 1972, que tiene repercusiones en otros sectores por el “éxito” logrado:

“Significativamente su primera acción coordinada consiste en cerrar todas las vías de acceso a la comuna mediante barricadas, de tal manera que todo el territorio queda bajo el control de los trabajadores (los obreros de la extensa concentración de industrias que atraviesa la comuna y los pobladores de campamentos vecinos). Las barricadas se mantuvieron todo el día hasta que varios

funcionarios del Gobierno trajeron el decreto de intervención para una empresa y garantías de que se produciría de igual manera con otras”

De este modo, el debate de fines de 1972 vuelve a enfrentar las posturas ya delineadas dentro de la UP. El PC apunta a buscar coincidencias con los que quieren, dice, evitar en Chile una guerra civil y reafirma la necesidad de moderar la acción del gobierno. El tema de las empresas requisadas durante el “paro de octubre” y ahora en poder de los trabajadores constituye un punto de ardua discusión en la UP. El ministro Millas elabora el llamado “Plan Millas”, intento de regularizar la situación a través de la devolución de las empresas a sus propietarios, criticado en el PS, el Mapu y la IC. El PS reafirma su política de radicalizar la acción de gobierno para garantizar el apoyo de los trabajadores y estima que vacilar en la respuesta a las aspiraciones de estos sólo debilita la fuerza del campo popular. Al mismo tiempo, se abre un debate teórico ideológico que, en términos gruesos, enfrenta la posición “reformista” a la “revolucionaria”. La primera entiende al gobierno como eje del proyecto de la UP y, por tanto, postula consolidar fuerzas en torno a él y concentrarse en los avances democráticos del momento. La postura “revolucionaria”, por su parte, postula que no hay una etapa de tareas democráticas separada de otra de tareas socialistas y que éstas sólo pueden cumplirse creando un “poder popular” que, en paralelo al gobierno, las impulse con decisión. Comparten esta tesis el Mapu, la IC y sectores socialistas. La proclama de Altamirano al comenzar el año 1973 es elocuente:

“¡Las masas organizadas no van a estar con nosotros si conciliamos con el enemigo! No van a estar con nosotros si nos quedamos con medidas reformistas.”

**CARLOS ALTAMIRANO ORREGO:
intelectual, rebelde, líder socialista**

Nace en Santiago en diciembre de 1922, en el seno de una familia tradicional de clase alta. El bisabuelo de Altamirano, Francisco Puelma, es uno de los pioneros de la explotación del salitre y su abuelo Juan Orrego ejerce la presidencia del Banco de Chile, en su época el más importante del país. Su primer matrimonio lo liga a Silvia Celis, con quien tiene tres hijos. Más tarde contrae nupcias por segunda vez con Paulina Viollier, quien lo acompañará en los días más intensos y difíciles de su actividad política.

Altamirano estudia en el Liceo Alemán y luego en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, donde conoce y comparte ideas y debates con Clodomiro Almeyda, Felipe Herrera y Patricio Aylwin, entre otros. Al terminar sus estudios universitarios ejerce la docencia en la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad de Chile y, más tarde, postula sin éxito a la rectoría de la Universidad de Concepción. Ejerce su profesión como abogado de algunas empresas y, más tarde, en el sector público.

Sus ideas socialistas maduran en sus tiempos de estudiante y resuelve adherir al PS. Es uno de los militantes que participa en funciones de responsabilidad durante el gobierno de Ibáñez, quien lo designa Subsecretario de Hacienda. En 1961 es electo diputado por Valdivia. A esas alturas es ya amigo de Salvador Allende, de quien recibe aliento permanente en su carrera política. En 1965 es electo senador por Santiago. Dentro del PS marca posiciones a la izquierda y, junto a Almeyda y otros, es crítico de la perspectiva electoral que promueve Allende.

Luego del triunfo de la UP en 1970 es electo secretario general en el congreso del PS en La Serena, con el apoyo de los sectores más izquierdistas, del grupo conocido como “elenos”, y del sector más próximo a Allende. La línea de Altamirano es una línea que se proclama revolucionaria, en contraposición a la más moderada o socialdemócrata del secretario general saliente Aniceto Rodríguez.

Altamirano se yergue en figura principal de la UP y en el personaje que representa las posiciones más duras frente a la derecha. Sostiene, además, una posición anti imperialista de condena a la intromisión de los EEUU en la política y la economía chilenas y se identifica con la revolución cubana y su líder Fidel Castro, con quien construye una afectuosa relación.

Para Altamirano la “vía pacífica” llevaría fatalmente a un enfrentamiento social y militar. De allí su constante preocupación por las FFAA y por la constitución de una fuerza propia de carácter militar en el PS y en la UP. Esta postura lo distancia en diversos momentos del presidente Allende, de quien sin embargo sigue siendo amigo cercano, y lo separa de las posiciones de su principal aliado, el Partido Comunista. Por otra parte, aunque con diferencias, el MIR y los sectores izquierdistas de la UP, como la Izquierda Cristiana y el Mapu, tienden a reconocer su liderazgo.

Frente al golpe militar Altamirano decide no buscar asilo diplomático y permanecer en la clandestinidad. La dictadura desata una cacería destinada a aprehenderlo y detiene y tortura a su esposa Paulina Viollier. Altamirano, desestructurado el frágil aparato socialista que puede protegerlo, se sostiene, en jornadas épicas, mediante la solidaridad de militantes socialistas que, a pesar de los graves riesgos que corren, lo cobijan temporalmente. Finalmente, acepta abandonar el país clandestinamente en una operación que cuenta con la colaboración de los servicios secretos de la República Democrática Alemana.

De este modo Altamirano abandona Chile por tierra a través de la frontera argentina y reaparece públicamente en La Habana para el aniversario de la Revolución, el 1 de Enero de 1974, junto a Fidel Castro y a Beatriz Allende, en un gran acto de masas. Se instala en Berlín Oriental desde donde lidera su partido y realiza una vasta acción internacional, junto a destacadas personalidades de la izquierda chilena. Recorre decenas de países denunciando a la dictadura, muchas veces bajo severa vigilancia para evitar atentados en su contra. Construye una positiva relación con líderes comunistas como Erich Honnecker, y socialistas europeos como Felipe González y Francois Mitterand, entre otros. Durante ese tiempo es objeto de varios intentos de asesinato que, por diversas circunstancias, no alcanzan a concretarse.

Luego de la ruptura partidaria de 1979, que pone fin a su estrecha amistad con su compañero Clodomiro Almeyda, Altamirano cede la responsabilidad de dirección exterior de su partido a Jorge Arrate y apoya la nominación en 1981 como secretario general, en Chile, de Ricardo Núñez. No retomará, desde entonces, una participación partidaria activa.

Altamirano realiza en los años de exilio un importante aporte intelectual y político. Revisa sus posturas más radicalizadas y se interesa en el pensamiento gramsciano, difundido desde Italia a todo la izquierda mundial. Es considerado, por tanto, quien abre camino y da legitimidad política al proceso llamado de “renovación socialista”. Sus textos de la época apuntan a recuperar la esencia humanista y libertaria del socialismo chileno y a proponerle nuevas ideas frente a los cambios mundiales.

En 1981 Altamirano se traslada a vivir a París, donde el presidente Mitterand le otorga una asignación de investigación en el Centro Nacional de Investigación Científica. Continúa produciendo materiales de reflexión y al finalizar la década realiza, en conjunto con la periodista Patricia Politzer, un libro donde relata sus experiencias y expone sus ideas sobre el proceso de la UP. Acusado por la derecha de excesos políticos y por sectores de la izquierda y de su propio partido de graves equivocaciones, Altamirano expresa allí su defensa:

“En el Chile de hoy, el sentido común establece, de manera definitiva, que Altamirano es el responsable del golpe militar y del fracaso de la Unidad Popular, y no hay nadie que esté dispuesto a meditar al respecto. Porque mientras yo sea el gran culpable, todos los demás pueden dormir tranquilo (...)”

Es uno de los últimos exiliados en regresar a Chile, una vez levantada por la dictadura la prohibición que le afecta. A través de entrevistas, artículos y, recientemente, de un extenso libro-entrevista, Altamirano ha continuado elaborando sus puntos de vista sobre la situación mundial y chilena. Fogoso orador de multitudes, político recio con sus adversarios, intelectual de agudo espíritu crítico, Altamirano, el rebelde que repudió su origen social para identificarse con las clases populares, ha sido seguramente el personaje más polémico de la izquierda. La siguiente frase de P. Politzer pudo retratarlo:

“Quizás una parte de su imagen de locura radique en que fue siempre un político exageradamente honesto. Porque según dijo alguna vez el conde de Mirabeau, refiriéndose a Robespierre: “¿cómo se puede confiar en un político que cree en lo que dice!”.”

El Mapu celebra un Congreso Nacional en diciembre de 1972, pocas semanas después del “paro de octubre”, sin su líder inspirador, el fallecido Rodrigo Ambrosio. Tras la consigna de “*crear poder popular*”, en el congreso se imponen las tesis más radicales y, enarbolándolas, asume la secretaria general el economista Oscar Guillermo Garretón, que ha secundado a Pedro Vuskovic en el Ministerio de Economía en la etapa inicial de constitución del APS. Al mismo tiempo, el PR encabezado por Anselmo Sule se ha afiliado formalmente a la Internacional Socialista, constituyéndose en el primer partido político chileno miembro de dicha organización. El hecho tendrá enorme trascendencia para la lucha posterior de la izquierda contra la dictadura. El MIR, por su parte, acuerda apoyar a los candidatos socialistas y de la IC en las elecciones de marzo. Almeyda, diez años más tarde, recuerda el empeño de Allende por dotar a la UP de una conducción única e incluso por que se constituya como partido unido para las elecciones parlamentarias que se avecinan:

“Allende comprendió a través de la práctica que el grado de homogeneidad y de concierto de la alianza política que constituía la Unidad Popular era insuficiente. Vislumbró entonces la posibilidad de convertir a esa alianza en un bloque político con una conducción única, en el que los diferentes partidos que lo integraban pasaran a constituir segmentos de este bloque a los que propuso llamar “destacamentos”, distinguidos por el nombre de la más relevante personalidad histórica de cada uno de ellos. Los socialistas habrían de denominarse Destacamento Eugenio Matte; los comunistas, Destacamento Luis Emilio Recabarren; los radicales, Destacamento Pedro Aguirre Cerda; los partidos de origen cristiano, Destacamento Rafael Luis Gumucio, y así los demás partidos de la Unidad Popular. Intentó dar forma a esta iniciativa a propósito de las elecciones parlamentarias de 1973, logrando que los partidos de izquierda inscribieran sus candidaturas como partido unido de la Unidad Popular. Pero, desgraciadamente, en aquella ocasión no estaban dadas las condiciones para dar ese gran salto adelante [...] La Unidad Popular no logró forjar una conducción única durante el gobierno de Allende, ni homogeneizar su estrategia y táctica políticas. Ni siquiera fue ello posible en el propio Partido Socialista, en cuyo seno surgieron orientaciones políticas contradictorias que se neutralizaron recíprocamente entre sí y debilitaron su fuerza política”

El resultado de las elecciones arroja un 54,7 % para la oposición agrupada en la Confederación Democrática (CODE) y un 43,7 % para las fuerzas de gobierno, el Partido Federado de la UP y la pequeña formación socialista USOPO. En la CODE la votación se concentra en la DC, que obtiene más de 29 % y el PN que logra un 21,3 %. En la UP ocurre otro tanto: el PS logra un 18,7 % y el PC un 16,2 %, mientras los radicales obtienen sólo 3,7 %, el Mapu 2,5 %, la IC 1,2 % y la API un 0,8 %.

Contrariamente a lo que esperaban los estrategas de la oposición, la votación de la UP ha sido alta. Las disputas dentro de las alianzas permanecen sin resolver. Lo más importante, la oposición no tiene en el Congreso los votos suficientes para una eventual acusación constitucional contra Allende que lo remueva de sus funciones. Informa Kalfon en las páginas de “Le Monde”:

“Estas elecciones han tenido un carácter de clase innegable, y está claro que los que votaron por UP lo han hecho a favor de un cierto tipo de régimen que concede a las masas una participación que hasta ahora se les había negado [...] Sea como sea, hoy está fuera de lugar pensar en un “golpe de Estado legal” utilizando el Parlamento. El Gobierno sale reforzado de esta prueba. Los partidos de oposición, aunque canten también victoria, nada más lejos de la realidad, porque sin duda esperaban obtener un porcentaje superior”.

La polarización social y política es extrema. Rafael Agustín Gumucio recuerda apasionadamente aquellos días, en que el poder de los medios de comunicación en manos de la derecha y de la DC parece incontrarrestable:

“El tartufismo dominante era increíble. Se protestaba en forma vaga por una supuesta violencia de la izquierda, pero se aplaudía o se mantenía silencio ante los hechos concretos de atentados fascistas perpetrados por la organización “Patria y Libertad”. Se decía que había violación de la libertad de expresión porque algunos partidos de la UP adquirirían algún medio de comunicación, pero nada se decía del verdadero control que ejercía la oposición sobre el 70 por ciento de los medios. Solamente la DC adquirió la casi totalidad de los periódicos que circulaban en provincias y que pertenecían a la Sociedad Periodística del Sur, además de editar el diario “La Prensa” en Santiago y de ser propietaria de la revista “Ercilla”, de la radioemisora “Balmaceda” y de otras radioemisoras más. Y la derecha era propietaria del diario de mayor circulación: “El Mercurio” y su cadena periodística que abarcaba casi todo el país, del diario “Tribuna”, de la revista “Qué Pasa”, “Sepa”, de las radioemisoras Cooperativa Vitalicia, Agricultura, Sociedad Nacional de Minería”.

El evento electoral de marzo genera satisfacción en los partidos de la UP. La oposición había fracasado en octubre con su estrategia insurreccional y ahora ha fracasado su estrategia electoral. La UP ha crecido en número de diputados y senadores mientras sus adversarios han disminuido. El alto porcentaje logrado muestra la firmeza de la adhesión al gobierno, ni las dificultades económicas, ni los graves problemas de convivencia diaria, ni la tensión política lo han hecho disminuir. Los observadores extranjeros se muestran sorprendidos, escribe Kalfon en la revista parisina “Le Nouvelle Observateur”. A pesar de la crisis, el sabotaje y el apoyo de EEUU a la conjura antipopular, “Allende ha ganado”:

“A pesar del boicot económico y financiero de los Estados Unidos, a pesar de la bajada del precio del cobre, a pesar de la fuga de capitales, a pesar de la falta de divisas, y sobre todo a pesar del sabotaje de la burguesía chilena (que guarda en sus despensas alimentos para un año), a pesar del dinero de los Estados Unidos y las democracias cristianas europeas, a pesar de todos estos problemas, Allende ha ganado.”

A pocos días del éxito electoral de la UP las constantes diferencias de línea política se expresan con toda su fuerza al interior del Mapu, que sufre una profunda división: por una parte el sector encabezado por Oscar Garretón, electo secretario general en el reciente congreso, por la otra el que dirige Jaime Gazmuri, que pasará a ser conocido como Mapu Obrero Campesino. La operación, llevada adelante por este último sector, minoritario en el congreso, para “expulsar” a sus opositores, cuenta con un disimulado pero efectivo apoyo de Allende. Constituye una flagrante violación de las normas de democracia interna, como el propio Gazmuri testimonia treinta años después:

“La idea era producir una definición en el PS y en el MAPU, una definición que pasaba por el cambio de las direcciones... Este asunto lo trabajamos mucho con los socialistas que estaban en esta línea, sobre todo con Clodomiro Almeyda y con Rolando Calderón, que representaban a un sector importante de la dirección del PS [...] Y así se produce la ruptura del MAPU [...] Hay una reacción masiva de simpatía hacia Garretón en el PS, salvo el núcleo de amigos nuestros, que no se halla en condiciones de asumir nuestra defensa, porque, desde el punto de vista formal, lo nuestro no tiene defensa, es un atentado contra la democracia interna con todas las de la ley”

En definitiva, ambos segmentos “expulsan” a los principales dirigentes del adversario interno y permanecen en la UP. El Mapu ahora más explícitamente identificado con las políticas del PS y la IC, y con contactos con el MIR, y el Mapu OC vinculado a las posiciones básicas del PC y de los socialistas coincidentes con las posturas de Allende, es decir “elenos” y cercanos a Almeyda. Comunistas y socialistas, en sus evaluaciones realizadas a fines de marzo y comienzos de abril, respectivamente, reafirman la unidad del conglomerado y, al mismo tiempo, marcan una vez más sus diferencias. Luis Corvalán dice en su informe al Pleno comunista:

“debemos asegurar lo que hemos llamado más de alguna vez el desarrollo normal de los acontecimientos, con vistas a generar en las elecciones presidenciales de 1976 un nuevo Gobierno Popular y Revolucionario que continúe la obra que le ha correspondido iniciar al que ha encabezado el compañero Salvador Allende... Los dos años de Gobierno Popular han demostrado ante el mundo que en Chile impera el Estado de Derecho, hay amplias libertades públicas, el sistema electoral funciona con toda normalidad y hay más democracia que ayer”.

Los socialistas, por su parte, se siguen inclinando por la estrategia del poder dual y su análisis pone de relieve, a través de Carlos Altamirano, la tarea de crear un “poder popular” que permita enfrentar con éxito la batalla decisiva para superar la “institucionalidad burguesa”:

“El control determinante de la economía por la clase obrera y el surgimiento de la base del poder popular que progresivamente debe ir asumiendo mayores responsabilidades, hará variar favorablemente la correlación de fuerzas, generando las condiciones para enfrentar con éxito la batalla decisiva de la superación de la institucionalidad burguesa por la del nuevo estado popular”.

El mencionado informe al Pleno comunista de fines de marzo, pondrá toda la fuerza de la argumentación en la necesidad de resolver las discrepancias de línea política que, para el PC, se prolongan por años de modo inaceptable e impiden aplicar consecuentemente el programa:

“Hablando francamente, en la acción del gobierno hay situaciones que no pueden prolongarse más. No es posible que todavía se observen dos o más orientaciones, dos o más líneas respecto a la forma de encarar cuestiones vitales referentes, por ejemplo, a la conformación de las diversas áreas de propiedad o al problema de la distribución. Y tanto más intolerable es que no siempre se cumplan las resoluciones adoptadas en conjunto o las decisiones de los jefes superiores”

La oposición de derecha saca también sus cuentas. Un alto dirigente empresarial ha publicado un informe elaborado para la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA) sobre las elecciones, cuya conclusión es que la elevada votación de la UP impide remover el gobierno por los métodos legales. Habrá que organizar un levantamiento social. En una editorial publicada el 10 de marzo *El Mercurio* postula en consecuencia que la oposición debe impulsar “*la lucha de masas desde la base social*” y que los partidos de derecha deben tener en ella una “*presencia permanente*”:

“Independientemente de la forma en que se estructure la oposición, sus métodos de acción deberán apoyarse, a todas luces, con mayor fuerza en las bases de la sociedad que en los clásicos instrumentos asambleístas y de propaganda general pertenecientes a los partidos tradicionales. Las juntas de vecinos, los centros de madres, las cooperativas, los sindicatos y demás organizaciones gremiales requieren la presencia permanente –y no reducida solamente a las campañas electorales– de quienes representan las grandes corrientes de la opinión pública [...] De la unión explícita o implícita de los sectores de la oposición puede surgir una acción concreta en el centro de trabajo, el barrio y los puntos de avituallamiento que sirva de contrapeso a la dictadura que los marxistas están ejerciendo en la base. No basta con que los sectores democráticos lleguen al público a través de los grandes medios de información; deben ligarse a la masa [...] nuestra democracia no podrá salvarse a menos que parta de una convicción íntima que surja en el seno de las organizaciones de base”

Sensible al tipo de desafíos que así plantea la derecha, el MIR lanza en abril una campaña de agitación en los barrios industriales de Santiago y es acompañado por sectores socialistas y mapucistas. Allende condena la iniciativa considerándola una “provocación”. Clotario Blest, desde su solitaria posición, siempre crítico pero inquieto por la división que ve venir al interior de las fuerzas de izquierda, declara: “*Todo debe sacrificarse a la unidad*”.

En la dirigencia política de oposición, el PN adopta una estrategia de aceleración de la crisis. La vía electoral, según ha quedado demostrado, no es la apta para desplazar al gobierno de la UP. Se trata entonces de apurar los tiempos y resolver el aparente empate social lo más rápido posible. La presión derechista se hará intensa sobre las FFAA y la DC para dar un golpe militar. La DC, en cambio, resuelve mantenerse dentro de la línea institucional, se propone derrotar políticamente al gobierno y, en la hipótesis de la continuidad de éste, abrir caminos para triunfar en las elecciones de 1976.

Complica un cuadro político cruzado de conflictos y cargado de tensión social la decisión de los comandantes en jefe de las FFAA, encabezados por Prats, de retirarse del gobierno. Allende intenta retenerlos pero los socialistas objetan su criterio. Finalmente los militares se retiran y Allende designa un nuevo gabinete, pero ha perdido una pieza fundamental, como recuerda Gazmuri:

“En la visión nuestra, y mía en particular, teníamos claro que desde el comienzo había sectores golpistas en las fuerzas armadas y que la derecha iba a optar básicamente por esa estrategia, y entendimos que la disputa por el liderazgo militar existente era fundamental: de ahí nuestra política hacia Prats y las fuerzas armadas. Ahora, esa visión, si se concretaba, hacía posible el escenario de la guerra civil, porque si había un alzamiento militar encontraría resistencia en fuerzas militares leales al gobierno constitucional”

Dos temas alimentan las ya irreconciliables diferencias gobierno-oposición en los meses siguientes: uno, un proyecto educativo del gobierno, denominado Escuela Nacional Unificada (ENU), que por su carga ideológica suscita fuerte rechazo no sólo de las fuerzas políticas opositoras sino de los estudiantes de enseñanza media, donde la DC y el PN tienen representación y, además, inquietudes de la Iglesia Católica y las FFAA. El presidente

resuelve retirar la iniciativa. El segundo tema es, una vez más, el APS. La cuestión adquiere nueva fuerza cuando el gobierno decide dictar los llamados “decretos de insistencia” para forzar al Contralor a tomar razón de las resoluciones que incorporan al APS cuarenta y cinco empresas tomadas por los trabajadores durante el “paro de octubre”. El conflicto induce a la oposición a rechazar los vetos del ejecutivo al proyecto en trámite en el Congreso suscitando un conflicto de interpretación constitucional. La oposición se moviliza fuertemente en las calles. Un estudioso que vivió aquel período, Luis Corvalán Márquez, resume la situación como de enfrentamiento y violencia crecientes:

“Las manifestaciones opositoras alcanzaron un grado particularmente violento el día 26. Entonces el centro de Santiago, acostumbrado a la presencia de masas estudiantiles de ánimos exaltados, se vio sacudido por intensos enfrentamientos entre manifestantes y carabineros. En los días anteriores habían sido asaltados por desconocidos los locales de los periódicos “Puro Chile” y “Última Hora”, ambos identificados con la izquierda. El 27 de abril los choques entre estudiantes y policías se repitieron con igual violencia en Valparaíso. Luchas callejeras similares, o entre partidarios de la izquierda y la oposición, tuvieron lugar en distintas provincias. El cuadro político se polarizaba agudamente y el ingrediente de la violencia se hacía cotidiano”.

La izquierda intenta entonces retomar la iniciativa. Levanta la consigna de evitar la guerra civil y Allende, apoyado especialmente por los partidos Comunista, Radical y Mapu OC, insiste en la necesidad del diálogo con la DC. La oposición de derecha por su parte, cierra la perspectiva de las elecciones presidenciales de 1976. El PN y Patria y Libertad entienden que el tema del poder debe ser resuelto de inmediato.

Cinco años más tarde, en el informe al Pleno del PC de agosto de 1977, Luis Corvalán registra las discusiones sobre la necesidad “armar al pueblo”, generadas en la izquierda en el quinquenio posterior al golpe, respecto de este momento crucial:

“Algunos piensan que la consigna de “No a la guerra civil” fue equivocada o debió ser retirada en algún momento porque, a su juicio, desarmaba al pueblo. Se suele afirmar que, después de las elecciones de marzo de 1973, cuando, vale la pena repetirlo, la reacción enfilaba rumbos hacia el golpe, el movimiento popular debió cambiar de táctica y prepararse para pasar a la otra vía o, más aún, pasar sin más demora ni preparación al enfrentamiento armado, tomando la iniciativa. Por último, no faltan quienes estiman que el día 11 de septiembre debió presentarse resistencia armada de masas en contra de los fascistas. Estas opiniones existen, en mayor o menor medida, en algunos militantes de la Unidad Popular y en algunos de nuestros compañeros. Existen también en ciertos analistas de la experiencia chilena que tienen o no filiación comunista”.

En la DC ocurre entonces un cambio trascendente. El sector más opositor levanta la candidatura de Patricio Aylwin para presidente del partido y postula un endurecimiento mayor frente al gobierno. Aylwin es elegido, sin contendor. Su juicio sobre la necesidad de oponerse al gobierno es terminante: “estamos frente a un régimen que va al totalitarismo estatista, cuyos métodos son pronunciadamente stalinistas”. El ex presidente Eduardo Frei Montalva, por su parte, recientemente electo senador por Santiago con una alta votación, acepta ser postulado para presidir el Senado. Gazmuri recuerda una DC con “dos almas”:

“En la DC hubo dos líneas. Bernardo Leighton siempre estuvo por el entendimiento, Frei siempre estuvo por la confrontación. Era una DC con dos almas, en unos momentos dominaba una y en otros momentos dominaba la otra”.

Cuestiones constitucionales y políticas monopolizan los conflictos del mes de mayo. Pero un hecho de consecuencias mayores ha comenzado a incubarse desde abril y adquirirá fuerza creciente. En virtud de una interpretación particular de la ley de reajuste salarial de los

trabajadores recientemente aprobada, los sindicatos del mineral El Teniente sostienen que tienen derecho a un 41% adicional de aumento. El gobierno rechaza la pretensión, que quiebra su política salarial y antinflacionaria, y resuelve no ceder ante la demanda. Así informa Kalfon de este acontecimiento:

“Los obreros del cobre han sido, en todas las épocas, los mejor pagados de Chile. Después de la nacionalización, sus salarios siguieron siendo superiores a los de la media, pero los ejecutivos y el personal administrativo tuvieron que aceptar a regañadientes cobrar su sueldo a partir de ese momento en dinero chileno y no en dólares. La huelga iniciada en la mina El Teniente, al sur de Santiago, dura ya tres semanas, y no son los obreros (unos ocho mil), de los cuales un cierto número ha vuelto al trabajo ---los más decididos--- sino el personal dirigente y administrativo (unas cinco mil personas) quien reclama, además de una subida general de salarios consentida por el Gobierno, un suplemento del 41% con efecto retroactivo desde octubre de 1972”.

En torno a la huelga de El Teniente, iniciada entonces, la oposición intenta regenerar las condiciones de movilización de octubre de 1972. No lo logra, particularmente por la renuencia de los sindicatos de los otros grandes minerales a solidarizar con los huelguistas. Por otra parte, la política del gobierno moviliza a los trabajadores mismos para desautorizar a los promotores del paro, objetivo que se logra en buena medida y un alto porcentaje de trabajadores, especialmente de los sindicatos obreros, se reintegran al trabajo. Pero para impedir la ruptura del paro los huelguistas desarrollan sabotajes y actos terroristas. Dos ministros, Luis Figueroa, de Trabajo, y Sergio Bitar, nombrado hacía sólo dos meses en Minería, son acusados constitucionalmente y deben dejar sus cargos. Figueroa retorna a la presidencia de la CUT. Ya antes había sido acusado Orlando Millas, Ministro de Economía, pero la DC se había negado a aprobar la acusación, haciéndola fracasar. En su libelo la derecha ha querido involucrar al general de la FACH Alberto Bachelet, quien dirige el aparato estatal encargado de la distribución de alimentos y que, meses más tarde, morirá encarcelado por la dictadura.

La situación termina de agravarse cuando el Tribunal Constitucional se declara incompetente para dirimir las diferencias entre el ejecutivo y el Congreso, diferencias que el presidente ha sometido a su conocimiento. Previamente la mayoría parlamentaria de oposición ha advertido al Tribunal que, si se pronuncia, su fallo será considerado nulo y no será reconocido. Allende decide entonces proponer a la UP la convocatoria a un plebiscito. Todos los partidos rechazan la iniciativa presidencial.

El 25 de mayo, en medio del júbilo popular, llega a su fin la larga dictadura militar argentina y asume el candidato peronista victorioso en las elecciones de marzo, Héctor Cámpora. Acompañado, entre otros, por Luis Figueroa, Salvador Allende asiste a la transmisión del mando y firma como “testigo” el acta constitucional de asunción del nuevo mandatario, hecho completamente inusual para los hábitos institucionales de la Argentina que indica las cercanías que están adquiriendo los procesos populares en ambos países. El prestigio político y moral de Allende trasciende ya largamente las fronteras del país.

La huelga de mineros de El Teniente sigue adelante, con oscilaciones en el reintegro de trabajadores a las faenas. Los sindicatos se hallan divididos entre los partidarios del gobierno --socialistas, comunistas y radicales--- y los opositores que sostienen la huelga con apoyo de la DC y la derecha. Los acontecimientos se agravan cuando el 14 de junio una columna de mineros provenientes de Rancagua fuerza su entrada a Santiago sobrepasando a la policía. Al día siguiente la CUT llama a salir a la calle para “enfrentar la sedición”. El 15 de junio, durante toda la jornada, hay choques entre partidarios y opositores al gobierno. El saldo final

será de un muerto y 76 heridos, dos de ellos a bala. El conflicto de El Teniente se prolonga todo el mes de junio, como manifestación de la oposición frontal al gobierno. Bitar ve en él una lucha decisiva entre quienes quieren derrocar el gobierno y quienes lo defienden:

“desde sus primeras etapas el conflicto se trasladó desde el campo reivindicativo al plano político, transformándose en sus fases ulteriores en una pugna entre quienes procuraban defender la estabilidad del gobierno y quienes, de manera más o menos encubierta o consciente, jugaban a crear las condiciones para derrocarlo. En esa fase final, los trabajadores del cobre dejaron de ser los protagonistas únicos o siquiera los principales. Un amplio sector de obreros de El Teniente, respaldados por la cúpula de movimiento sindical chileno, otorgaron prioridad a la defensa del gobierno, cuya permanencia consideraban, no sin fundamento, severamente amenazada”.

A propósito de la huelga de El Teniente se produce, por primera vez, una discrepancia pública entre el presidente Allende y los partidos socialista y comunista, que critican al presidente por recibir a una delegación de los huelguistas. En esos días la situación económica es crítica. La inflación alcanza un 238% anual, la más alta del mundo. Los partidarios del gobierno reclaman “mano dura” y Allende parece acoger el clamor. Ante una inserción del PN en *El Mercurio* que sostiene que el presidente está inhabilitado para ejercer sus funciones, procede a la clausura del diario por diez días, solicita a los tribunales la detención de la directiva del PN y la declaración de ilegalidad del Movimiento Patria y Libertad.

En el contexto de enfrentamiento sin salida que se vive esos días de junio de 1973, el general Prats propone a Allende y a los partidos de la UP una “tregua política” que instaure un acuerdo con la oposición por un año o año y medio y evite el golpe de estado, que ve inminente. Discute entonces un “programa de emergencia económica” elaborado por los ministros C. Almeyda y Fernando Flores, ambos de fluida relación con el general, que resuelve las indefiniciones del APS y los problemas más acuciantes de la política económica. El PS y el Mapu, recuerda Prats, se muestran reticentes, el PC, el Mapu (OC) y el PR más comprensivos y Allende comparte la estrategia. El testimonio de Prats respecto de las conversaciones durante la segunda semana de junio sostiene dramáticamente que la alternativa es ya tregua política o dictadura:

“Altamirano [...] estima que las FFAA deben definirse en el actual proceso que vive el país, incorporándose a la causa del pueblo [...] Que debe entenderse que el PS quiere que el actual proceso se encauce por la “vía legal”, y que la diferencia con otras colectividades de gobierno está en que ellos no aceptan transacciones, con las que sólo se consigue fortalecer a la oposición [...] Discuto la tesis de Altamirano, exponiendo las dificultades reales que ofrece su teoría. En primer lugar, le pido comprender que en las FFAA se siente una adversión ancestral por el marxismo y que los problemas básicos que vive el pueblo –no debiendo limitarse el concepto de “pueblo” a los adherentes de la UP– eran los económicos. Ellos debían resolverse con criterio pragmático y no ideológico [...] La tarde del viernes 8 de junio, sostengo una entrevista con los dirigentes del MAPU –Gazmuri, Flores, Correa– y les expreso que la situación del país tiene ya sólo dos alternativas: la dictadura o la tregua política [...] Los tres están de acuerdo en que la salida razonable es la tregua, pero señalan que es muy difícil que la acepte el sector derechista de la DC y el sector duro de la UP. Esa misma noche del viernes invito a comer a los senadores Corvalán y Teitelboim, al ministro Millas y a Hugo Díaz, todos del Partido Comunista. Les expongo la misma tesis planteada a los dirigentes del MAPU y expresan iguales reservas que estos [...] No estiman factible un llamado a la oposición, que desorientaría a las bases populares y fortalecería la reacción [...] A mediodía del mismo sábado 9, informo al Presidente Allende de las reticencias que he encontrado en los partidos [...] Esa noche como en casa del dirigente radical Arcalaús Coronel y planteo a Anselmo Sule y demás dirigentes de esta corriente política, el mismo criterio de solución para el conflicto. En este caso, encuentro aceptación para la idea de la “tregua política”.”

Prats reconoce la “*gran sensación de angustia*” que le provoca el paso del tiempo sin soluciones para la urgente crisis que atraviesa el país. Su activa operación política de esos días incluye una formulación conjunta con el ministro Flores de los puntos principales del programa de emergencia económica a ofrecer a la oposición: mecánica de abastecimiento reforzada con especialistas de las FFAA; definición de las áreas de la economía; redistribución presupuestaria equitativa; incentivos para la producción; adecuación del comercio exterior que alivie el déficit de divisas; decisión imparcial para eliminar el libertinaje de los medios de comunicación. El programa es amplio y ambicioso, Prats habla incluso con Bernardo Leighton de la DC, pero al final la iniciativa fracasa:

“A mediodía del lunes 18 de junio, el Presidente me recibe en compañía del Ministro Flores. Lo informo de las impresiones que he recogido desde nuestra última conversación del jueves. Me manifiesta que la UP rechaza la “tregua política”.”

Pero en realidad el enfrentamiento político de esos días es más complejo que el conflicto en la legalidad constitucional evocado por el general Prats. La “*transición al socialismo*”, interpretan Salazar y Pinto, maniatada por la “*jaula liberal*” que es la Constitución de 1925, ha llegado a un punto en que la agitación de masas no influye sobre la legalidad vigente. En otros términos, el “*poder popular*” construido desde abajo no logra “*dialogar en serio con los representantes leales a la “legitimidad” constitucional*”. La lucha de masas entonces se transforma en una batalla por el control de las calles de la capital, “*como si el poder sobre el espacio hubiera sustituido*” al “*poder real*”. Había algo absurdo en todo eso, dicen Salazar y Pinto, y las masas populares se daban cuenta de ello, tenían la sensación de que el problema no estaba en el pueblo sino en las autoridades que decían representarlo, que frenaban el avance justamente por estar “*amarradas al Congreso y a la Constitución*”. Hernán Ortega, socialista, presidente del Cordón Cerrillos testimonia en junio de 1973 sobre este sentimiento popular difuso de que se requiere otra política:

“Cuando no se ha querido escuchar el planteamiento de las bases laborales, es lógico que surja el espontaneísmo. No se ha confiado en lo que nosotros creemos y que es el principal de los poderes para el gobierno, que es el poder de las masas [...] La clase obrera comienza a darse cuenta de que necesita organización que le permita pasar a jugar el papel que le corresponde en el desarrollo del proceso, que es el papel de conductor [...] Surgen los cordones industriales [...] La necesidad de unificar criterios en un sector territorial de trabajadores, de impulsar los Comandos Comunales para que puedan dar la oportunidad para que esa unidad con los aliados de clase se dé.”

Entre “espontaneísmo” y “constitucionalismo” la UP deberá enfrentar la ofensiva final en su contra.

LA OFENSIVA GOLPISTA FINAL: LA IZQUIERDA A LA DEFENSIVA.

La tensión que atraviesa a la sociedad chilena alcanza con fuerza inusitada a las FFAA. Territorio en disputa entre la línea institucional sostenida por el gobierno y encarnada en el general Prats y la línea golpista sustentada por la derecha y varios altos oficiales en servicio activo, las FFAA enfrentan dos hechos graves a fines de junio. Registra Joan Garcés un “*operativo curioso*” montado por la derecha el 27 de Junio:

“Ese día, en plena vía pública, el comandante en jefe del Ejército ---general Prats--- es agredido por un grupo derechista, que usa como provocadora a una mujer. Se producen incidentes, en que se veja groseramente a Prats, y éste reacciona poniendo su cargo a disposición del Jefe del Estado...”

Allende rechaza la renuncia de Prats. El 29 de junio, alentado por un grupo de dirigentes de Patria y Libertad, que luego de lo hechos se asilan en la embajada ecuatoriana, un destacamento del Regimiento Blindado Nro. 2 del ejército, al mando de un coronel, ataca La Moneda e intenta apoderarse de ella. La tentativa subversiva, conocida como “el tancazo” por la destacada utilización de tanques en la operación, es abortado gracias a la acción decidida del general Prats. El dramático momento es registrado así, en el pormenorizado relato que contienen las memorias de Prats:

“Decido avanzar, entonces... Nos encaminamos resueltamente hacia el tanque más próximo, ubicado cerca de la esquina de Teatinos con la Avenida Bernardo O Higgins. El comandante del tanque nos apunta con su ametralladora, pero no dispara. Le ordeno bajar e identificarse, y le digo que debe cumplir mis órdenes y que se entregue a la Escuela de Suboficiales. Sucesivamente repito mi gesto con otros tanques y carros de combate, ubicados en el lado sur de La Moneda.”

La reacción de las fuerzas políticas y sociales que apoyan al gobierno es inmediata. La CUT llama a la ocupación de las fábricas y lugares de trabajo, las organizaciones estudiantiles en manos de la izquierda se movilizan y algunas de las nuevas formaciones del llamado “poder popular” intentan responder tomando el control de las zonas en que están implantadas. Pero, salvo por la acción de los sindicatos más poderosos que dan a la CUT un rol clave, la defensa así organizada no logra el objetivo político de poner en acción una fuerza capaz de parar por sí sola la conjura. Pastrana y Threlfall registran los acontecimientos del “tancazo” desde una mirada cercana a la izquierda que está en el “poder popular” y reconocen que la acción definitoria viene del alto mando del ejército.:

“la CUT lanzó un llamado a todos los trabajadores a tomar las fábricas, poniéndose así otra vez a la cabeza del movimiento obrero y llenando el vacío de conducción que los Cordones y los Comandos habían comenzado a copar. Al asumir otra vez el papel de conductor, la CUT afianza su control sobre la situación y de hecho les roba viento a las velas de las direcciones políticas que querían proponer tareas más avanzadas a las masas, para dar una respuesta más fuerte a la burguesía. En casi todos los sectores, iniciativas tales como la de realizar ocupaciones de calles, de puestos de abastecimiento o de combustible y otros lugares estratégicos de la comuna no se generalizaron. En una comuna de Santiago se produce la toma de la Municipalidad, pero el nivel de la respuesta popular general no da para que se mantenga en manos de los pobladores y se devuelve al fin del día, una vez aplastada la sublevación por el Alto Mando del Ejército”

Al mediodía se reúne en La Moneda el Consejo Superior de Seguridad Nacional, órgano del que forman parte los cuatro comandantes en jefe de las FFAA y de Orden. Orlando Millas, Ministro de Economía, sentado al lado del general Prats, Ministro de Defensa, recuerda percibir en la intervención del presidente la decisión de luchar hasta el final:

“Allende pasó revista a lo sucedido... Hizo referencia a que el pueblo enfrentaría cualquier ejercicio de la violencia de la reacción y agregó, remarcando el tono, que él, como Presidente de la República, no entregaría el mando y si era necesario sacrificaría sin vacilaciones su vida defendiendo el ejercicio democrático de la jefatura del Estado.”

Terminada la sesión Millas dialoga con Allende, quien revela una conciencia aguda de la situación política:

“Les amenacé con la violencia del pueblo, porque no podía dejar de hacerlo; pero, ésta no tiene posibilidad alguna de otra cosa que sucumbir en un baño de sangre. Creo que es una amenaza más fuerte para ellos el de que para sacarme de aquí tendrían que matarme”.

Ese 29 de junio, a pesar del fracaso del alzamiento que no tiene eco en otras unidades armadas, la multitud allendista insta al presidente en la Plaza de la Constitución a adoptar medidas severas al grito de “*a cerrar, a cerrar, el Congreso Nacional*”. Acompañado por dirigentes de la CUT y de la UP, Allende habla desde uno de los balcones, desecha ese camino y revive su iniciativa de convocar a un plebiscito. Alain Touraine anotará en su diario tres semanas después que los aires que priman son los de un “*movimiento revolucionario*”:

“La corriente que atraviesa la vida política chilena no es ya la del nacionalismo sino la del poder popular. Siempre que, desde hace un año, la derecha lanza un ataque, ya sea económico, político o militar, la reacción popular excede en mucho la resistencia al ataque y marca un progreso decisivo en la formación de un movimiento revolucionario”.

Pero, un hecho nuevo de proyecciones incalculables ha ocurrido. Un sector de las FFAA, aunque pequeño, ha roto su deber de obediencia a la autoridad civil e intentado un golpe de Estado. El impacto del “*tacnazo*” ha sido enorme y sus “*ramificaciones en las guarniciones de provincias son vastas*”, señala Garcés:

“El 30 de junio, el 1 y el 2 de julio son de inquietud para el Alto Mando y el Gobierno. Se teme el levantamiento inmediato de algunos regimientos como los de Antofagasta, Linares, Temuco, Valdivia, Osorno e, inclusive, Concepción. Semanas después, se supo que ese 29 de junio, antes de conocer el desenlace del putsch en Santiago, la oficialidad de varios buques de guerra en alta mar había arengado a los marinos contra el Gobierno. Y se sospechó que la Aviación había estado simplemente expectante, dispuesta a sumarse a la insurrección su ello no implicaba mayores riesgos”.

La ofensiva final contra el gobierno de la UP recurre en este tiempo a todo su arsenal con el fin de superar las dificultades para poner las FFAA de su lado. La intervención extranjera, documentada por informes del senado norteamericano años más tarde, tuvo a las FFAA chilenas como objetivo prioritario durante todo el gobierno de Allende. La conclusión de uno de los informes expresa:

“Las operaciones de recolección de inteligencia de la CIA entre los militares chilenos incluyeron actividades que iban más allá de la simple recolección de información. En general, esas actividades deben ser vistas en el contexto de la oposición, pública y clandestina, de los Estados Unidos al gobierno de Allende. Pusieron a los Estados Unidos en contacto con los chilenos que buscaban una alternativa militar a la presidencia de Allende”.

La UP y el propio presidente tienen conciencia de la importancia clave de las FFAA para una eventual salida democrática de la crisis. El PC es cauto y su tendencia es a apoyar a Allende en su manejo frente a ellas. El MIR plantea una política que diferencie entre las clases y soldados y los oficiales, con miras a fortalecer el bando “*leal*”. El presidente apuesta a su posición institucional, a lograr la obediencia militar y, al mismo tiempo, a fortalecer al sector constitucionalista dentro de las instituciones armadas. El PS propone políticas más audaces pero riesgosas. En palabras de Carlos Altamirano, parece posible sumar la fuerza de los militares constitucionalistas y la de la UP, con un componente militar propio:

“Mi plan comprendía tres niveles, tres políticas diversas y concurrentes. Una, organizar al pueblo, crearle una gran conciencia del momento crucial por el que transitaba, dotarlo de una poderosa voluntad de lucha, desarrollarle un irrevocable espíritu de resistencia. Dos, una política dentro de las Fuerzas Armadas destinada a lograr, en caso de golpe militar, el apoyo del mayor número posible de oficiales y unidades militares al gobierno constitucional. Y tres, la formación de cuadros político-militares capaces de coordinar esta necesaria e imprescindible alianza entre las unidades constitucionalistas y el pueblo”.

Pero no parece haber condiciones en la izquierda para una discusión racional de las diversas alternativas de estrategia. Jaime Gazmuri reconstituye el cuadro general con la sensación de una UP “desconcentrada y muy dividida”. Por una parte, dice, hay quienes plantean “preparar la defensa popular del gobierno” y avanzar más rápido en las reformas. Son la dirección socialista, el Mapu y el MIR. Otra línea, agrega, “la nuestra, la del sector socialista encabezado por Almeyda, la del PC y la del propio Presidente”, trata de “consolidar” el proceso y busca un “acuerdo político” con la DC y los militares. Pero para la mayoría de los socialistas esa posibilidad no existe. La reflexión de Altamirano años después concluye que esa línea sólo generaría “indefensión frente al golpe”:

“la desmovilización del pueblo y la desactivación de los cordones industriales implicaba quedar absolutamente indefensos frente al golpe, como en cierta medida ocurrió. La llamada consolidación fue objetivamente imposible, puesto que ella se intentó en los tres diálogos con la DC”.

En todo caso, en 1973 ya los partidos de la UP han desarrollado algunos programas destinados a disponer de, al menos, una fuerza defensiva capaz de brindar una mínima protección armada al gobierno. El siguiente es el recuento de Altamirano sobre el llamado “aparato armado” del PS:

“[Eran] más o menos, mil a mil quinientos hombres, con armas livianas como se dice en lenguaje militar, que jamás podrían enfrentar a un ejército regular [...] No era tan poco si se hubieran coordinado con el aparato militar del MIR que supuestamente era bastante más importante que el nuestro, con el del PC que también era mayor, y con los que tenían el MAPU y la Izquierda Cristiana.”

El presidente, además, había enviado al inicio de su gobierno una propuesta legislativa al Congreso para crear el Departamento de Seguridad de la Presidencia y constituir un pequeño destacamento de civiles armados con propósitos de protección presidencial. Este destacamento pasa a ser conocido por la sigla GAP (grupo de amigos personales) en alusión a una expresión usada ocasionalmente por Allende para referirse a él. Conformado inicialmente durante la campaña presidencial por miembros del MIR, se le suman militantes del PS provenientes del sector de los “elenos”. En el tiempo y sucesivamente se incorporan al GAP nuevos contingentes socialistas. El último es el que participará en el combate final en La Moneda. Luego del asesinato del general Schneider en 1970, Allende había acelerado la formalización de la “escolta”. Miria Contreras (“Payita”) secretaria privada del presidente recuerda que el impacto que provocó este asesinato

“fue determinante en el espíritu de Salvador Allende, quien privada y públicamente afirmó que las balas que habían cegado la vida del soldado estaban destinadas a él”.

“Payita” es, según quienes la conocieron de cerca, una mujer muy querida por el presidente, dotada de una rara sensibilidad e inteligencia para la acción política discreta. Su rol mediador en las complejas interacciones del entorno presidencial fue, junto al de Beatriz Allende (“Tati”), hija del presidente, decisivo y reconocido por todos. Jaime Suárez, por ejemplo, ministro entonces e integrante por años del más estrecho círculo allendista, allega el siguiente retrato de Miria Contreras:

“Miria Contreras tenía una interesante hermosura. Con una sonrisa cálida, inteligente e intuitiva, otorgaba a su expresión la tranquilidad de un remanso con algo de hechizo, de encanto [...] Allende tenía una inconfundible actitud de adolescente. Aunque jamás fui confidente de él respecto de asuntos tan personales, bastaba observarlo un segundo para constatar el impacto que le causaba “Payita”. Aprendí a quererla en el trabajo, en la lealtad, en la dedicación, en la generosa plenitud con que asumió todas las exigencias del Gobierno de la UP. Mujer de alma fuerte, fue objeto de toda la ira de

una derecha soez y agresiva [...] persona vital en ese mundo que se desarrolló durante la campaña y después en el Gobierno, pero, ajena a la cámara, al flash, a la figuración”.

La aspiración político estratégica de Allende en la dura fase que enfrenta su gobierno a fines de junio de 1973 es lograr la convivencia y acción convergente de la base social organizada con las FFAA, con el objeto de enfrentar eventuales intentonas golpistas. Eduardo Rojas, vicepresidente de la CUT, recuerda la reunión convocada por el presidente en su residencia de Tomás Moro en que dialogan la directiva de la CUT con los generales Prats y, su segundo, Augusto Pinochet, luego del “tancazo”:

“Esta conversación, con un Prats rigurosamente formal y respetuoso de sus interlocutores y un Pinochet inexpresivo, hierático, vestido de combate (boina, botas, arma), duró una hora, por lo menos. La introdujo Allende con una cuidadosa explicación de por qué estábamos allí los que estábamos. Luego Luis Figueroa explicó [...] el plan de acción de la CUT [...] Pinochet, silencioso y en actitud de rígida concentración, asentía con movimientos de cabeza ante todo lo que escuchaba. Manifestó estar muy de acuerdo, incluso propuso un operativo de seguridad.”

Para llevar adelante su iniciativa plebiscitaria Allende propone dialogar con la DC. Tanto el plebiscito como el diálogo encuentran obstáculos en los partidos de gobierno, el primero porque ya todos, salvo en su momento el PS, se habían manifestado contrarios, el diálogo porque para un sector de la UP, en el que adopta las posiciones más radicales el Mapu, había mostrado inutilidad y estaba condenado al fracaso. Allende también solicita al Congreso la declaración de estado de sitio. Su propuesta es rechazada por la derecha y la DC. El diputado comunista Jorge Insunza declara entonces que ha quedado en evidencia el “*complot sedicioso*” en marcha:

“la actitud asumida por los partidos de oposición en el Parlamento refleja que son muchos los personeros de los partidos políticos reaccionarios que tienen las manos metidas hasta el codo en el complot sedicioso que intenta desencadenar la guerra civil en nuestra patria”.

Si en el gobierno y en las cúpulas partidarias no hay consenso para la estrategia a seguir frente a la ofensiva opositora, la división política también alcanza al movimiento social, particularmente a los trabajadores. Los desarrollos experimentados por los “cordones industriales” plantean un desafío inédito a la organización sindical centralizada por la CUT y dirigida por partidarios de la UP. La pregunta que estos se plantean insistentemente es cómo coordinar su dirección con la que surge de los cordones y, a su vez, entre los sindicalistas que se integran a las nuevas formas del “poder popular” los interrogantes se dirigen los modos de preservar la autonomía y fuerza de base que está surgiendo. Arturo Martínez, entonces presidente del sindicato de Alusa, integrante del Cordón Vicuña Mackenna y militante del Mapu, más tarde socialista y presidente de la CUT a fines del siglo, sostendrá que lo fundamental es potenciar la autonomía de las organizaciones de base para desde allí transformar la estructura de la CUT:

“Nosotros reconocemos a la CUT como el organismo máximo de los trabajadores, pero hay que dejar también en claro que ella se ha quedado atrás en la lucha de clase y que en momentos ha sido rebasada su dirección justamente dentro de los cordones industriales. Pero hoy la CUT se ha dado cuenta de eso y reconoce a los cordones industriales. Nosotros pensamos que estos a su vez deben reconocer a la CUT como organismo máximo, pero que deben darse una organización autónoma, elegida por la bases y su dirección debe ser la asamblea de delegados asistentes al cordón. Pensamos que con la integración a la CUT le estamos acarreado un gran contingente de trabajadores, ya que ella tenía un poco abandonados a ciertos sindicatos, sobre todo a ciertos sindicatos profesionales que ahora están integrados a los cordones. Lo mismo ocurre con ciertos sindicatos pequeños. La CUT debe transformar

su estructura porque realmente no está de acuerdo con las nuevas tareas del movimiento sindical chileno.”

Efectivamente durante este tiempo la CUT, si bien previene contra la tendencia al “*paralelismo y división sindical*” que percibe en los “cordones”, está realizando un esfuerzo por adaptar su estructura y su política a las nuevas realidades que implican estos y las nuevas formas de “poder popular” vinculadas. Ha propuesto así avanzar en la idea de los “Comités de Vigilancia” destinados a la movilización obrera para preservar la producción de posibles acciones de sabotaje y ha abierto canales con los nuevos dirigentes, que surgen de los “cordones”. Desde una perspectiva que merecería objeciones por el PC, expresa esta apertura el testimonio de Manuel Dinamarca, sindicalista del PS que reemplaza en la secretaría general de la central a R. Calderón, mientras este es ministro:

“Los sindicatos deben integrarse TODOS a los cordones industriales, no rompiendo la actual estructura que estos organismos se han dado sino ampliándola y fortaleciéndola. Los cordones industriales son la autoridad local de la CUT. No son organismos paralelos a la CUT, sino aplican las tareas generales de los trabajadores en su sector. A Través de estado de emergencia, hemos logrado establecer una comunicación permanente entre el Consejo Directivo Nacional [de la CUT] y los cordones industriales, y nos hemos planteado la tarea de organizar a los trabajadores en cordones en todas aquellas localidades donde no existen.”

En el mes de julio Allende designa un nuevo gabinete enteramente civil. Su intento de incorporar al democristiano Fernando Castillo Velasco, para facilitar un diálogo con la DC, fracasa por el desacuerdo de la dirección de ese partido. A fines de ese mes Alain Touraine registra ya una crisis económica avanzada:

“Las colas son largas. La del pan sobre todo, pero también la del azúcar, el aceite, el café. La carne de vaca ha desaparecido. No todo falta, pero muchos productos de primera necesidad escasean o no se encuentran. Las JAP, o sus equivalentes, distribuyen alimentos de manera irregular y parcial. Su esfuerzo principal se dirige a las clases más desfavorecidas y más desorganizadas a la vez, a los campamentos en particular. Los precios fijados por el gobierno son generalmente muy bajos, pero al lado de los precios oficiales existen los del mercado negro. Los precios libres suben rápidamente, en especial los de la ropa. La inflación sobrepasa a la hora actual el 1% por día. La producción agrícola ha bajado sensiblemente, en un 20% sobre poco más o menos (sic), tanto para las siembras como para las cosechas. La producción industrial comienza a retroceder; según dicen los economistas, será inferior en un 7% por lo menos a la del año pasado”.

Superando diferencias al interior de la UP entre las posiciones “gradualistas” y “revolucionarias”, se anuncia la devolución a sus propietarios de aquellas empresas tomadas por los trabajadores con motivo del “tancazo” y que no estuvieran en la lista confeccionada del gobierno para integrar el APS. Ésta se convierte nuevamente en centro de tensiones, esta vez por la denuncia de la oposición de que habría reparto de armas en las fábricas tomadas y numerosos “extranjeros” armados. De acuerdo a la ley de control de armas, las FFAA inician los controles consiguientes. Aniceto Rodríguez atribuye devastadores efectos a esta ley, aprobada en medio de fuertes polémicas en el pasado mes de abril:

“De ahí para adelante, los grupos conspirativos en contra del Gobierno actuarían más seguros de su impunidad. De esa manera, el proceso asistía al asedio implacable de la conspiración interna y de la conjura internacional”.

Al promediar julio la violencia y el terrorismo de derecha arrecian. Se recuerda que el día 6 en la capital hay dos atentados dinamiteros, uno de ellos en las antenas de los canales de Televisión Siete y Nueve. Al día siguiente en Iquique es incendiado un local de la CUT. El

peritaje técnico determina que ha sido intencional y se dicta orden de detención contra el jefe territorial de Patria y Libertad. El 15 en la noche hay cuatro atentados en Viña del Mar, que afectan a residencias de oficiales de la Armada. El 16 en Antofagasta es dinamitado el puente ferroviario de la Quebrada Carrizo, por el que circula el tren a Bolivia. Al día siguiente Miguel Enríquez, en un discurso en el Teatro Caupolicán, llama a los soldados a desobedecer las órdenes golpistas:

“los suboficiales y carabineros deberán desobedecer las órdenes de los oficiales golpistas. Y en ese caso, todas las formas de lucha se harán legítimas. Entonces sí que será cierto que los trabajadores, con los soldados, los marineros, aviadores y carabineros, los suboficiales y oficiales antigolpistas tendrán el derecho a construir su propio ejército, el ejército del pueblo”.

Allende resuelve entonces solicitar al cardenal Raúl Silva Henríquez que interponga sus buenos oficios para establecer el diálogo con la DC. Allende había tenido, según señala Aniceto Rodríguez, una relación de respeto con la Iglesia Católica:

“La política constante del gobierno de la UP hacia la Iglesia Católica, fue de reiterado respeto, tanto a la institución como a sus pastores y feligreses. Nunca hubo un solo gesto de Allende, de sus colaboradores o de los partidos que le acompañaban, que haya significado una agresión física o moral. La izquierda de 1970 reiteraba así una política hacia la Iglesia que ya se había manifestado con la misma armonía en 1938, durante el Frente Popular”

En la UP se suscita nuevamente un debate sobre el diálogo y, esta vez, el general Prats es un protagonista, como registra en sus memorias, al describir una reunión el 22 de julio en la cual Altamirano está en contra y Corvalán a favor:

“Concurro al Cañaveral, donde comemos el Presidente, Corvalán, Altamirano y yo. Los que hablamos somos los tres últimos nombrados. El Presidente, con su gran habilidad en el manejo de las situaciones difíciles, se mantiene como espectador. La discusión es agria, porque decido emplearme a fondo. Altamirano sostiene que, aunque comprende la vital necesidad del diálogo, conducirá a un enervamiento del proceso político desarrollado por la UP. Corvalán dice que las circunstancias económicas que vive el país no dejan otra alternativa que la del diálogo, pero que éste tienen que desarrollarse en condiciones de fuerza para la UP. Altamirano expresa que las condiciones de fuerza tenemos que crearlas los Comandantes en Jefe, eliminando a los generales y almirantes abiertamente golpistas. Por mi parte, les expreso que no es culpa de las FF.AA. que se haya llegado a una etapa evidentemente deliberativa dentro de las filas institucionales... Que debe entenderse que las FF.AA. se están sintiendo cercadas por los extremismos y que la eventualidad de un Golpe Militar no sólo va a enervar el proceso político de la UP, sino que lo va a eliminar”.

Allende se inclina, como lo había hecho antes, por el diálogo y recalca tres días después ante el Plenario de Federaciones de la CUT que un enfrentamiento armado, se gane o se pierda, sólo puede causar daño a los trabajadores:

“La guerra civil no pueden desealarla los trabajadores. Serán ellos siempre los que más paguen, aún ganándola. Serán muchas y muchas vidas de trabajadores las que tendrán que sacrificarse para ganar una guerra civil, serán más y más las que tendrán también que apagarse si se pierde una guerra civil”.

El cardenal ha acogido una petición de Allende y ha formulado un llamado al diálogo. El 27 de julio activistas de extrema derecha, según se comprobará posteriormente, asesinan en su casa al Edecán Naval del presidente, comandante Arturo Araya Peters, generando aún más tensión en el dramático cuadro político y social. El Director General de Investigaciones Alfredo Joignant testimonia el momento en que llegó a la casa del oficial asesinado y registra la conmoción causada en el presidente Allende, allí presente en persona:

“cuando llegué vi una imagen que me impactó: el Presidente Allende, con una corona blanca de médico y casi a caballo del cuerpo del comandante Araya, le hacía masajes en el corazón. Lo rodeaban otros médicos del hospital. Me quedé petrificado. De pronto, Allende se paró y con lágrimas en los ojos dijo mirando a los médicos: “Señores, el comandante Araya ha muerto. ¡Este es el fascismo!”

El llamado al diálogo del cardenal es recibido positivamente por el PC, el PR, el Mapu OC y la IC, mientras el PS se opone y, desde fuera de la UP, el MIR acusa al presidente de capitular. La DC se manifiesta disponible y reitera dos puntos que estima básico que el gobierno resuelva: la disolución de los grupos armados y la devolución de las empresas indebidamente ocupadas. Allende propone ocho puntos para las conversaciones e invita a la DC a La Moneda. Ésta acepta y la reunión se produce el 30 de julio. Días antes, la derecha proclama su oposición al diálogo y deja en claro que busca una salida golpista. Los transportistas declaran nuevamente un paro nacional, mientras los actos terroristas se multiplican. Edgardo Enríquez, entonces Ministro de Educación, recuerda en sus memorias la decisión de sus hijos Miguel y Edgardo y de la dirección del MIR de enfrentar en el terreno de la lucha armada la acción emprendida por los camioneros:

“Mis hijos y el MIR, sin autorización del Presidente ni del General Prats fueron una noche a una de las grandes concentraciones de camiones que estaban obstruyendo el paso en la Longitudinal Sur, y sin decir ni advertir nada, empezaron a lanzar cartuchos de dinamita con la mecha encendida contra los camiones que, sin chofer, estaban obstruyendo el camino. Los camioneros reaccionaron y atacaron a los miristas, pero éstos estaban armados y repelieron el ataque [...] Cuando ya habían volado varios camiones, los choferes en huelga corrieron a sus vehículos, les conectaron los cables del distribuidor y otras fallas que voluntariamente ellos mismos les habían provocado para que las fuerzas del Gobierno no pudieran llevarlos a otros lugares, y corrieron velozmente en una desesperada huida. El camino quedó permeable antes de una hora [...] Miguel informó de todo esto al Presidente, quien se lo agradeció, pero le prohibió repetir su acción en otras partes. No quiero violencias ni muertos, le insistió”.

No obstante, la búsqueda posterior de explicaciones por la derrota de la izquierda concluirá, a veces, en que esta se debió no solo a la fuerza que desplegaron sus enemigos en la ofensiva final. Es decir, la idea es que más allá de esa fuerza operaron negativamente en los últimos meses de gobierno de la UP ciertas carencias políticas propias. Los problemas económicos estaban generando el ambiente social necesario para la oposición, es cierto, pero también cultivando la división en el pueblo mismo. Esta tendencia negativa surgida de las propias filas es recordada veinte años después por Elena González, la dirigente comunista que tendrá funciones de dirección clandestina en los años de la dictadura, entrevistada por un también destacado autor comunista, J. M. Varas. Si bien sesgado por la indignación, su testimonio señala ciertas prácticas abusivas de algunos sectores con acceso a bienes esenciales, que sin duda no fueron determinantes en el curso final de las cosas pero debilitaron esos días el apoyo al gobierno:

“Los problemas se multiplicaban y se hacían más graves. No había pañales para los niños [...] Y, sin embargo, había compañeros de la industria textil que tenían piezas llenas de géneros. Eso no podía ser, y la gente lo veía. Otros compañeros que trabajaban en las industrias de electro-domésticos recibían cantidades de refrigeradores, califonts, estufas, que se yo, y los revendían por su cuenta. Hubo casos de trabajadores de la construcción del Metro, que se llevaban cosas de ahí, elementos importantes, y los vendían [...] Todo eso lo veía yo y lo veía el pueblo [...]

El tipo airado de reacción frente a delitos cometidos por trabajadores, evidenciado por el testimonio anterior, tuvo esos días una versión más orgánica de parte de las entidades de participación de los trabajadores. Muchos “comités de producción” en el APS establecieron un “reglamento de disciplina” y los organismos y procedimientos adecuados a su

funcionamiento. Por eso, Carlos Mujica, dirigente sindical de la empresa Alusa puede declarar tan enfáticamente, en una entrevista de veinte años después:

“Nosotros, si había un viejo que estaba robando, cagó no más porque ese tipo de cosas no se hace”

Si bien el diálogo con la DC logra acuerdos en varios puntos las posiciones son irreductibles en cuanto al modo de ponerlos en práctica. La DC, representada por P. Aylwin, propone un gabinete con participación plena de las FFAA y con facultades para reemplazar mandos medios de gobierno. Allende estima que eso significa desplazar a la UP como eje de gobierno y constituir, en la práctica, otro gobierno. El diálogo se rompe, el Consejo DC aprueba la gestión de Aylwin y declara su apoyo a la huelga nacional de transportistas. Altamirano juzgará posteriormente que aquella ruptura era inevitable, básicamente, por el abismo ideológico creado entre la UP y la DC:

“Allende hizo todo lo humanamente posible por llegar a un acuerdo con la DC, las dificultades estuvieron por el lado de Aylwin. Pero ... quiero aclararle que, al margen de las mayores o menores responsabilidades de Aylwin, el problema medular, de fondo, crucial, era el abismo ideológico, político y coyuntural creado entre el gobierno de la UP y la DC. Por eso, a mi juicio, el diálogo estaba destinado al fracaso, cualquiera fuera el negociador de uno y otro lado”.

El PC por su parte se inquieta por las “debilidades” del gobierno para reprimir las acciones sediciosas que lleva a cabo la extrema derecha. Corvalán en sus memorias imputará esas debilidades a ciertas “*concepciones idealistas*” que afectaron la acción gubernamental en la etapa. En agosto de 1973, la inquietud del PC se expresa de modo más político en una carta que envía a Allende planteándole la necesidad de una actitud enérgica frente a los “excesos” de la oposición:

“No patrocinamos la ilegalidad ni la arbitrariedad, sino la resuelta aplicación de la ley. Ud. sabe, compañero Presidente, que hemos tenido y tenemos una posición muy definida en cuanto al reconocimiento de los derechos de la oposición que se ejerzan dentro de la ley [...] Pero el reconocimiento de los derechos de la oposición no puede llevarnos a aceptar toda clase de excesos y fechorías [...] El Gobierno nunca será criticado por el pueblo si aplica medidas enérgicas contra los enemigos que se salen de la ley, que mienten descaradamente, acaparan mercaderías, crean el mercado negro, hacen contrabando con el exterior y especulan con los productos alimenticios. Por estas mismas razones ha recibido con júbilo las decisiones [...] en orden a denunciar a la Justicia las actividades delictuosas de Patria y Libertad y del Comando Rolando Matus y a clausurar radio Agricultura de Los Ángeles por su responsabilidad en la instigación de hechos que culminaron con el asesinato de un campesino en esa provincia. Nuestra primera y principal obligación con el pueblo y el país es ponerles camisa de fuerza a los que quieren arrastrar a Chile a un baño de sangre.”

A comienzos de agosto Allende designa un gabinete cívico-militar, con participación de los cuatro comandantes en jefe de las FFAA y de Orden. El general Prats asume ahora el Ministerio de Defensa. La iniciativa es apoyada por los dos mayores partidos de la UP, el PS y el PC, y cuenta con el apoyo del resto, salvo el Mapu que tiende cada vez más a identificarse con las posturas rupturistas del MIR. Este último, a través de Miguel Enríquez, declara:

“Bajo la apariencia de un diálogo que busca la pacificación del país, en realidad se está proponiendo que los trabajadores, teniendo la fuerza suficiente, renuncien a la realización de sus objetivos”.

Pero hacia fines de julio la idea de un golpe se ha extendido en sectores de las FFAA. El periodista Fernando Villagrán recuerda un episodio protagonizado por el capitán Jaime Donoso de la FACH, uno de los aviadores autodenominados “constitucionalistas” que se

oponen al golpe. Una noche “de ronda”, luego de detener al suboficial que intenta impedirle el acceso, irrumpe casualmente en una reunión que encabeza G. Leigh y desconoce el entonces comandante en jefe, en la cual se hace un “juego de guerra” de evidente intención golpista. La información Donoso la hará llegar a conocimiento de Allende:

*“Pistola en mano, le dio un puntapié a la puerta y entró de manera impetuosa a la sala de conferencias, encontrándose con la casi totalidad del Estado mayor de la FACH: cerca de treinta oficiales alrededor de una gran mesa de trabajo, donde destacaban un plano de Santiago con objetivos marcados. Donoso creyó identificar varias antenas de radio, el palacio de La Moneda y la residencia presidencial de Tomás Moro. Se produjo un silencio abismal. Estaban en pleno “juego de guerra” [...] - ¿Cómo está Donoso? –le habló Leigh de forma teatralmente amable.
- Con una novedad muy seria aquí le respondió muy seco el capitán
- ¿De qué se trata?
- A este hombre lo tengo detenido –respondió, severo, Donoso- porque intentó impedir mi entrada a la Academia en circunstancias que soy oficial de ronda [...] El futuro líder golpista le dijo que estaban estudiando un “juego de guerra ficticio”. El capitán no pudo evitar un gesto de sorna y preocupación a la vez.
Del incidente quedó la constancia del capitán en el Libro de Rondas y en su cabeza la historia dio miles de vueltas. De lo ocurrido supieron los demás oficiales constitucionalistas, que se movilizaron para que la información llegara al presidente Allende. Recurrieron para ello a contactos de cercanos al mandatario, como Eric Schnake, Carlos Lazo y Anselmo Sule, que eran algunos de los dirigentes de la Unidad Popular que mantenían contactos con los oficiales leales”*

Los sectores golpistas continúan su escalada. De acuerdo a cifras oficiales de mediados de agosto, se han registrado en el período inmediatamente anterior 253 actos terroristas, 5 muertos, más de 100 heridos y serias consecuencias económicas. La aplicación abusiva de la ley de control de armas por piquetes militares, en fábricas, sindicatos y otros lugares de concentración de trabajadores, preanuncia la represión que vendrá meses después. Una campesina de Cautín, Margarita Paillal, relatará a la revista *Chile hoy*, en su último número publicado, las torturas a que son sometidos jóvenes mapuches durante un allanamiento en un CEPRO (Centro de Producción creado por la reforma agraria) de Nehuentué :

“Eran como las 9.00 de la mañana cuando aparecieron en Nehuentué, en el CEPRO, tres helicópteros desde donde se bajaron volando los militares [...] Enseguida reunieron a todos los campesinos frente a la casa patronal y les dijeron que se quedaran allí porque los iban a empezar a llamar [...] y pude ver cuando estaban desnudando a los campesinos (se veía por la ventana) y cuando estaban bien desnudos sentí unos sacazos afuera, como quien agarra un saco y lo tira [...] parece que les daban patadas, puñetes y algunos costalazos ... A la media hora de todo ese maltrato sentí la lamentación, sentí los gritos, los lamentos de los compañeros. Lloraban de las torturas que ellos les estaban haciendo. Ellos andaban trayendo como una máquina eléctrica que se la ponían allí ... allí en los genitales y llevaban jarras de agua y los empapaban, los pisaban, se paraban encima”

A estas alturas del proceso, la estabilidad democrática del país parece depender crecientemente de sucesos que tienen lugar en las FFAA. Una reunión con suboficiales y marineros en la que participan Altamirano, Oscar Garretón y Miguel Enríquez, a fin de informarse sobre actividades golpistas al interior de la Armada, es denunciada por la oposición como una acción conspirativa destinada a romper la disciplina militar. La prensa opositora afirma que los marineros han confesado haber recibido órdenes de los dirigentes de izquierda. Éstos, encabezados por el sargento 2do. Juan Cárdenas, replican que los marineros han sido torturados. El incidente es utilizado por la derecha para profundizar la inquietud dentro de las instituciones armadas. Los suboficiales y marineros serán apresados y procesados y el 9 de septiembre, en el Teatro Caupolicán, Altamirano dará lectura a una carta pública dirigida al presidente Allende, suscrita por ellos, en la que señalan:

“Nosotros los marinos de tropa, antigolpistas, les decimos a las autoridades, a los trabajadores de todo Chile y a nuestros familiares, que ni las amenazas que nos hacen nuestros jefes de volver a flagelarnos, ni mil torturas más, nos impedirán decirle la verdad a nuestra clase, la clase obrera, y a nuestros compañeros de tropa del Ejército, Fuerza Aérea y ciudadanía en general. Nosotros los marinos antigolpistas de tropa buscamos por todos los medios comunicarle al pueblo y al gobierno de este golpe de Estado que planificaba la oficialidad golpista de la Armada”.

La UP enfrenta su momento más crítico, sin posibilidad de acuerdo con la oposición DC y sin capacidad para una ruptura y aceleración de los cambios. En agosto de 1973, las dos líneas que coexisten en ella han “fracasado”, ni se logra “consolidar” el proceso ni “avanzar” hacia etapas superiores de su desarrollo. Dividido el movimiento popular, el gobierno de Salvador Allende se mantiene, básicamente, por el apoyo de las cúpulas constitucionalistas de las FFAA, por lo demás, en rápido proceso de aislamiento al interior de éstas. El asedio a Prats y a sus colaboradores más cercanos se intensifica y culmina con su renuncia, luego de un acoso en su contra preparado por sus adversarios, a través de acciones públicas de esposas de generales. Gazmuri visita a Prats a propósito de aquellos incidentes y lo encuentra “muy afectado” por lo que hacen quienes son sus amigos de tantos años: “unos maricones que mandan a las mujeres”. Carlos Altamirano, por su parte, valorará años después la actuación del general como “alguien que se jugó a fondo”:

“Durante los ochocientos y tantos días que estuvo a la cabeza del Ejército no hubo golpe, y cuando se produjo un levantamiento el 29 de junio, se jugó en forma temeraria, colocándose físicamente frente a un tanque. No cabe duda de que se jugó a fondo por la defensa del sistema democrático... Prats era un hombre inteligente, se daba perfecta cuenta de todo lo que ocurría, y por eso se juntó con nosotros aquel día, para decirnos lo más claramente posible que venía un golpe de Estado, que existía el riesgo de una guerra civil y que él no estaba con ninguno de los dos bandos que podían triunfar por esa vía: ni con la derecha reaccionaria, ni con el socialismo marxista. Por lo tanto, si bien se había jugado a fondo por sostener el gobierno constitucional, no podíamos pedirle que asumiera el mando de las fuerzas leales en una guerra civil en la que ---teóricamente--- se resolvería la disyuntiva entre capitalismo y socialismo”.

Renunciado Prats y aconsejado por éste, Allende designa Comandante en Jefe del Ejército a Pinochet. El día anterior a la renuncia la mayoría de la Cámara de Diputados ha aprobado un proyecto presentado por demócrata cristianos y derechistas que acusa al gobierno de convertir las violaciones a la Constitución y a la Ley en “un sistema permanente de conducta”. La acción tenía por objeto impactar a las FFAA y dar sustento jurídico a su intervención. Por otra parte, los organizadores de la sedición activan a los gremios, todos ellos participantes en el “paro de octubre” de 1972, que comienzan a pedir la renuncia del presidente. Bernardo Leighton dirá un año más tarde:

“He cometido muchos errores en mi vida, pero el haberme sometido a la mayoría de mi partido y entregado mi voto sin expresar mi disidencia, me pesa enormemente, porque a pesar de todos los errores de la administración de Allende, fue un gobierno democrático”.

Por su parte, el senador democristiano Renán Fuentealba formula declaraciones al momento del acuerdo de los diputados en que sostiene que su partido está contra el golpe militar y contra cualquier gobierno que surja de él. Miguel Enríquez, en una entrevista a el diario “El Mercurio”, aborda la coyuntura de búsqueda de diálogo político como capitulación de la dirección reformista de la UP:

“Los reformistas recalcitrantes e incluso los centristas, sostienen sus políticas sobre dos premisas: plantean que si bien la situación es “difícil”, ésta tiende a normalizarse, y que por otra parte no hay fuerza suficiente para desarrollar una contraofensiva. A partir de estas premisas, a todas luces falsas,

concluyen que la tarea fundamental es ganar tiempo, dar un paso a atrás, para luego dar dos adelante, tener un respiro, una tregua [...] Bajo la apariencia de un diálogo que busca la pacificación del país, en realidad se está proponiendo que los trabajadores, teniendo la fuerza suficiente, renuncien a la realización de sus objetivos. [...] En realidad, este diálogo buscando un consenso mínimo, esconde un proyecto de capitulación ante las exigencias de las clases patronales. La DC es un partido burgués y reaccionario. El diálogo con su dirección desarma a los trabajadores”.

El país vive un clima de máxima tensión en todos los planos de la vida social que ha quedado indeleble en la memoria colectiva. Un observador atento y comprometido como Alain Touraine anota en su diario el 26 de agosto que el gobierno está encaminado a su derrota si no recurre a una “*movilización popular*” que lo ponga a la ofensiva:

“El gobierno de Allende no puede triunfar más que si su esfuerzo de negociación está preparado, apoyado y contrabalanceado por una nueva movilización popular. Desde hace un mes, la UP está a la defensiva. No se habla a los trabajadores más que de resistir al golpe de Estado, de apoyar a los militares, de defender las empresas incautadas o requisadas [...] Es indispensable que el león ruja de nuevo y salga de su jaula.”

Sobre este momento, Joan Garcés escribirá en noviembre de 1973, sólo dos meses después del golpe militar que cortados, como están ya a estas alturas, los lazos del proletariado con las clases medias, éste pierde la fuerza que le permite influir en las instituciones, de modo que la lógica formal y el derecho del “*aparato del Estado [...] cede ante las exigencias de las instituciones*” burguesas. Allende parece tomar conciencia creciente de la contradicción anotada por Garcés, percibe que la oposición embiste contra las instituciones de “derecho” y que preservarlas depende ya casi enteramente de la fuerza política del bando popular:

“Hoy, cuando la reacción embiste de frente contra la razón del derecho y amenaza de muerte a las libertades, cuando los trabajadores reivindican con fuerza una nueva sociedad, los chilenos pueden estar seguros de que el Presidente de la República, junto al pueblo, cumplirá sin vacilaciones con su deber, para asegurar así la plena realidad de la democracia y las libertades dentro del proceso revolucionario.”

En los últimos días de agosto Allende realiza su décimo cambio de gabinete. El socialista Carlos Briones, de posiciones moderadas, va al Ministerio del Interior, Orlando Letelier a Defensa Nacional y Clodomiro Almeyda retorna a Relaciones Exteriores. El comunista José Cademártori continúa en Economía, donde había reemplazado a Orlando Millas, y el radical Edgardo Enríquez Frodden, ex Rector de la Universidad de Concepción y padre de Miguel va a Educación. A esas alturas, la UP mantiene una considerable fuerza en la base social, como lo demuestran los multitudinarios actos de conmemoración del 4 de septiembre que se realizan en todo el país. Pierre Kalfon informa en “Le Monde” que ha podido ver estos días una “*izquierda combativa y alegre*”:

“A diferencia de los desfiles tradicionales de los países socialistas, este se caracterizaba por su alegría, su buen humor y su ambiente de fiesta. Orquestas, carrozas alegóricas y canciones, acompañaban el paso de las diferentes organizaciones sindicales o políticas, al ya clásico eslogan: “Allende, el pueblo te defiende” [...] se añaden otros nuevos: “Incluso sin azúcar ni café, somos siempre de la UP”, coreados por una muchedumbre gozosa, dan una idea de esta combatividad de la izquierda chilena que sorprende continuamente tanto a los medios conservadores como a los observadores extranjeros.”

Pero la situación del país es caótica, tanto en la esfera política donde la tensión es máxima, como en la economía, afectada por crecientes desajustes, recuerda Carlos Altamirano. El terrorismo aumenta y en la UP pesa la falta de claridad política, surge el recordado lema de “*avanzar sin transar*”:

“A esto se sumaba el terrorismo sistemático, que entre el 23 de julio y el 5 de septiembre de 1973 había perpetrado mil quince atentados, 24 al día, con un saldo de más de 10 muertos y 117 heridos, fuera de los enormes daños económicos. En ese contexto, surgió el lema de avanzar sin transar, que por cierto no era un lema muy feliz”.

El 3 de septiembre, según el testimonio del sociólogo comunista Manuel Contreras, más tarde integrante del Frente Patriótico Manuel Rodríguez y en ese momento miembro del CENOP, grupo de jóvenes asesores socialistas y comunistas a quienes consultaba el presidente Allende, éste lo convoca a una reunión en su casa de “El Cañaveral”. Junto a Allende están Augusto Olivares, su asesor y director de Televisión Nacional; Joan Garcés, Beatriz “Tati” Allende, Arsenio Poupin, Claudio Jimeno y René Benditt y, ante este auditorio, anuncia sin esperanzas la decisión de llamar a plebiscito y a un cogobierno con la DC:

“El Presidente estaba sentado, afirmado en la pared. Lo vi cansado, con una mirada desesperanzada. En un momento se echó hacia atrás y dijo: “Voy a escribir una carta al país. Voy a llamar a un plebiscito y a convocar a la Democracia Cristiana al gobierno. Voy a llamarla a cogobernar. ¡No hay otro camino!”. El plebiscito que estaba planteado era para que la gente se pronunciara si él seguía o no en el gobierno y en qué condiciones para evitar un Golpe de Estado”.

Allende, entonces, renueva su propuesta plebiscitaria pero sus partidos no logran en esta instancia decisiva el acuerdo suficiente reproduciendo discrepancias que los han separado durante todo el período. El PC acoge ahora la propuesta, acompañado del PR y el Mapu OC. El Mapu y la mayoría de la dirección del PS, contra la opinión de su secretario general, se oponen. Recuerda Altamirano, consultado sobre la oposición de su partido:

“Porque efectivamente fue rechazada por la dirección del partido en una reunión a la cual decidí no asistir porque no estaba dispuesto a seguir avalando posiciones irracionales. Presumiendo el acuerdo que se adoptaría, me negué a participar y, en cambio, concordé con Salvador en que, más allá de la decisión partidaria, debía insistir en el desafío plebiscitario. Mi argumento ante los demás dirigentes era claro: o se tenían armas o se tenían votos. Como no teníamos los cuarteles, debíamos ganar en las urnas, y si bien nuestra situación seguiría siendo precaria aunque ganáramos el plebiscito, por lo menos tendríamos una mayor legitimidad social, política y moral”.

El domingo 9 el PS realiza su último encuentro en democracia en el Teatro Caupolicán. Touraine testimonia un ambiente enfervorizado y belicoso donde se impone la consigna “crear, crear, poder popular”. El líder del PS aparece, a los ojos de Touraine, distanciado de Allende a la vez que da la impresión de expresar más el sentimiento de la base que los objetivos políticos de un dirigente del gobierno:

“Termina un canto, se oye una consigna; Altamirano habla. Con pasión, arrebatado por la indignación más que por la angustia y mucho más que por la esperanza. Rechaza el diálogo con la oposición: quiere que la UP se dé como consigna el poder popular; habla con cólera de los marinos y de los campesinos torturados, de los allanamientos brutales en las fábricas, de las acusaciones lanzadas contra él mismo, contra Garretón, contra Enríquez. Afirma la voluntad del PS de luchar por todos los medios [...] la negativa al compromiso marca claramente la distancia con Allende [...] El tono es fuerte, pero no oigo ninguna consigna precisa. No hay análisis ni estrategia. Altamirano expresa bien en la tribuna los sentimientos de quienes lo escuchan y que se sienten representados por él. Habla y actúa como un militante de base llegado a la cumbre del aparato del partido sin haber cambiado de papel. No es hombre de gobierno”.

Ese mismo día tiene lugar la última reunión del PC con Allende. Se prolonga por más de tres horas. Participan Luis Corvalán, Víctor Díaz y Orlando Millas quien testimonia que solicitan “apasionadamente” el llamado a plebiscito:

“Corvalán argumentó apasionadamente para que el Presidente no demorase el llamado al plebiscito, aunque el PS discrepase. Él (Allende) nos expuso que en la entrevista con el general Carlos Prats éste le había demostrado, examinando división por división, que a través del país Pinochet había conseguido, con movidas rápidas, que no hubiese ni una sola unidad militar en que se pudiera confiar, porque en la mayoría los comandantes eran proclives al golpe y en la minoría se había instalado, al lado de los comandantes constitucionalistas, a segundos dispuestos a sobrepasarlos. Reconoció que los hechos venían a confirmar las aprensiones contra Pinochet”.

Allende debe zanjar el desacuerdo y, según recuerda Joan Garcés, éste le dice que ha informado al comandante en jefe del ejército y a otro general que convocará a un plebiscito, y que Allende agrega:

“Los ojos de los generales se pusieron redondos como platos cuando supieron de mi intención”.

El clima social es de enfrentamiento inminente. Alejandro Suárez, socialista y subdelegado de gobierno en un pequeño pueblo de la zona central, recuerda ese sentido de inminencia que ya nadie puede ignorar:

*“Se sentía en el aire la tirantez, el temor, la insidia, la cobardía. La Democracia Cristiana se unió a la ultraderecha y promovieron el trato con los generales antipatriotas. El lunes 10 de septiembre yo debía asistir a una reunión en Santiago. Antes de marcharme le digo a mi esposa:
- Flaca, tengo un mal presentimiento, pero si llegara a ocurrir algo en mi ausencia, ándate a la casa de tu padre. Pues si hay golpe, nos apresarán o nos matarán”*

El 10 de septiembre la DC llama a la renuncia de todos los parlamentarios con el fin de provocar la del presidente y realizar elecciones generales. Allende ha comenzado la preparación de su discurso convocando a plebiscito y ha postergado la cadena radial hasta el día siguiente.

EL MARTES 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973.

Es un lunes 10 de septiembre. Allende se reúne con ministros y asesores preparando la propuesta de plebiscito que dará a conocer al país. Es la salida democrática que se frustra, como señalará años más tarde P. Aylwin a la periodista Mónica González:

“Hubo una salida democrática, en septiembre de 1973, que el golpe militar frustró: el plebiscito al cual había resuelto llamar Allende. Yo estaba muy en contacto con el gobierno en esa época, y se me comunicó que Allende había decidido recurrir al plebiscito para dirimir el conflicto que se había creado entre el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo... Pero, entre la derecha golpista, apoyada por el imperialismo norteamericano, y la intransigencia de la UP, la DC se vio envuelta. Y tiene la responsabilidad histórica de haberse dejado envolver”.

El 10 es un día tenso, como todos los días del último tiempo. Abundan los rumores. Hay alarma e incertidumbre sobre qué habrá de ocurrir. El diario de gobierno “Puro Chile” ha publicado hace unos días un titular con letras rojas que dice: “Última hora: se postergó el golpe”. En medios de gobierno hay una intranquila espera. José Antonio Viera Gallo, subsecretario de Justicia, recuerda el atardecer de ese día en que ya cualquier iniciativa parece llegar tarde:

“Me encuentro con las personas que integran el grupo de juristas de la UP. Nos venimos reuniendo periódicamente desde hace casi tres años. [...] Recuerdo que esa tarde estaban Waldo Fortín, Sergio

Insunza y Jorge Tapia. No sé si habría alguien más. El tema era algo baladí. Después la conversación gira sobre la situación nacional. Jorge Tapia dice que por primera vez ve mal la cosa y teme un golpe. Como es masón y hay muchos militares en las logias, su opinión me preocupa. Sabemos tan poco de la masonería. Waldo Fortín coincide y sostiene que “hay que hacer algo”. Cree que se podría llamar a plebiscito. Para mis adentros pienso que es un poco tarde. Sergio Insunza está preocupado, aunque insiste en mantener las apariencias de tranquilidad”.

La víspera del golpe es reconstruida por el historiador Patricio Quiroga como una tensa espera:

“La noche del 10 al 11 de septiembre no fue tan tensa como otras. La UP esperaba el Golpe para los días del tercer aniversario, de manera que sus más firmes adherentes pasaron desde el 3 hasta el 9 de septiembre bajo especiales medidas de seguridad. La semana del 9 al 15 las bases se habían desmovilizado porque se esperaba con ansiedad lo que pudiera ocurrir entre los días 17 y 19 de septiembre. En otras palabras la UP preparaba una nueva vigilia. No obstante, la atmósfera estaba recargada de premoniciones. En los partidos de izquierda la vigilancia mantenía en eterna, cansadora y agotadora vigilia a la militancia, viviéndose un clima de zozobra e inquietud. Durante más de un mes los cordones industriales, las fábricas, las escuelas universitarias, los liceos, fundos y juntas de vecinos vivían en vigilia permanente: Alerta 1, Alerta 2, Alerta 3”.

Pero esa madrugada los golpistas ya han preparado minuciosamente su actuar. El golpe se desarrolla con dramática espectacularidad, necesaria para provocar un impacto social que diluya las apasionadas lealtades con que cuenta el gobierno, paralice la reacción de sus seguidores y evite un enfrentamiento prolongado. Las movilizaciones militares iniciadas en Valparaíso son conocidas en la misma madrugada de ese día por el presidente Allende. La noche del 10 Altamirano, mientras cena en la embajada de Cuba, recibe llamados indicando que hay movimiento de tropas. Habla con Allende y Letelier, pero la información que a este último le dan los militares es difusa. Recuerda Altamirano:

“Me retiré relativamente temprano a mi casa, hablé un par de veces más con Allende hasta que me quedé dormido. A las cinco y media de la mañana sonó el teléfono y un compañero, que no recuerdo quién era, me anunció que ya no había ninguna duda, el golpe iba. Llamé de inmediato a Tomás Moro y Salvador me confirmó los hechos”.

A las 6 de la mañana, aproximadamente, fuerzas navales que se habían hecho a la mar la noche anterior para participar en una operación con fuerzas norteamericanas, denominada UNITAS, regresan y se toman la ciudad de Valparaíso. La activa intervención de EEUU a favor del golpe, financiando políticos y publicaciones de derecha y sosteniendo técnica y militarmente a los militares golpistas, quedará fuera de toda duda años después a través del llamado Informe Church del Senado norteamericano. Allende, informado de lo que ocurre a esta hora por carabineros llama a un general con altas responsabilidades que se declara sorprendido.

Alrededor de las 7.20 horas Allende parte en cinco coches, dos blindados, hacia La Moneda, donde llega diez minutos más tarde. La casa de gobierno está protegida por carabineros. Acompañan al presidente miembros del GAP, el periodista y amigo Augusto Olivares y Joan Garcés, que han alojado en la casa de Tomás Moro. El secretario del presidente Osvaldo Puccio, avisado por teléfono, se dirige a esa hora con su hijo Osvaldo Puccio Huidobro, hacia La Moneda:

“En el camino encontramos dificultades de tránsito. Mucha gente abandonaba el centro de la ciudad. Algunas cuadras antes de llegar a La Moneda nos encontramos con patrullas de carabineros. Llegamos

a la calle Santo Domingo con Teatinos y doblamos hacia el palacio presidencial [...] En ese momento los carabineros que rodeaban el sector eran todavía, aparentemente, leales al gobierno”.

A las 7.30 horas llega Orlando Letelier al Ministerio de Defensa y es inmediatamente detenido.

Allende llama por teléfono a su esposa, Hortensia Allende para transmitirle que en su opinión debía quedarse en la casa de calle Tomás Moro, la residencia presidencial. “Tencha” recuerda que Allende le sugería, además, que le dijera a sus hijas que llevarán allí los nietos:

“pensaba que era lo más seguro, sin saber que la residencia también iba a ser bombardeada. Por eso Salvador, me contaban después mis hijas Beatriz e Isabel, quedó muy amargado cuando supo que esos aviones Hawker Hunter primero estuvieron en La Moneda, y después se dirigieron a Tomás Moro, haciendo lo mismo: dejando caer su carga. El quedó muy amargado porque yo había soportado sola ese bombardeo, no se conformó. Salvador no pensó nunca que la traición fuera tan grande.”

Minutos después llegan a La Moneda Payita, el jefe de prensa de Allende Carlos Jorquera y los médicos Danilo Bartulín y Arturo Girón, quien además es Ministro de Salud. Puccio recuerda:

“Eran pocos minutos antes de las 8 de la mañana. Allende me ordenó llamar al ministro de Defensa, Orlando Letelier. Telefoneé a su casa. Me informaron que ya había salido. Traté entonces de ubicarlo por citófono directo en su oficina. Alguien me dijo que el ministro no estaba allí y cortó bruscamente la comunicación [...] Después nos enteramos que Orlando Letelier a esa hora ya había sido tomado preso... ¡por los militares encargados de su seguridad personal!”

Allende intenta contactarse con los comandantes en jefe de las FFAA. Se instalan tres teléfonos en su despacho, conectados con tres radios de izquierda. Luego de escuchar en una radio el primer bando de la Junta Militar golpista, Allende, a las 7.55, habla por Radio Corporación, la radio del PS:

“Que los trabajadores se mantengan alerta en sus puestos de trabajo, a la espera de las instrucciones que les pueda dar el camarada Presidente”.

Veinte minutos más tarde habla por segunda vez:

“¡Haré respetar la voluntad popular que me ha confiado la dirección del país hasta el 4 de noviembre de 1976!”

A las 8.15 Allende recibe un ofrecimiento de un avión para salir del país. Testimonia Joan Garcés:

“yo le pasé a Allende la llamada telefónica de su edecán aéreo en la que le transmitía la oferta de un avión de parte del general Van Schowen. Allende, en tono calmado, respondió: “Dígale al general Van Schowen que el Presidente de Chile no arranca en avión. Que él sepa comportarse como un soldado que yo sabré cumplir como Presidente de la República”.

Minutos después las radios difunden un comunicado de la CUT llamando a resistir y a ocupar las fábricas. La dirección del PS comienza a confluir al estadio de la Corporación de Mejoramiento Urbano (CORMU), en las proximidades del Matadero Lo Valledor, y desde allí envía a Hernán del Canto a La Moneda a conversar con Allende.

A las 8.30 la Junta Militar integrada por los cuatro comandantes en jefe, difunde un comunicado a través de Radio Agricultura. En el que exige a Allende la entrega del mando. Bernardo Leighton recuerda aquellos minutos para señalar que nunca creyó que las FFAA derrocarían al presidente constitucional hasta que escuchó la noticia del golpe y lo condenó de inmediato:

“En las últimas horas del lunes 10 de septiembre, durante la reunión de sala que celebramos en la tarde y noche de ese día los diputados demócrata cristianos, manifesté que, en mi opinión, las fuerzas armadas no derrocarían al Presidente Allende por lealtad a sus principios y a una prolongada tradición institucional; además por las tremendas dificultades que enfrentarían y que no podían ignorar, para abordar con éxito la situación económica y social del país. Me equivoqué totalmente. Regresé solo en mi automóvil a casa alrededor de las 11 y media de la noche [...] Continué incrédulo hasta que, a las mañana siguiente, escuché por la radio que se hablaba del movimiento de tropas alrededor de La Moneda. Luego me llamó un periodista para preguntarme qué pensaba. “¡Qué voy a opinar! Que condeno el golpe y estoy con el Presidente Constitucional Salvador Allende”.

A las 8.45 Allende pronuncia su tercer discurso radial, que reitera su aguda conciencia del sacrificio personal que presupone el cumplimiento de su compromiso con el pueblo:

“No tengo vocación de mártir, soy un combatiente social [...] Pero que aquellos que quieran dar marcha atrás a la Historia no se equivoquen [...] No daré un paso atrás [...] Sólo abandonaré La Moneda cuando haya cumplido la tarea que el pueblo me ha encomendado. No tengo otra elección. Solamente acribillándome a balazos se me podrá impedir llevar a cabo el programa del pueblo”.

Allende reúne entonces en el salón Toesca a sus colaboradores más directos y ratifica esa conclusión:

“No hay ninguna revolución que triunfe si el pueblo no ve que sus dirigentes son consecuentes hasta el último sacrificio”.

A las 8.55 se retiran las tanquetas de carabineros, dejando indefensa La Moneda. Allende se asoma a una ventana, un puñado de personas lo aplaude. Cinco minutos después los edecanes de las FFAA le insisten que acepte el avión. Se niega. Los aviones Hawker Hunter hacen vuelos rasantes sobre La Moneda. Francotiradores allendistas hacen fuego contra tropas que avanzan, desde los techos o pisos altos de los edificios que circundan la casa de gobierno. En la reconstitución que Kalfon hace para el guión de un documental que veinticinco años después realiza el cineasta Patricio Henríquez, se lee:

“En La Moneda el material y los efectivos son irrisorios, unos quince hombres del GAP, pertrechados con unos fusiles, unas pistolas, tres bazokas y algunas granadas de mano. Además, son los únicos que saben utilizarlos”.

En los minutos siguientes ingresarán a La Moneda diversas personas ---asesores como Claudio Ximeno, Jaime Barrios, Eduardo Paredes, algunos periodistas, médicos y sus hijas Beatriz e Isabel--- y otras saldrán del edificio. En el recuento del historiador Patricio Quiroga, se dan datos más precisos sobre quienes participan en la “batalla final”:

“Con el Presidente Salvador Allende en La Moneda permanecieron 55 personas dispuestas a batirse hasta las últimas consecuencias: 16 detectives asignados a la guardia presidencial; 19 personas entre funcionarios, asesores y amigos; 20 miembros del GAP”.

Poco después de las 9.00 Allende habla por cuarta vez, su voz es muestra de la dignidad con que cumple su deber:

“En este momento pasan los aviones, es posible que nos tiren bombas, pero que sepan que existen en este país hombres que saben mantener sus compromisos [...] Yo mantendré los míos como un Presidente que conoce la dignidad del cargo que le ha sido entregado en unas elecciones libres y democráticas”.

Cinco minutos más tarde Del Canto logra ingresar a La Moneda. A las 9.10 Allende habla por última vez por radio. Todas las radios de izquierda han sido destruidas desde el aire u ocupadas por los militares, salvo una del PC, la radio Magallanes (texto de la última alocución en pág....). Testimonia Osvaldo Puccio G.:

“Radio Magallanes estaba en funciones todavía, pero a esa altura sólo era posible comunicarse con ella por teléfono. Así, el compañero Allende pronunció su último discurso por teléfono. Yo le sostuve el auricular. El Presidente estaba sentado en su escritorio, con un casco de acero en su cabeza y con un fusil AKA en las manos... Estaba absolutamente sereno y tranquilo. Consciente plenamente de lo que estaba haciendo, de lo que ocurría y con una firme decisión de lucha”

A las 9.20 la casa del presidente en Tomás Moro está siendo atacada. La Moneda lo será a las 11 si Allende no se rinde, informa la cadena oficial golpista. Varios ministros y ex ministros consiguen llegar a La Moneda. José Tohá se comunica con un almirante que ofrece garantizar la vida de Allende y su familia sólo si acepta dejar el país después de renunciar. Allende rechaza la oferta.

Allende recibe a Del Canto y le dice brevemente que él no saldrá de La Moneda:

“La dirección del Partido Socialista debe saber también cumplir con su responsabilidad histórica”.

Se ha iniciado, sin embargo, un diálogo entre los colaboradores de Allende a propósito de la opción de sacarlo de La Moneda y trasladarlo a algún punto de Santiago desde donde pueda dirigir la resistencia al golpe, aunque el plan, en definitiva, será descartado. Testimonia el médico Danilo Bartulín:

“Un grupo creyó que lo mejor era ir a parlamentar; otros, Arsenio Poupin y Jaime Barrios, estaban por morir combatiendo en La Moneda como ejemplo histórico para el pueblo de Chile. Allende vale más vivo que muerto decíamos con el “Perro” olivares y el “coco” Paredes. Teníamos que salir hacia una población y seguir resistiendo”.

A las 9.30 aproximadamente Allende realiza en el Gran Comedor la última reunión con sus colaboradores, en la cual dispone que aquellos que no tengan armas deben retirarse:

“Los que no tengan cómo defenderse, deben irse [...] Ordeno a la compañeras que abandonen La Moneda. Quiero que se vayan [...] Yo no me voy a rendir, pero no quiero que el de ustedes sea un sacrificio estéril. ¡Ellos tienen la fuerza! Las revoluciones no se hacen con cobardes a la cabeza, por eso me quedo. ¡Los demás deben irse! Yo no voy a renunciar. A todos les agradezco su adhesión. Los hombres que quieran ayudarme a luchar que se queden; los que no tengan armas deben irse”.

Carlos Jorquera, testigo del momento, recuerda:

“Allá estaban casi todos sus ministros, gran parte de la guardia personal, algunos médicos, funcionarios [...] Entre el llamado personal civil, había nueve mujeres y trece médicos, además de abogados, periodistas, economistas, sociólogos, ingenieros, escritores, artistas, etc. Y diecisiete detectives dirigidos por el inspector Juan Seoane”.

Con Seoane, Allende sostiene una conversación y lo libera de permanecer en La Moneda. Todos los detectives, sin embargo, permanecen. Uno de ellos, Luis Henríquez, testimonia el clima humano de un combate que está pasando a la historia:

“Cuando Seoane nos dijo que el Presidente nos dejaba en libertad de acción, pero que nuestra misión nos obligaba a permanecer en el palacio hasta las últimas consecuencias, nadie dudó. Escuché a Garrido (David) argumentar que con qué cara nos íbamos a presentar ante nuestras familias y compañeros si abandonábamos nuestra misión. La opinión y certeza de los más antiguos primó. Nos quedamos todos”.

La mayoría de sus amigos y colaboradores civiles permanece. Puccio recuerda un momento emotivo:

“Allende insistió en que mi hijo Osvaldo abandonara La Moneda. Lo exigió en dos ocasiones. Pero Osvaldo se negó. Quería quedarse a mi lado junto al Presidente. Cuando Allende supo esto, lo abrazó. Afirmó que había algo que ningún Presidente puede ordenar: que un hijo abandonara a su padre y un hombre sus ideales”.

Media hora más tarde, a las 10, los tanques comienzan a disparar. Allende responde personalmente el fuego y dispara sobre la Plaza de la Constitución, acostado en el suelo, con un fusil ametralladora. El Dr. Girón lo convence que su función no es exponerse de esa manera. Entonces, Allende insiste que las mujeres abandonen La Moneda, sin ser obedecido.

El edecán militar del presidente y un general realizan gestiones con el secretario Puccio para que Allende deponga su actitud. Uno de los mensajes es de Pinochet y convoca al presidente al Ministerio de Defensa. Allende encarga a Puccio transmitir lo siguiente:

“Un Presidente de Chile no se rinde. Y recibe en La Moneda. Si Pinochet quiere que vaya al Ministerio de Defensa, que no sea maricón y que venga a buscarme personalmente”.

A las 10.45 Allende reitera la orden a las mujeres presentes para que se retiren. Acompaña a sus hijas Beatriz e Isabel a la puerta lateral de La Moneda, que sale a calle Morandé, luego de algunas discusiones, testimonia Jorquera:

“Tati también está embarazada. Y de ocho meses. El Presidente apeló a ese nuevo nieto para convencer a su hija. Ni Tati ni Isabel querían salir. Hubo discusiones entre padres e hijas, en las cuales también intervinieron de soslayo algunos compañeros que las instaban a que se fueran rápidamente, porque ya los minutos se estaban acabando.

--- ¡Cállate, Negro de mierda!

Fue la última frase que Tati le dijo al Negro Jorquera. Por intruso, por encontrarle la razón al Presidente. Luego: un abrazo muy apretado. Chicho las besó a ambas y las siguió con una mirada que era todo un legado histórico [...] Tati (Allende), Isabel (Allende), Nancy (Julien), Verónica (Ahumada), Cecilia (Tormo) y Frida (Modak) salieron por Morandé 80.”

La “Payita” desobedece la orden y se oculta para permanecer en La Moneda. A las 10.47 los atacantes transmiten por radio el siguiente comunicado:

“Las mujeres de La Moneda tienen tres minutos para salir del palacio, porque el edificio va a ser bombardeado dentro de tres minutos exactamente”.

A las 11 los aviones bombardean la casa del presidente en calle Tomás Moro. Hortensia Bussi de Allende alcanza a huir con vida y se refugia en casa de amigos.

A las 11.15 la balacera y los cañonazos frente a La Moneda cesan. Se prepara el bombardeo. Allende conmina a sus colaboradores a abandonar La Moneda. El Subsecretario General de Gobierno Arsenio Poupin responde:

“Nuestro sitio está aquí”.

Allende insiste ante su asesor español Joan Garcés y le dice:

“Alguien tiene que contar lo que ha pasado aquí, y tú puedes hacerlo”.

Jorquera recuerda la peligrosa salida de Garcés:

“luego de los abrazos de despedida, se dirigió a la puerta principal, la de la calle Moneda. Cuando estaba a punto de llegar a ella, nos dimos cuenta de que llevaba un portafolios negro. Le gritamos, desesperados, y Juan Enrique se detuvo. Corrí hasta él y le quité el portadocumentos. Creo haberle dicho algo parecido a: “Español huevón, ¿no te dijeron que salieras sin nada en las manos? ¿Querís que te maten apenas te asomes?”

Faltando pocos minutos para el mediodía comienza el bombardeo. La Moneda es severamente dañada. A las 12.15 sigue la balacera y comienza el lanzamiento de bombas lacrimógenas. Los ministros Almeyda, Briones, Jaime y José Tohá, Flores, se han refugiado en el ala del palacio de gobierno que da a la Alameda y donde funciona el Ministerio de Relaciones Exteriores. Puccio recuerda aquellos instantes dramáticos:

“El bombardeo fue intenso. La primera bomba cayó encima del techo del patio cerrado de la Presidencia, que era de vidrio y se derrumbó violentamente produciendo un ruido increíble. El segundo y tercer rocket cayeron, al parecer, en la Secretaría General de Gobierno y en la Presidencia de la República. En el lugar en que estábamos nosotros no dio ningún rocket directamente, el más cercano cayó a unos 25 metros, destrozando el salón rojo y el salón Toesca”.

Es difícil a esas alturas registrar ordenadamente los acontecimientos. Como señala Jorquera, *“no todo sucedió al mismo tiempo”*. Y ,agrega, al escribir sus recuerdos que le resulta difícil *“precisar si algunos hechos ocurrieron antes o después que otros”*. Y continúa:

“otra dosis de rockets recuerdo haberla recibido [...] al lado de Enrique París. Nos abrazamos y así, abrazados, seguimos esperando que continuara el bombardeo. No de valientes, por supuesto, sino porque no teníamos otra parte adónde ir ni nada más que hacer. Aunque, para ser lo más fiel posible a la verdad, sí tuvimos algo que hacer: cantar. Y cantamos los dos. Nos salió lo “jotoso”: el virus de las Juventudes Comunistas que, para mí, era un pasado, pero que era muy presente para Enrique. Y a todo lo que dimos interpretamos a dúo aquello de: “Cantemos, mi fiel compañera. Tu voz y mi voz y otras mil, serán la invencible bandera de nuestra legión juvenil”

A las 12.20 el secretario privado del Presidente Osvaldo Puccio sale a parlamentar. Y debe enfrentar el rechazo de algunos obreros a que haya quienes creen que Allende está parlamentando:

“Cuando salí con la bandera blanca, sentí dos disparos. La tela tenía dos agujeros. En la esquina de Morandé con Moneda había un grupo de cinco obreros, sin ninguna arma. Corrían desde la esquina hacia un auto. Buscaron refugio detrás de él. En el momento en que me vieron salir con la bandera blanca, me gritaron: “¡Maricón de mierda! ¿Para dónde vas? ¡No te rindas! ¡Entra y sigue peleando!”. Al responderles “No me estoy rindiendo, voy a cumplir una misión del compañero Allende”, me dijeron: “¡El compañero Allende no manda a nadie con bandera blanca!”.”

Puccio debe devolverse por la insistencia de los disparos. Luego, vuelven a salir acompañado por el subsecretario del Interior Daniel Vergara y el ministro Fernando Flores. No habrá parlamento, serán simplemente hechos prisioneros.

A las 12.30 se quita la vida al periodista Augusto Olivares. Recuerda la, “Payita”:

“Escuchamos los gritos de Carlos Jorquera diciendo que Augusto Olivares Becerra estaba herido. El Presidente envía inmediatamente a atenderlo a los doctores Soto (“Cacho”) y Jirón (Arturo) y corre hacia donde estaba Augusto. Voy con él. Nunca se me olvidará su cara de angustia y tristeza al ver sin vida al amigo querido”.

Allende, Jorquera y los médicos tratan de asistirlo, pero ya es tarde. Poco rato después se inicia el asalto de La Moneda por los militares.

A las 13.40 Los asaltantes aún no logran su objetivo y ofrecen una última oportunidad de rendición. Entonces, relata el médico Oscar “Cacho” Soto,

”por la escalera que da a la calle de Morandé, un grupo de detectives y yo somos sorprendidos por unos 40 soldados, que nos apuntan con sus metralletas. Nos cogen (seríamos 8 o 10...) y nos tiran en la puerta de Morandé 80. Eran cerca de las 2 de la tarde. Obviamente, ya no existe la menor posibilidad de seguir resistiendo: sólo queda la segunda planta, de fácil acceso, con 20 hombres, un oficial me coge de la mano, me levanta y me dice: “¿Quién es usted?”. Soy médico, le contesto. Me dice que suba a la segunda planta y le diga al presidente que el Ejército ya ha tomado la primera planta. [...] Entonces yo subo con dificultad por la misma escalera donde me habían cogido. Y en la segunda planta veo a Allende. Entre el humo, los gases lacrimógenos, el polvo de las paredes rotas, estaba allí con un casco y la ametralladora. “¿Qué pasa doctor?”, me pregunta. Yo le respondo: “Ya han tomado la primera planta y dicen que todos deben bajar, porque no tienen ninguna posibilidad”. Allende le pide a la gente que baje, que no arriesguen más su vida”.

El médico Arturo Jirón cuenta a Jorquera cómo Allende decide salvar la vida de sus compañeros:

“bajar sin nada en las manos, “que la Payita baje primero. Yo me quedo para el último”. “Pero antes: un minuto de silencio en homenaje al Perro Olivares”. comienza el descenso, encabezado por “Payita”, “Coco” Paredes y “Cacho” Soto. Los cuatro últimos eran los doctores Jirón y Guijón, Enrique Huerta (Intendente de Palacio) y el Presidente. Por todas partes: balas, llamas, humo, gases.”

En esos momentos, según relata Jirón a Jorquera:

“Cuando ya quedaban los tres últimos compañeros, Chicho se mete en la antesala del comedor. Jirón recuerda que, en ese instante, “Pachi” Guijón se devuelve para llevarse, de recuerdo, la máscara antigases (“Para que mis hijos sepan que estuve presente en este momento histórico”).”

Son las 14 horas, aproximadamente. El doctor Patricio Guijón relata la muerte del presidente:

“En ese preciso instante vi, como en un relámpago, al Presidente sentado en un sofá dispararse una ráfaga con la metralleta que sostenía entre sus piernas. Lo vi más que oírlo. La sacudida casi levantó el cuerpo en el aire, y vi el cráneo volar en pedazos”.

Gloria Salas, treinta y dos años, trabajadora en un hospital en Valparaíso, después exiliada, recordará:

“Para el golpe de Estado me encontraba trabajando, el ruido de los helicópteros y despliegue de las fuerzas militares corriendo por todos lados nos sorprendió a todos en el trabajo, algo malo sucedía pero no teníamos idea de que podría ser, al poco rato nos fuimos enterando, escuchando con tristeza los disparos en la lejanía de los cerros, estaban matando a los obreros, a nuestra gente que sólo quería justicia, un futuro mejor para sus hijos y que nuestro país saliera adelante con ese gran héroe del pueblo que dio su vida por la gente buena que le quiso y le seguirá queriendo por toda una vida, Salvador Allende.”

Beatriz Allende dirá pocos años más tarde:

“Yo comparto que diera el ejemplo más grande de heroísmo que alguien puede dar. Pero junto a él había otros compañeros, en La Moneda, en las fábricas, en las industrias. Es un pueblo que escribe una página de intransigencia revolucionaria, es un pueblo que escribe una página de consecuencia revolucionaria. Allende está a la cabeza”.

Fernando Alegría recrea aquellos primeros días después de la muerte de Allende:

“MURIÓ ALLENDE, ALLENDE NO MURIÓ pasan muy lentas las horas que siguen, en una calma extraña que nadie entiende. La población de Santiago no sabe lo que ha ocurrido. Los vecinos se llaman por teléfono. Una espesa red de voces amarra la ciudad. Se dan nombres de líderes que han muerto, de otros que aún resisten, se habla de actos de heroísmo y matanzas colectivas, luchas internas entre las fuerzas armadas, militares, aviadores y carabineros caídos defendiendo al gobierno de la Unidad Popular. Altamirano está vivo. Malherido en el Hospital Militar. Lo han operado dos veces. La Mireya Baltra atacó a un camión de milicos y murió disparando. No. Está en una embajada. Pero si la vieron los periodistas. La que murió fue Gladys Marín. SUMAR. En el ataque a Tomás Moro hirieron de gravedad a la Tencha. Acaban de anunciar que Prats avanza desde el sur al mando de tropas leales a la UP. Rumores, rumores, rumores. Las gentes mueren y resucitan, resucitan y mueren. Nadie sabe nada [...] En los patios destruidos, en la fuente de piedra, seca, llena de humo, entre los naranjos quemados se ha quedado Allende, solo.”

Y Luis Maira anuncia a un Allende que será desde entonces memoria de lucha, ternura y porvenir:

“Para las futuras jornadas, que serán duras y más largas de lo que él mismo lo pensó, necesitamos recoger de Salvador Allende esa voluntad indomable de lucha, capaz de sobreponerse a todos los obstáculos, esa ternura por los pobres y los desamparados que lo llevó a sentir como propia cualquier forma de injusticia y esa capacidad para concebir a Chile en el horizonte superior del socialismo, pero siempre profundizando sus raíces en nuestra propia historia nacional. Nuestra deuda con Allende, con su vida, con su obra, con su sacrificio final, no es una deuda de nostalgia sino de provenir.”

BIBLIOGRAFÍA.

- Alegría, Fernando. **El paso de los gansos**. Eds. Puelche, New York, EEUU, 1975.
- Allende, Salvador. **La Vía Chilena**, del Primer Mensaje del Presidente Allende ante el Congreso Pleno, 21 de mayo de 1971. Editorial Quimantú, Santiago, 1971.
- Almeyda, Clodomiro. **Obras Escogidas 1947-1992**. Ediciones del Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar y Fundación Presidente Allende (España), Santiago, 1992.
- Almeyda, Clodomiro. **Reencuentro con mi vida**. Las Ediciones del Ornitorrinco, Santiago, 1987.
- Badilla Morales, Luis. **La Via Cilena e i Cristiani Rivoluzionari**, Coines Edizioni, Roma, 1974.
- Bascuñan, Carlos. **La izquierda sin Allende**. Ed. Planeta, Santiago de Chile, 1990.
- Bengoa, José. **Historia de un conflicto. El estado y los mapuches en el siglo XX**. Eds. Planeta/Ariel, Santiago de Chile, 1999.
- Bitar, Sergio y Crisóstomo Pizarro. **La Caída de Allende y la Huelga de El Teniente**, Las Ediciones del Ornitorrinco, Santiago, 1986.
- Bitar, Sergio. **Chile 1970-1973. Asumir la Historia para Construir el Futuro**, Ed. Pehuén, Santiago, 1995.
- Boye, Otto. **Hermano Bernardo. 50 Años de Vida Política Vistos por Bernardo Leighton**, Ed. Aconcagua, Santiago, 1986.
- Carey, Alejandrina, Irrarázabal, Guadalupe y Piñera M., Magdalena (compiladoras). **Chile. Cartas con Historia**, Ed. Los Andes, Santiago, 1998.
- Castells, Manuel. **La lucha de clases en Chile**. Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1971.
- Castillo, R.; Teitelboim V. y otros. **Los 1000 días de revolución. Dirigentes del PC de Chile analizan las enseñanzas de la experiencia chilena**. Editorial Internacional Paz y Socialismo, Praga, 1978.
- Correa, Sofía; Figueroa, Consuelo; Jocelyn-Holt, Alfredo; Rolle, Claudio y Vicuña, Manuel. **Historia del siglo XX chileno**, Ed. Sudamericana, Santiago, 2001.
- Corvalán L., Luis: **De lo vivido y lo peleado. Memorias**. LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1997.
- Corvalán Lepe, Luis. **Informe al Pleno de agosto de 1977 del Comité Central del PC de Chile**, en “Boletín del Exterior del PC de Chile”, número 26, s/e, s/l, s/f.
- Corvalán Marquéz, Luis. **Los Partidos Políticos y el Golpe del 11 de Septiembre. Contribución al Estudio del Contexto Histórico**, Ediciones Chile América – CESOC, Santiago, 2000.
- Debray, Régis. **Allende habla con Debray**, Revista Punto Final, Año V, martes 16 de marzo de 1971, número 126, Santiago.
- Del Canto Hernán. **Los socialistas en el movimiento sindical**. En “Cuadernos de Orientación Socialista”. Talleres Eduardo Charne. Berlin, 1981.
- Documentos Secretos de la ITT**. Editorial Quimantú, Santiago, 1972.
- Echeverría, Mónica. **Antihistoria de un luchador (Clotario Blest 1823-1990)**, s/e, s/l, s/f.
- Enríquez Frödden, Edgardo. **En el nombre de una vida**. Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1994.
- Flores, Fernando. **Discurso pronunciado por el Ministro de Hacienda don Fernando Flores, el 10 de Enero de 1973**. Banco Central de Chile, Santiago, Separata del Boletín Mensual, Enero de 1973.
- Garcés, Joan E. **El estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende**. Siglo XXI editores, Madrid, 1974.
- Garretón, Manuel Antonio y Moulián, Tomás. **La UP y el conflicto político en Chile**. Ediciones Mínga, Santiago, 1983.
- Gazmuri, Jaime y Martínez, Jesús Manuel. **El Sol y la Bruma**, Ediciones B, Santiago, 2000.
- González, Mónica. **La Conjura. Los Mil y Un Días del Golpe**, Ediciones B, Santiago, 2000.
- Gordon Alicia, Villagrán Carlos: **Los medios de comunicación bajo la dictadura**. En Cuadernos de Marcha Nro. 6, México, marzo abril de 1980.
- Gumucio, Rafael Agustín. **Apuntes de Medio Siglo**, Ediciones Chile América CESOC, Santiago, 1994.
- Harnecker, Marta. “**Los tres años del gobierno popular de Salvador Allende**”, **Encuentro XXI**, primavera de 1988, año 4, Nro. 13.
- Illanes, María Angélica. **La batalla de la memoria**. Ed. Planeta/Ariel, Santiago, 2002.
- Los Cristianos y la Revolución**. Editorial Quimantú, Santiago, 1972.
- United State Senate, **Hearings before the Select Committee to study governmental operations with respect to intelligence activities of the United States Senate**, Ninety Fourth Congress, Fisrt Session, Volume 7, Covert Action, December 4 and 5, 1975.
- Kalfon, Pierre. **Allende. Chile: 1970-1973**, Ed. Foca, Madrid, 2000.
- Labarca, Eduardo. **Corvalán 27 Horas**, Ed. Quimantú, Santiago, 1972.
- Maira, Luis. **Chile: autoritarismo, democracia y movimiento popular**. CIDE, México DF, 1984.
- Mattelart Armand y Michèlle.: **Frentes culturales y movilización de masas**. Ed. Anagrama, Barcelona, España, 1977.
- Millas, Orlando. **Memorias 1957-1991, Una Disgresión**. Ediciones Chile América CESOC, Santiago, 1996.

- Muñoz, Agustín. **Visión de los Sindicatos Chilenos. Treinta años de relaciones profesionales.** Ediciones del Comité Sindical Chile, Barcelona, s/f.
- Neruda, Pablo. **Confieso Que He Vivido. Memorias.** Ed. Losada, Buenos Aires, 1974.
- Novoa, Eduardo. **La batalla por el cobre.** Comentarios y documentos. Editorial Quimantú, Santiago, 1972.
- Ottone, Ernesto. **Hegemonía y Crisis de Hegemonía en el Chile Contemporáneo (1970-1983).** Ediciones LAR, Madrid, 1984.
- Pacheco P. Luis y María A. Huerta: **La Iglesia chilena y los cambios sociopolíticos.** Peguen CISOC – BELLARMINO Eds. Santiago de Chile, 1988.
- Pastrana E. y Threlfall M.: **Pan, techo y poder. El movimiento de pobladores en Chile (1970 – 1973).** Eds. Siap – Planteos, Buenos Aires, Argentina, 1974.
- Pey, Víctor. **Aproximación a Allende.** En *Encuentro XXI*, primavera de 1998, Año 4, Nro. 13, Santiago.
- Polumbaum, Ted y Polumbanum, Nyna Brael. **Today Is Not Like Yesterday. A Chilean Journey,** Light and Shadow, Cambridge (USA), 1992.
- Politzer, Patricia. **Altamirano,** Ediciones B, Buenos Aires, 1989. Entrevista al Secretario General del PS durante el gobierno de Allende.
- Prats González, Carlos. **Memorias. Testimonio de un Soldado.** Ed. Pehuén, Santiago, 1985.
- Puccio G., Osvaldo. **Un Cuarto de Siglo con Allende. Recuerdos de su Secretario Privado,** Editorial Emisión, Santiago, 1985.
- Quiroga Z., Patricio. **Compañeros. El GAP: la escolta de Allende,** Ed. Aguilar, Santiago, 2001.
- de Ramón, Armando. **Santiago de Chile.** Editorial Sudamericana, Santiago, 2000.
- Rodríguez, Aniceto. **Entre el Miedo y la Esperanza. Historia Social de Chile,** Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela y Editorial Andrés Bello, Caracas y Santiago, 1995.
- Salazar, Gabriel. **Violencia política popular en las “Grandes Alamedas”. Santiago de Chile 1947-1987.** Ediciones SUR, Santiago, 1990.
- Salazar Gabriel y Pinto Julio. **Historia contemporánea de Chile I. Estado, legitimidad, ciudadanía,** LOM Ediciones, Santiago, 1999.
- Salinas Campos, Maximiliano. **En el cielo están trillando. Para una historia de las creencias populares en Chile e Iberoamérica.** Editorial Universidad de Santiago, Santiago, 2000.
- Salinas C., Maximiliano. **Clotario Blest,** Arzobispado de Santiago, Vicaría de la Pastoral Obrera, Santiago, 1980.
- Silva, Miguel. **Los cordones industriales y el socialismo desde abajo.** Imprenta Lazor, Santiago de Chile, s/f (1997).
- Teitelboim, Volodia. **La Gran Guerra de Chile y Otra Que Nunca Existió,** Ed. Sudamericana, Santiago, 2000.
- Tomic, Radomiro. **El Camino Chileno al Socialismo.** S/e, s/l, s/f.
- Touraine, Alain. **Vida y Muerte del Chile Popular.** Siglo XXI Editores, México, 1974.
- Varas, Augusto (comp.) **El PC de Chile. Estudio Multidisciplinario, CESOC-FLACSO,** Santiago, 1988.
- Uribe, Armando. **Carta abierta a Agustín Edwards.** Ediciones LOM, Santiago, 2002.
- Varas, José Miguel: **La novela de Galvarino y Elena.** LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1996.
- VV AA: **Tan lejos, tan cerca. Autobiografías de chilenos en Suecia.** Ediciones del Reencuentro, Embajada de Chile en Suecia y Bokförlaget Tranan, Suecia, 2002.
- Viera-Gallo, José Antonio. **11 de Septiembre. Testimonio, recuerdos y una reflexión actual.** Ediciones Chile-América CESOC, Santiago, 1998.
- Villagrán Fernando: **Disparen a la bandada. Una crónica secreta de la FACH.** Ed. Planeta, Santiago de Chile, 2002.
- Vitale, Luis; Moulian, Luis; Cruz, Luis; Palestro, Sandra; Avendaño, Octavio; Salas, Verónica y Piwonka, Gonzalo. **Para Recuperar la Memoria Histórica. Frei, Allende, y Pinochet.**
- Vuskovic, Pedro. **Una Sola Lucha.** Ed. Nuestro Tiempo, México, 1978.
- Winn, Peter. **Weavers of Revolution. The Yarur Workers and Chile’s Road to Socialism.** Oxford University Press, New York, 1986.
- Witker, Alejandro (compilador). **Salvador Allende Cercano.** Archivo Salvador Allende Nro. 13, Universidad Autónoma de Zacatecas, Zacatecas, México, 1988.
- Witker, Alejandro (compilador). **Historia documental del PSCH. 1933-1993. Socialismo y Nación. Socialismo y Mundo.** Archivo Salvador Allende Nro. 19, IELCO-Chile, Concepción, 1993.
- Zeran, Faride. **Desacatos al Desencanto.** Editorial LOM, Santiago, 1977.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006 